

L Frank Baum

Ozma de OZ



E LEJANDRIA

*A todos los niños y niñas
que leen mis historias
-y sobre todo a las Dorothys-
dedico con cariño este libro.*

**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web
de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

NOTA DEL AUTOR

Mis amigos los niños son los responsables de este nuevo «Libro de Oz», así como lo fueron del anterior, que se llamó El País de Oz. Sus dulces cartas suplican saber «más sobre Dorothy», y preguntan: «¿Qué pasó con el León Cobarde?» y «¿Qué hizo Ozma después?», es decir, después de convertirse en Soberana de Oz. Y algunos me sugieren argumentos diciendo: «Por favor, haga que Dorothy vuelva al País de Oz», o «¿Por qué no hace que Ozma y Dorothy se encuentren y pasen un buen momento juntas?». Por supuesto, si hiciera todo lo que me piden mis pequeños amigos estaría obligado a escribir docenas de libros para satisfacer sus peticiones. Y ojalá pudiera hacerlo, porque escribiendo estas historias disfruto tanto como dicen los niños que disfrutan leyéndolas.

Bueno, aquí hay «más sobre Dorothy» y sobre nuestros viejos amigos el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, y sobre el León Cobarde y Ozma y el resto, y al mismo tiempo aparecen otros seres raros e insólitos. Una amiguita, que leyó la historia antes de que fuera impresa, me dijo: «Billina es

un auténtico personaje de Oz, señor Baum, lo mismo que Tik-tok y el Tigre Hambriento».

Si ese juicio es imparcial y correcto, y los niños consideran que esta historia es una «auténtica historia de Oz», me sentiré muy contento de haberla escrito. Pero quizá reciba de mis lectores más de esas cartas que tanto aprecio diciendo qué les parece *Ozma de Oz*. Eso, al menos, es lo que espero.

L. Frank Baum

Macatawa, 1907

CAPÍTULO I

LA NIÑA EN EL GALLINERO

El viento soplaba con fuerza y agitaba las aguas del océano, rizando la superficie. Después el viento empujaba los bordes de los rizos hasta convertirlos en ondas, y movía esas ondas de un lado para otro hasta que se transformaban en olas gigantes. Las olas alcanzaban una altura horrible, mayor aún que la de los tejados de las casas. Algunas de ellas, por cierto, eran tan altas como las copas de los árboles y parecían montañas, y los abismos que separaban esas inmensas olas eran como valles profundos.

Tanta loca turbulencia de las aguas del enorme océano, que el viento travieso provocaba sin ninguna buena razón, terminó en una terrible tormenta, y una tormenta en el océano es capaz de hacer raras diabluras y causar mucho daño.

En el momento en que empezó a soplar el viento había un barco navegando mar adentro. Cuando las olas se pusieron a saltar y a rodar y a subir más y más, el barco se movía acompañando la violencia de las aguas y se inclinó, primero hacia un lado y después hacia el otro, y el mar lo azotó con tanta fuerza que hasta los marineros tuvieron que aferrarse a los cabos y a los pasamanos para que el viento no los barrierá de la cubierta y los arrojara al mar.

Y las nubes eran tan espesas en el cielo que la luz del sol no podía atravesarlas, de manera que el día se oscureció como si fuera de noche, lo que se sumó a los terrores de la tormenta.

El capitán del barco no tenía miedo porque ya había visto otras tormentas y las había atravesado con el barco sin sufrir daño, pero sabía que sus

pasajeros correrían peligro si trataban de quedarse en cubierta, de manera que los metió a todos en el camarote y les dijo que se quedaran allí hasta que pasara la tormenta, y que fueran valientes y no se asustaran, que todo saldría bien.

Entre aquellos pasajeros había una niña de Kansas llamada Dorothy Gale, que iba a Australia con su tío Henry a visitar a unos parientes que nunca habían visto. El tío Henry, conviene saberlo, estaba débil y nervioso, porque había trabajado tan duro en su granja de Kansas que su salud se había resentido. De manera que había dejado a la tía Em en casa para que vigilará a los jornaleros y se ocupara de la granja mientras él viajaba a Australia a visitar a los primos y a disfrutar de un buen descanso.

Dorothy tenía muchas ansias de acompañarlo en ese viaje, y el tío Henry pensó que sería una buena compañía y que le ayudaría a levantar el ánimo, así que resolvió llevarla consigo. La niña era una viajera muy experimentada, porque una vez un ciclón la había llevado muy lejos, hasta el maravilloso País de Oz, y en aquel extraño lugar había corrido muchas aventuras antes de regresar a Kansas. Por lo tanto no se asustaba con facilidad, ocurriera lo que ocurriese, y cuando el viento empezó a aullar y a silbar, y las olas se pusieron a rodar y a saltar, a nuestra niña la agitación no le preocupó en lo más mínimo.

—Por supuesto, tendremos que quedarnos en el camarote —dijo al tío y a los demás pasajeros—, y permanecer lo más quietos posible hasta que termine la tormenta. Porque el capitán dice que si salimos a cubierta el viento nos puede arrojar por la borda.

Es evidente que nadie quería arriesgarse a un accidente de ese tipo, así que todos los pasajeros se apiñaron en el oscuro camarote, escuchando los ruidos de la tormenta y los crujidos de los mástiles y las jarcias y tratando de no chocar unos contra otros cuando el barco se ladeaba.

Dorothy casi se había quedado dormida cuando se sobresaltó al descubrir que faltaba el tío Henry. No podía imaginar adonde había ido y, dado su estado de salud, empezó a preocuparse por él y a temer que hubiera cometido el error de salir a cubierta. En ese caso estaría en grave peligro a menos que volviera a bajar inmediatamente.

El hecho era que el tío Henry había ido a acostarse en su pequeña litera,

pero Dorothy no lo sabía. Sólo recordaba qué la tía Em le había advertido que cuidara mucho de su tío, así que sin pensarlo dos veces decidió salir a cubierta a buscarlo, a pesar de que en ese momento la tempestad estaba en su momento álgido, y el barco cabeceaba de una manera realmente horrible. Lo único que logró hacer la niña fue subir por las escaleras hasta cubierta, y al llegar allí el viento la golpeó con tanta fuerza que casi le arrancó la falda. Pero Dorothy sentía una alegre excitación al desafiar a la tormenta, y mientras se aferraba al pasamano miró con atención a través de la penumbra y creyó ver la forma borrosa de un hombre abrazado a un mástil no lejos de donde ella estaba. Podía ser su tío, así que lo llamó con todas sus fuerzas:

—¡Tío Henry! ¡Tío Henry!

Pero el viento chillaba y aullaba con tanta violencia que la niña apenas distinguía su propia voz, y era evidente que el hombre no la oía, pues no se movió.

Dorothy decidió que tenía que ir a buscarlo, así que durante un momento de calma en la tormenta echó a correr hacia donde estaba amarrado a la cubierta, con cuerdas, un enorme gallinero. Llegó hasta allí sin peligro, pero apenas se había aferrado con las manos a las tablas de la caja donde guardaban las gallinas cuando el viento, quizá enfurecido porque la niña se había atrevido a resistir su poder, redobló de pronto su furia. Con un grito de gigante enojado rompió las cuerdas que sujetaban el gallinero y lo levantó en el aire con Dorothy todavía aferrada a las tablas. La caja giró una y otra vez, hacia aquí y hacia allá, y un rato más tarde cayó a lo lejos, en el mar, donde las grandes olas se apoderaron de ella y la subieron a una espumosa cresta y después la hundieron en un valle profundo, como si no fuera más que un juguete creado para su diversión.

Dorothy se dio un buen chapuzón, pero no perdió el aplomo ni un segundo. Siguió apretando con fuerza las robustas tablas y en cuanto pudo enjugarse los ojos vio que el viento había arrancado la tapa del gallinero y las gallinas revoloteaban en todas direcciones, subiendo y bajando por el aire como plumeros sin mango. El fondo del gallinero estaba hecho con tablones, y Dorothy descubrió que iba aferrada a una especie de balsa, con listones a los lados, que sostenía su peso con facilidad. Después de toser el agua que tenía en la garganta y recuperar el aliento, logró subirse a los tablones y

apoyar los pies en el gallinero de madera, que aguantó su peso sin problemas.

«¡Vaya, tengo un barco propio!», pensó, más divertida que asustada ante ese brusco cambio de condiciones, y entonces, mientras el gallinero trepaba a la punta de una enorme ola, miró con ansiedad alrededor buscando el barco del que había sido arrastrada por el viento.

A esas alturas el barco ya estaba muy, muy lejos. A bordo quizá nadie había notado todavía su falta ni sabía de su extraña aventura. El gallinero la arrastró a un valle entre las olas, y cuando subió a otra cresta descubrió que el barco estaba tan lejos que parecía de juguete. Pronto desapareció del todo en la oscuridad, y entonces Dorothy soltó un suspiro de pena por verse apartada del tío Henry y comenzó a preguntarse qué ocurriría a continuación. Ahora mismo se bamboleaba en el seno de un inmenso océano, sin otra cosa que la mantuviera a flote que un mísero gallinero que tenía tablones en el fondo y por los lados listones entre los que entraba constantemente el agua, empapándola hasta la piel. Y no había nada que comer para cuando tuviera hambre -lo que, estaba segura, ocurriría pronto-, ni agua dulce para beber, ni ropa seca para cambiarse.

—¡Válgame Dios! -exclamó, con una carcajada-. ¡Te puedo asegurar que estás en un buen aprieto, Dorothy Gale, y no sé cómo vas a salir de él!

Como si los problemas de Dorothy fueran pocos, se acercaba la noche y las nubes grises se estaban volviendo de un negro tenebroso. Pero el viento, como si se hubiera cansado por fin de sus travesuras, dejó de soplar sobre el océano y se fue corriendo a otra parte del mundo a soplar alguna otra cosa, y las olas, al no ser empujadas de un lado a otro, empezaron a calmarse y a portarse bien.

Creo que fue una suerte para Dorothy que la tormenta amainara; de lo contrario, aunque era muy valiente, me temo que hubiera podido perecer. Muchas niñas, en su lugar, habrían llorado y se habrían dejado llevar por la desesperación, pero como Dorothy había vivido muchas aventuras y había salido sana y salva de ellas, en ese momento no se le ocurrió asustarse. Es cierto que se sentía mojada e incómoda, pero después de soltar aquel suspiro del que ya he hablado logró recuperar parte de su alegría habitual y decidió esperar con paciencia lo que pudiese depararle el destino.

Poco a poco las nubes negras se fueron alejando y descubriendo allá

arriba un cielo azul, con una luna de plata brillando dulcemente en el centro y estrellas pequeñas que hacían guiños alegres a Dorothy cuando ella miraba hacia allí. El gallinero ya no se bamboleaba, sino que flotaba sobre las olas con más suavidad, casi como una cuna, de manera que por los listones del suelo sobre el que se apoyaba Dorothy ya no entraba el agua. Al ver eso, y realmente exhausta por la excitación de las últimas horas, la niña decidió que lo mejor para recuperar las fuerzas y para pasar el tiempo sería dormir. En el suelo había agua y ella estaba empapada, pero por suerte allí el clima era cálido y apenas sentía frío.

Así que se sentó en un rincón del gallinero, apoyó la espalda en los listones, saludó con la cabeza a las amistosas estrellas antes de cerrar los ojos y en medio minuto se quedó dormida.

CAPÍTULO 2

LA GALLINA AMARILLA

Un extraño ruido despertó a Dorothy, que abrió los ojos y descubrió que había amanecido y que el sol brillaba con fuerza en un cielo despejado. Había estado soñando que vivía de nuevo en Kansas y que jugaba en el viejo corral rodeada de terneros, cerdos y gallinas, y al principio, mientras se quitaba las legañas de los ojos, imaginó que de verdad estaba allí.

—¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa! ¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa!

Ah, allí estaba de nuevo el extraño ruido que la había despertado. ¡Era una gallina cacareando! Pero lo primero que vieron los ojos abiertos de la niña, entre los listones del gallinero, fueron las olas azules del océano, ahora tranquilo y plácido, y sus pensamientos volvieron a la noche anterior, tan llena de peligro y penalidades. También empezó a recordar que a causa de la tormenta estaba en esa situación, flotando a la deriva en un mar traicionero y desconocido.

—¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa! ¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa!

—¿Qué es eso? —gritó Dorothy, levantándose.

—Nada, he puesto un huevo, eso es todo —respondió una vocecita aguda pero nítida. La niña miró alrededor y descubrió a una gallina amarilla agachada en un rincón del gallinero.

—¡Dios mío! —exclamó Dorothy sorprendida—. ¿Tú también has pasado aquí toda la noche?

—Por supuesto —respondió la gallina, aleteando y bostezando—. Cuando el viento arrancó el gallinero del barco me aferré a este rincón con las garras y el pico, porque sabía que si caía al agua con seguridad me ahogaría. En

realidad, estuve a punto de ahogarme con todo el agua que caía encima. ¡Nunca en mi vida había estado tan mojada!

—Sí —admitió Dorothy—, durante un rato esto estuvo muy mojado. ¿Pero ahora te sientes cómoda?

—No demasiado. El sol me ha ayudado a secar las plumas, como te ha ayudado a ti a secar el vestido, y me siento mejor desde que he puesto el huevo de la mañana. Pero quisiera saber qué va a pasar con nosotras flotando en este charco enorme.

—A mí también me gustaría saberlo -dijo Dorothy-. Pero dime una cosa: ¿cómo es que puedes hablar? Pensaba que las gallinas sólo podían cloquear y cacarear.

—La verdad —respondió pensativa la gallina amarilla— es que he cloqueado y cacareado toda mi vida, y hasta esta mañana, que recuerde, jamás había dicho una palabra. Pero hace un minuto, cuando me has hecho la pregunta, me ha parecido que lo más natural del mundo era contestarte. Así que he hablado, y aparentemente sigo hablando, como tú y los demás seres humanos. Extraño, ¿verdad?

—Muy, muy extraño -dijo Dorothy-. Si estuviéramos en el País de Oz no me resultaría tan raro, porque en ese país de hadas los animales hablan. Pero aquí en el océano debemos de estar bastante lejos de Oz.

—¿Qué tal es mi gramática? -preguntó ansiosa la gallina amarilla—. ¿Te parece que hablo correctamente?

—Sí -dijo Dorothy—, para ser una principiante lo haces muy bien.

—Me alegro de saberlo -prosiguió la gallina amarilla en tono de confianza—, porque si una va a hablar más vale que lo haga con corrección. El Gallo Rojo decía con frecuencia que mi cloqueo y mi cacareo eran perfectos, y ahora me consuela saber que hablo correctamente.

—Empiezo a tener hambre -comentó Dorothy-. Es la hora del desayuno, pero no hay nada.

—Puedes comer mi huevo -dijo la gallina amarilla—. No me importa.

—¿No quieres incubarlo? -preguntó la niña, sorprendida.

—No, claro que no. Nunca me interesa incubar huevos a menos que tenga un nido cómodo y agradable y cuente con una docena del fraile. Eso significa trece huevos, un número de la suerte para las gallinas. Así que puedes

comerte sin problemas este huevo.

—Oh, jamás podría comerlo sin estar cocinado -exclamó Dorothy—. Pero igualmente agradezco mucho tu generosidad.

—De nada, querida —respondió muy tranquila la gallina, y empezó a acomodarse las plumas.

Por un momento Dorothy se quedó mirando hacia el ancho mar. Seguía pensando en el huevo.

—¿Para qué pones huevos -preguntó finalmente-si no esperas incubarlos?

—Es una costumbre que tengo -respondió la gallina amarilla-Siempre me he enorgullecido de poner un huevo fresco cada mañana, excepto cuando estoy cambiando de plumas. Por la mañana, hasta que no pongo el huevo no siento ganas de cacarear, y si no pudiera cacarear no me sentiría feliz.

—Qué raro —dijo la niña, pensativa—. Pero como no soy gallina no tengo por qué entenderlo.

-Claro que no, querida.

Dorothy volvió a quedarse callada. La gallina amarilla era hasta cierto punto una compañía, y también un consuelo, pero a pesar de eso se sentía terriblemente sola en aquel inmenso océano.

Después de un rato la gallina voló y se posó en el listón más alto del gallinero, que quedaba un poco por encima de la cabeza de Dorothy cuando la niña estaba sentada en el fondo, como ocurría desde hacía un rato.

—¡Mira, no estamos lejos de tierra! -exclamó la gallina.

—¿Dónde? ¿Dónde está? -gritó Dorothy, saltando de entusiasmo.

—Por allá, no muy lejos —respondió la gallina, señalando con la cabeza en cierta dirección—. Parece que flotamos hacia allí, así que antes del mediodía tendríamos que encontrarnos de nuevo en tierra firme.

—¡Eso me encantaría! —dijo Dorothy, con un pequeño suspiro, pues el agua de mar que entraba entre los listones le seguía mojando de vez en cuando los pies y las piernas.

—A mí también -respondió su compañera—. No hay en el mundo nada más lamentable que una gallina mojada.

La tierra, a la que parecía que se estaban acercando rápidamente porque cada minuto que pasaba se la veía con mayor nitidez, era muy hermosa a los ojos de la niña que iba en el gallinero flotante. Donde terminaba el agua había

una ancha playa de arena blanca y más allá varios montículos roco-sos, detrás de los cuales se veía una franja de árboles verdes que marcaban el comienzo de un bosque. Pero no se veía ninguna casa, ni señales de las personas que podían habitar ese país desconocido.

—Ojalá encontremos algo para comer -dijo Dorothy mirando con ansiedad la bonita playa hacia la que flotaban-. Ya hace mucho que pasó la hora del desayuno.

—Yo también tengo un poco de hambre -declaró la gallina amarilla.

—¿Por qué no comes el huevo? -preguntó la niña—. Tú no necesitas cocinar tu comida, como me ocurre a mí.

—¿Me tomas por una caníbal? —gritó la gallina, indignada—. ¡No sé qué he dicho o qué he hecho para que me insultes!

—Sí, es cierto, perdón... A propósito, ¿puedo preguntar tu nombre? —dijo la niña.

—Me llamo Bill -dijo la gallina amarilla en tono un poco brusco.

—¡Bill! Pero ése es un nombre de chico.

—¿Y qué diferencia hay?

—Pero eres una gallina mujer, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero cuando me estaban empollando nadie sabía a ciencia cierta si iba a ser gallina o gallo, así que el niño de la granja donde nací me puso Bill y me convirtió en mascota porque era la única gallina amarilla de toda la nidada. Cuando crecí y el niño descubrió que yo no cantaba ni peleaba como los gallos, no se le ocurrió cambiar mi nombre, y todas las criaturas del corral y todas las personas de la casa me conocían como Bill. Así que siempre me han llamado Bill, y Bill es mi nombre.

—Pero es un error —señaló Dorothy, muy seria-, y si no te importa te llamaré Billina. Como ves, al poner el «ina» al final se transforma en nombre de niña.

—Ah, eso no tiene para mí ninguna importancia —dijo la gallina amarilla—. No importa lo que me llames, siempre que sepa que te refieres a mí.

—Muy bien, Billina. Yo me llamo Dorothy Gale... Dorothy para los amigos y señorita Gale para los desconocidos. Tú, si quieres, puedes llamarme Dorothy. Ya estamos llegando a la orilla. ¿Crees que podré caminar por el agua el trecho que falta?

—Espera unos minutos más. El sol es cálido y agradable, y no tenemos prisa.

—Pero siento los pies mojados y empapados —dijo la niña—. El vestido se me ha secado bastante, pero no me sentiré cómoda mientras no se me hayan secado los pies.

Dorothy esperó tal como le recomendaba la gallina, y pronto el enorme gallinero de madera rozó con suavidad la playa arenosa y el peligroso viaje llegó a su fin.

Poco tardaron las náufragas en llegar a la orilla. La gallina amarilla voló enseguida hasta la arena, pero Dorothy tuvo que trepar a los altos listones. Pero eso, para una niña de campo, no era una gran hazaña, y en cuanto pisó tierra firme se quitó los zapatos y las medias y puso todo a secar en la playa calentada por el sol.

Después se sentó y se quedó mirando a Billina, que hurgaba con el afilado pico en la arena y la grava, tras rascar y arañar con las potentes garras.

—¿Qué haces? -preguntó Dorothy.

—Me procuro el desayuno —murmuró la gallina sin dejar de picotear.

—¿Qué encuentras? -preguntó la niña con curiosidad.

—Bueno, algunas hormigas rojas de las gordas y algunos bichos de la arena, y de vez en cuando un cangrejo pequeño. Te puedo asegurar que saben muy bien.

—¡Qué espantoso! -exclamó Dorothy, escandalizada.

—¿Qué es lo espantoso? -preguntó la gallina, levantando la cabeza para mirar con un ojo brillante a su compañera.

—Comer cosas vivas, bichos horribles y hormigas que se arrastran. ¡Tendrías que avergonzarte de ti misma!

—¡Vaya! -dijo la gallina, perpleja—. ¡Qué rara eres, Dorothy! Las cosas vivas son mucho más frescas y sanas que las muertas, y vosotros, los humanos, coméis todo tipo de criaturas muertas.

—¡No es cierto! -dijo Dorothy.

—Claro que sí —insistió Billina—. Coméis corderos, ovejas, vacas, cerdos y hasta pollos.

—Pero los cocinamos —dijo Dorothy en tono triunfal.

—¿Y qué diferencia hay?

—Mucha -dijo la niña en un tono más grave—. No puedo explicar la diferencia, pero la hay. Y de todos modos jamás comemos cosas tan horribles como los bichos.

—Pero coméis los pollos que comen los bichos —replicó la gallina amarilla con un extraño cloqueo-. Así que sois tan malos como los pollos.

Eso dejó a Dorothy pensando. Lo que decía Billina era verdad, y casi le quitó las ganas de desayunar. La gallina amarilla siguió picoteando en la arena, aparentemente contenta con el menú.

Finalmente, cerca de la orilla del agua, Billina clavó con fuerza el pico en la arena, después lo sacó y se quedó temblando.

—¡Ay! -gritó-. He chocado con algo metálico y casi me rompo el pico.

—Quizá es una piedra -dijo Dorothy sin prestar mucha atención.

—Tonterías. Creo que sé distinguir una piedra de un metal —dijo la gallina-. Producen una sensación diferente.

—Pero es imposible que haya algo metálico en esta costa deshabitada -insistió la niña—. ¿Dónde ha sido exactamente? Desenterraré la piedra para demostrarte que tengo razón.

Billina le mostró el sitio donde se había «lastimado el pico», como decía ella, y Dorothy escarbó en la arena hasta que encontró algo duro. Entonces metió la mano, tiró de aquello y descubrió que era una llave de oro de gran tamaño, bastante vieja pero todavía brillante y con la forma intacta.

—¿Qué te dije? —exclamó la gallina, con un cloqueo triunfal—. ¿Puedo distinguir el metal cuando lo toco con el pico o esa cosa es una piedra?

—Claro que es metal -respondió la niña, mirando con curiosidad el objeto que había encontrado—. Creo que es de oro puro, y debe de haber estado oculta en la arena durante mucho tiempo. ¿Cómo crees que llegó aquí, Billina? ¿Y qué crees que abre esta misteriosa llave?

—No lo sé -respondió la gallina—. Tendrías que saber tú más que yo de cerraduras y de llaves.

Dorothy echó una mirada alrededor. No había ninguna señal de casas en esa parte del país, y razonó que cada llave tenía que ser adecuada para una cerradura y que cada cerradura tenía que tener una función. Quizá la persona que había perdido la llave vivía lejos, pero había andado por esa misma orilla.

Pensando en esas cosas la niña guardó la llave en el bolsillo del vestido y

después, sin prisa, se puso las medias y los zapatos que el sol ya había secado por completo.

-Me parece, Billina -dijo-, que voy a echar un vistazo por ahí a ver si encuentro algo para desayunar.

CAPÍTULO 3

LETRAS EN LA ARENA

Al alejarse un poco de la orilla hacia el pequeño bosque, Dorothy encontró una extensión de playa de arena blanca y lisa en cuya superficie parecía haber extraños signos, como dibujados por una vara.

—¿Qué dice ahí? -preguntó a la gallina amarilla, que marchaba a su lado con cierto aire majestuoso.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió la gallina—. No sé leer.

—¡Ah! ¿De veras?

—Claro que no. No he ido nunca a la escuela.

—Bueno, yo sí -admitió Dorothy—, pero las letras son grandes, están muy separadas y me cuesta leer las palabras.

Pero miró con atención cada letra y finalmente descubrió que éstas eran las palabras escritas en la arena:

¡CUIDADO CON LOS RODADORES!

—Eso es muy raro -comentó la gallina cuando Dorothy terminó de leer en voz alta las palabras-. ¿Qué crees que son los Rodadores?

—Supongo que personas que llevan algo con ruedas. Tendrán carretillas o carros o cochecitos de bebé -dijo Dorothy.

—Quizá sean automóviles —sugirió la gallina amarilla—. No hace falta tener cuidado con los cochecitos de bebé ni con las carretillas, pero los

automóviles son peligrosos. Atropellaron a algunas de mis amigas.

—No pueden ser automóviles —dijo la niña-, porque este sitio es nuevo y silvestre, sin trolebuses ni teléfonos. Estoy segura de que a la gente de aquí ni siquiera la han descu-bierto. Eso en el caso de que haya gente. Por lo tanto no creo que se trate de automóviles, Billina.

—Puede que tengas razón -admitió la gallina amarilla—. Ahora, ¿adonde vas?

—Hasta aquellos árboles, a ver si encuentro algo de fruta —respondió Dorothy.

La niña echó a andar por la arena, bordeando el pie de una de las pequeñas colinas rocosas que había cerca, y pronto llegó a la orilla del bosque.

Al principio se sintió muy decepcionada, porque los primeros árboles eran todos álamos o eucaliptos y no tenían fruta. Pero al poco tiempo, cuando ya estaba perdiendo las esperanzas, la niña se topó con dos árboles que prometían darle comida en abundancia.

Uno estaba lleno de cajas cuadradas de cartón, que brotaban en racimos de todas las ramas, y en las cajas más grandes y más maduras se leía la palabra «Almuerzo» escrita en relieve. Ese árbol parecía dar frutos todo el año, pues en algunas de las ramas había flores de cajas de almuerzo y en otras pequeñas cajas de almuerzo todavía muy verdes, evidentemente no aptas para comer mientras no crecieran.

Las hojas de ese árbol eran todas servilletas de papel, y a la niña hambrienta le pareció que tenía un aspecto muy agradable.

Pero el árbol que había al lado del árbol de los almuerzos era aún más maravilloso, puesto que daba grandes cantidades de cubos de hojalata con cenas, tan llenos y pesados que torcían las robustas ramas. Algunos eran pequeños y de color pardo oscuro; otros más grandes tenían un apagado color hojalata; pero los verdaderamente maduros tenían un brillante color hojalata que relucía y refulgía al recibir los rayos del sol.

Dorothy estaba encantada y hasta la gallina amarilla re-conoció que se sentía sorprendida.

La niña se puso de puntillas y sacó una de las cajas de almuerzo más grandes y bonitas y después se sentó en el suelo y la abrió con avidez.

Dentro, muy bien envueltos en papel blanco, encontró un sándwich de jamón, un trozo de bizcocho, un pepinillo, una tajada de queso fresco y una manzana. Cada cosa tenía su propio pedúnculo, y había que arrancarla del lado de la caja, pero a Dorothy todo le parecía delicioso y se lo comió sin dejar nada.

—Un almuerzo no es exactamente un desayuno —le dijo a Billina, que iba a su lado, mirando con curiosidad—. Pero cuando una tiene hambre puede incluso cenar por la mañana y no quejarse.

—Espero que tu caja de almuerzo haya estado bien madura —señaló la gallina amarilla con toda preocupación—. Mucha gente enferma por comer cosas verdes.

—Ah, tengo la certeza de que estaba madura -declaró Dorothy-, Todo menos el pepinillo, quiero decir, porque los pepinillos tienen que estar verdes. Pero todo tenía un sabor espléndido, y me gustó más que un *picnic*. Y ahora creo que voy a buscar un cubo de cena, para tenerlo conmigo cuando vuelva a sentir hambre. Después nos pondremos a explorar el territorio y a ver dónde estamos.

—¿Tienes alguna idea de qué país es éste? —preguntó Billina.

—Ninguna. Pero escucha: estoy segura de que es un país encantado, de lo contrario los árboles no darían cajas de almuerzo y cubos de cena. Además, una gallina, en un sitio civilizado como Kansas, donde no vive ninguna hada, no podría hablar.

—Quizá estemos en el País de Oz -dijo la gallina, pensativa.

—No, eso es imposible -aseguró la niña—, porque yo he estado en el País de Oz, y lo rodea un horrible desierto que nadie puede atravesar.

—Entonces, ¿cómo conseguiste salir de allí? -preguntó Billina.

—Tenía un par de zapatos de plata que me llevaron por el aire; pero los perdí -dijo Dorothy.

—Ah, entiendo —dijo la gallina con tono de quien no cree una palabra.

—De todos modos —prosiguió la niña -no hay ninguna costa cerca del País de Oz, por lo que sin duda éste tiene que ser otro país de hadas.

Mientras hablaba, Dorothy escogió para comer un brillante y bonito «cubo de cena» que parecía tener una robusta asa y lo arrancó de la rama. Después, acompañada por la gallina amarilla, salió de la sombra de los

árboles hacia la orilla del mar.

Estaban atravesando la arena cuando Billina lanzó un grito de terror:

—¿Qué es eso?

Dorothy se volvió con rapidez y vio que por un sendero que salía del bosque venía la persona más extraña que habían visto jamás sus ojos.

Tenía forma de hombre, sólo que caminaba, o más bien rodaba, apoyado en las cuatro extremidades, y sus piernas tenían la misma longitud que sus brazos, por lo que parecía un animal andando a cuatro patas. Sin embargo no era un animal lo que Dorothy había descubierto, porque aquella persona estaba magníficamente vestida con ropa bordada de muchos colores, y llevaba un sombrero de paja graciosamente torcido en la cabeza. Pero se diferenciaba de los seres humanos en que en vez de manos y pies en la punta de las extremidades tenía ruedas, que le permitían avanzar con mucha rapidez por el suelo llano. Después Dorothy descubrió que esas extrañas ruedas estaban compuestas por la misma sustancia que nuestras uñas, y también se enteró de que las criaturas de esa extraña raza ya nacían así. Pero cuando la niña vio por primera vez a un individuo de esa raza que estaba destinada a causarle tantos problemas, creyó que el personaje vestido con ropa tan brillante andaba sobre patines colocados tanto en las manos como en los pies.

—¡Corre! -chilló la gallina amarilla aleteando y alejándose muerta de miedo-. ¡Es un Rodador!

—¿Un Rodador? -exclamó Dorothy—. ¿Y eso qué es?

—¿No te acuerdas de la advertencia que había en la arena, «Cuidado con los rodadores»? ¡Corramos, corramos!

Dorothy echó entonces a correr y el Rodador soltó un chillido agudo y empezó a perseguirla a toda velocidad.

Al mirar por encima del hombro mientras corría, la niña vio ahora una gran procesión de Rodadores saliendo del bosque, docenas y docenas de ellos, todos vestidos con ajustadas y espléndidas prendas, rodando con rapidez hacia ella y profiriendo aquellos gritos extraños y desaforados.

—¡Nos van á atrapar! -jadeó la niña, sin soltar el pesado cubo de cena que había arrancado del árbol-No puedo co-rrer mucho más, Billina.

—Sube a esta cuesta..., ¡rápido! -dijo la gallina, y Dorothy descubrió que estaba muy cerca de la pila de piedras sueltas que habían bordeado

mientras iban hacia el bosque. La gallina amarilla aleteaba ahora entre las piedras, y Dorothy la siguió lo mejor que pudo, trepando y tropezando por la áspera pendiente.

A la niña no le sobró tiempo, porque el primer Rodador llegó pisándole los talones, pero mientras ella se esforzaba subiendo por las piedras la criatura se detuvo y empezó a lanzar aullidos de rabia y decepción.-

Dorothy oyó entonces que la gallina amarilla se reía cloqueando como hacen las gallinas.

—No corras, querida -gritó Billina—. No nos pueden seguir por entre las piedras, así que ahora no estamos en peligro.

Dorothy: se detuvo inmediatamente y se sentó en una roca grande para recuperar el aliento. El resto de los Rodadores había llegado al pie de la cuesta, pero era evidente que sus ruedas no podían deslizarse por las piedras ásperas e irregulares y por lo tanto no podían seguir a Dorothy y a la gallina hasta donde se habían refugiado. No obstante no dejaban de dar vueltas alrededor de la pequeña colina, de manera que la niña y Billina pronto fueron hechas prisioneras y no podían bajar sin ser capturadas.

Entonces las criaturas agitaron las ruedas delanteras apuntando a Dorothy con aire amenazador. Además de lanzar aquellos chillidos espantosos también podían hablar, porque algunos de ellos gritaron:

—¡Ya verás como te atraparemos! ¡Y cuando te atrapemos te cortaremos en pedacitos!

—¿Por qué sois tan crueles conmigo? —preguntó Dorothy-. Soy forastera en vuestro país y no os he hecho ningún daño.

—¡Ningún daño! -gritó el que parecía ser el líder—. ¿Acaso no has arrancado cajas de almuerzo y cubos de cena? ¿Acaso no tienes todavía un cubo de cena robado en la mano?

—Sólo he arrancado uno de cada —respondió—. Tenía hambre y no sabía que los árboles eran vuestros.

—Ésa no es una buena excusa —replicó el líder, que llevaba un traje precioso—. Nuestra ley dice que quien arranca un cubo de cena sin nuestro permiso debe morir inmediatamente.

—No le creas -dijo Billina—. Estoy segura de que los árboles no pertenecen a esas espantosas criaturas. Son capaces de cualquier diablura, y

estoy convencida de que tratarían de matarnos aunque no hubieras cogido del árbol un cubo de cena.

—Yo pienso lo mismo —dijo Dorothy—. Pero ¿qué hacemos ahora?

—Nos quedamos en este sitio —aconsejó la gallina amarilla—. De todos modos aquí estamos a salvo de los Rodadores hasta que nos muramos de hambre, y antes de que llegue ese momento pueden ocurrir muchas cosas.

CAPÍTULO 4 TIK-TOK, EL HOMBRE MECÁNICO

Después de más o menos una hora la mayor parte de la banda de Rodadores regresó al bosque, dejando sólo a tres de ellos para vigilar la colina. Esos tres se acurrucaron como perros grandes y fingieron dormirse en la arena, pero con ese truco no engañaron a Dorothy ni a Billina, y las dos siguieron al amparo de las piedras sin prestar atención a sus astutos enemigos.

Finalmente, la gallina, aleteando por encima del montículo de piedras, exclamó:

-¡Mira, un sendero!

Dorothy trepó enseguida hasta donde estaba Billina y vio que era cierto que había un sendero liso entre las piedras. Parecía enroscarse alrededor del montículo, de la cima al pie, como un tirabuzón, torciéndose de vez en cuando entre las rocas ásperas pero siempre liso y fácil de transitar.

Lo primero que se preguntó Dorothy fue por qué los Rodadores no habían subido por ese sendero; pero cuando llegó por él hasta el pie del montículo descubrió que había varias piedras grandes obstruyendo el final, impidiendo así que se viese desde fuera y que los Rodadores lo usaran para subir.

Después Dorothy volvió hacia arriba por el sendero y lo siguió hasta llegar a la cima, donde había una roca solitaria mucho más grande que todas las que la rodeaban. El sendero terminaba delante de esa enorme roca, y por un momento la niña se preguntó para qué lo habían hecho. Pero la gallina,

que la había estado siguiendo muy seria y estaba ahora subida en el extremo de una roca detrás de Dorothy, dijo de pronto:

—Parece una puerta, ¿verdad?

—¿Qué es lo que parece una puerta? —preguntó la niña.

—Esa grieta en la roca justo delante de ti -respondió Billina, cuyos ojitos redondos era muy agudos y veían todo—. Sube por un lado, baja por el otro y está por arriba y por abajo.

—¿De qué hablas?

—De la grieta, por supuesto. Por lo tanto pienso que debe de ser una puerta de piedra, aunque no veo los goznes.

—Ah, sí -dijo Dorothy, observando ahora por primera vez la grieta en la piedra—. ¿Y esto, Billina, no es el ojo de una cerradura? -añadió la niña señalando un agujero redondo y profundo en un lado de la puerta.

Por supuesto. Y si tuviéramos la llave podríamos abrirla y ver qué hay dentro —dijo la gallina amarilla—. Quizá sea la cámara de un tesoro, llena de diamantes y rubíes y montones de oro brillante o...

—Eso me recuerda la llave de oro que recogí en la playa. ¿Crees que puede entrar en este ojo de cerradura, Billina?

—Prueba —sugirió la gallina.

Dorothy hurgó en el bolsillo del vestido y encontró la llave de oro. Y después de meterla en el agujero de la cerradura de la roca y hacerla girar, se oyó de repente un agudo chasquido; entonces, con un crujido solemne que produjo escalofríos a la niña, la cara de la roca se movió hacia afuera, como una puerta sobre goznes, y dejó ver una pequeña cámara oscura.

—¡Santo cielo! —gritó Dorothy, retrocediendo hasta don-de se lo permitía el estrecho sendero.

Dentro de la pequeña cámara de piedra acababa de ver la forma de un hombre, o de algo que al menos, en la penumbra, se parecía a un hombre. No era más alto que la propia Dorothy, su cuerpo era redondo como una pelota y estaba hecho con cobre bruñido. También su cabeza y sus extremidades estaban hechas con cobre, unidas o aseguradas al cuerpo con bisagras de una manera extraña, con chapas metálicas sobre las articulaciones como las armaduras que llevaban los caballeros antiguos. Estaba totalmente inmóvil, y cuando lo tocaba la luz brillaba como si fuera de oro puro.

—No te asustes -dijo Billina desde la cima de la roca donde se había posado-. No está vivo.

—Ya veo -dijo la niña aspirando hondo.

—Está hecho con cobre, como la vieja tetera que hay en el granero de casa —prosiguió la gallina, Volviendo la cabeza primero hacia un lado y después hacia el otro para examinar el objeto con ambos ojos redondos.

—Una vez —dijo Dorothy— conocí a un hombre hecho con hojalata, un leñador llamado Nico Hachero. Pero estaba vivo cómo nosotros, porque había nacido como todos los hombres y había ido adquiriendo el cuerpo de hojalata poco a poco: primero una pierna y después un dedo y después una oreja, porque sufría muchos accidentes con el hacha y siempre se cortaba por descuido.

—Ah -dijo la gallina con desdén, como si no hubiera creído la historia.

—Pero este hombre de cobre —prosiguió Dorothy mirándolo con ojos muy grandes-no está vivo en absoluto, y me pregunto para qué lo hicieron y para qué lo encerraron en este sitio tan raro.

—Eso es un misterio -comentó la gallina torciendo la cabeza para acomodarse las plumas del ala con el pico.

Dorothy entró en la pequeña habitación para ver al hombre de cobre por detrás, y de ese modo descubrió una tarjeta impresa que le colgaba entre los hombros, suspendida de una pequeña clavija que tenía en la nuca. Sacó la tarjeta, volvió al sendero, donde la luz era mejor, y se sentó sobre una piedra a leerla.

—¿Qué dice? -preguntó la gallina con curiosidad.

Dorothy leyó la tarjeta en voz alta, descifrando las letras grandes con cierta dificultad. Esto es lo que decía:

HOMBRE MECÁNICO
de SMITH & TINKER
Patentado, Doble Acción, Extrasensible,
Capaz de Pensar, Dicción Perfecta,
Equipado con nuestro Mecanismo de Relojería Especial.
Piensa, Habla, Actúa y Hace Todo menos Vivir.

Fabricado sólo en los Talleres de la Empresa en Evna, País
de Ev.

Toda violación de nuestros derechos será inmediatamente
motivo de Acción Judicial.

-¡Qué raro! -dijo la gallina amarilla—. ¿Crees que todo eso es verdad,
querida?

—No lo sé —respondió Dorothy, que no había terminado de leer—.
Escucha esto, Billina:

INSTRUCCIONES:

Para PENSAR: dar cuerda debajo del
brazo izquierdo (señalado con el número 1).

Para HABLAR: dar cuerda debajo del
brazo derecho (señalado con el número 2).

Para CAMINAR y para ACTUAR: dar cuerda en el
centro de la espalda (señalado con el número 3).

Nota bene: Se garantiza el funcionamiento perfecto de este
Mecanismo
durante mil años.

—Bueno -dijo la gallina con voz entrecortada-, si el hombre de cobre
puede hacer la mitad de esas cosas declaro que es una máquina maravillosa.
Pero supongo que es una patraña, como lo son la mayoría de los artículos
patentados.

—Podríamos darle cuerda -sugirió Dorothy- y ver qué hace.

—¿Dónde está la llave para darle cuerda? -preguntó Billina.

—Colgando de la clavija donde he encontrado la tarjeta.

—Entonces -dijo la gallina— probémoslo y veamos si funciona. Parece
que tiene garantía por mil años, pero no sabemos cuánto hace que está de pie
dentro de la roca.

Dorothy ya había sacado la llave de la clavija.

—¿A cuál doy cuerda primero? —preguntó volviendo a mirar las instrucciones de la tarjeta.

—Supongo que al Número Uno —respondió Billina-. Eso lo hace pensar, ¿verdad?

—Sí -dijo Dorothy-, y dio cuerda al Número Uno, debajo del brazo izquierdo.

—No parece haber cambiado mucho -señaló la gallina en tono de crítica.

—Es natural -dijo Dorothy—, ahora sólo está pensando. —Me gustaría saber qué piensa.

—Daré cuerda a la función del habla y después quizá pueda decírnoslo -explicó la niña.

Así que Dorothy dio cuerda al Número Dos e inmediatamente, sin mover ninguna parte del cuerpo más que los labios, el hombre mecánico dijo:

—Bue-nos dí-as, ni-ña. Bue-nos dí-as, se-ño-ra Ga-lli-na.

Las palabras sonaron un poco roncadas y chirriantes, y todas fueron emitidas en el mismo tono, sin ningún cambio de expresión, pero Dorothy y Billina las entendieron sin dificultad.

—Buenos días, señor —respondieron con cortesía.

—Gra-cias por res-ca-tar-me —prosiguió la máquina, con la misma voz monótona, que parecía alimentada por un fuelle dentro del cuerpo, como los pequeños corderos y gatos de juguete que los niños aprietan para que hagan ruido.

—De nada —dijo Dorothy.

Después, con mucha curiosidad, preguntó—:

-¿Cómo te quedaste encerrado en este sitio?

—Es u-na lar-ga his-to-ria —respondió el hombre de co-bre—, pe ro te la con-ta-ré bre-ve-men-te. Me com-pró a Smith & Tin-ker, mis fa-bri-can-tes, un cruel Rey de Ev lla-ma-do E-vol-do, que gol-pe-a-ba a los sir-vien-tes has-ta ma-tar-los. Sin em-bar-go, a mí no pu-do ma-tar-me por—que yo no es-ta-ba vi-vo, y pa-ra mo-rir hay que es-tar vi-vo. De ma-ne-ra que to-dos esos gol-pes no só-lo no me ha-cían da-ño, si-no que me con-ser-va-ban el co-bre bien lus-tra-do.

»E-se rey cruel te-nía una mu-jer en-can-ta-do-ra y diez hi-jos her-mo-

sos, cin-co ni-ños y cin-co ni-ñas, pe-ro en un a-ta-que de fu-ria los ven-dió a to-dos al Rey No-mo, que con sus ar-tes má-gicas los con-vir-tió en o-tras for-mas y los pu-so co-mo a-dor-nos en las ha-bi-ta-cio-nes de su pa-la-cio sub-te-rrá-ne-o.

«Des-pués el Rey de Ev se a-rre-pin-tió de su mal-va-da ac-ción y tra-tó de res-ca-tar a su mu-jer y a sus hi-jos del Rey No-mo, pe-ro sin é-xi-to. De-ses-pe-ra-do, me en-ce-rró en es-ta ro-ca, ti-ró la lla-ve al o-cé-a-no y des-pués, se a-rro-jó él y se aho-gó.

—¡Qué horror! —exclamó Dorothy.

—Sí, de ve-ras -dijo la máqui-na—. Cuan-do me en-con-tré en-ce-rra-do gri-té pi-dien-do au-xi-lio has-ta que se me a-ca-bó la cuer-da de la voz; des-pués an-du-ve por es-ta pe-que-ña ha-bi-ta-ción has-ta que se me a-ca-bó la cuer-da de la ac-ción; y des-pués me que-dé quie-to y pen-sé has-ta que se me a-ca-bó la cuer-da del pen-sa-mien-to. De lo que o-cu-rrió a par-tir de en-ton-ces no re-cuer-do na-da has-ta que me dis-te cuer-da.

—Qué historia maravillosa -dijo Dorothy-. Demuestra que el País de Ev es un país de hadas, como ya me parecía.

—Sí, es cier-to -dijo el hombre de cobre-No creo que se hu-bie-ra po-di-do cons-truir u-na má-qui-na tan per-fec-ta co-mo yo en un si-tio que no fue-ra un pa-ís de ha-das.

—No he visto ninguna en Kansas -dijo Dorothy.

—Pero ¿dón-de con-se-guis-te la lla-ve pa-ra a-brir es-ta puer-ta? —preguntó la voz del hombre mecánico.

—La encontré en la orilla del mar, adonde quizá la lleva-ron las olas -respondió la niña-Y ahora, si no te importa, daré cuerda a tu acción.

—E-so me com-pla-ce-rá mu-cho -dijo la máqui-na.

De manera que Dorothy dio cuerda al Número Tres e inmediatamente el hombre de cobre, con movimientos algo rígidos y desgarrados, salió de la caverna rocosa, se quitó el sombrero de cobre y se inclinó cortésmente. Después se arrodilló ante Dorothy y dijo:

—A par-tir de a-ho-ra soy tu o-be-dien-te ser-vi-dor. De buen gra-do ha-ré to-do lo que me or-de-nes..., si me si-gues dan-do cuer-da.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña.

—Tik-tok —contestó la máqui-na—. Mi an-te-rior a-mo me pu-so e-se

nom-bre por-que es el rui-do que ha-ce mi me-ca-nis-mo de re-lo-je-ría cuan-do tie-ne cuer-da.

—Lo oigo -dijo la gallina amarilla.

—Yo también —dijo Dorothy, y añadió con cierta preocu-pación—: No das la hora, ¿verdad?

No —respondió Tik-tok—, y no hay nin-gu-na a-lar-ma co-nec-ta-da con mi me-ca-nis-mo. Pe-ro pue-do dar la ho-ra me-dian-te pa-la-bras, y co-mo nun-ca duer-mo pue-do des-per-lar te a la ho-ra que quie-ras.

—Eso está muy bien -dijo la niña—, pero por la mañana nunca tengo ganas de levantarme.

—Puedes dormir hasta que yo ponga mi huevo -dijo la gallina amarilla—. Después, cuándo yo cacaree, Tik-tok sabrá qué es hora de despertarte.

—¿Pones el huevo muy temprano? —preguntó Dorothy. —A eso de las ocho -dijo Billina—. Y estoy convencida de que a esa hora todo el mundo debería estar levantado.

CAPÍTULO 5

DOROTHY ABRE EL CUBO DE CENA

-Lo primero, Tik-tok —dijo Dorothy—, es encontrar la manera de salir de estas piedras. Allá abajo, no sé si sabes, están los Rodadores, que amenazan con matarnos.

—No hay mo-ti-vo pa-ra te-mer a los Ro-da-do-res —dijo Tik-tok, hablando con mayor lentitud que antes.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

—Por-que son ag-g-g..., gr-gr-r-r...

El hombre mecánico gorgoteó y calló, agitando frenética-mente las manos hasta que de repente se quedó inmóvil, con una mano en el aire y la otra tendida hacia adelante con to-dos los dedos de cobre abiertos como un abanico.

—¡Santo cielo! —dijo Dorothy, asustada-. ¿Qué habrá ocurrido?

—Supongo que se le ha acabado la cuerda —dijo la gallina con voz tranquila—. No le diste mucha.

—No sabía cuánta había que darle -dijo la niña-. Pero intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Caminó alrededor del hombre de cobre para sacar la llave de la clavija de la nuca, pero la llave no estaba.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Dorothy consternada.

—¿Qué ha desaparecido? -preguntó Billina.

—La llave.

—Quizá ha caído cuando te ha hecho aquella reverencia —dijo la gallina

—. Mira alrededor a ver si la puedes encontrar.

Dorothy miró y con la ayuda de la gallina logró descubrirla: había caído en una grieta de la roca.

De inmediato dio cuerda a la voz de Tik-tok, recordando hacer girar la llave la mayor cantidad de veces posible. No fue una tarea fácil como sabe cualquiera que haya intentado dar cuerda a un reloj, pero las primeras palabras de la máquina fueron para asegurar a Dorothy que esta vez funcionaría: por lo menos veinticuatro horas seguidas.

—La pri-me-ra vez no me dis-te mu-cha cuer-da -dijo con voz tranquila el hombre mecánico—, y a-de-más yo te con-té e-sa lar-ga his-to-ria so-bre el Rey E-vol-do, a-sí que no me ex-tra-ña na-da que se me ha-ya a-ca-ba-do.

A continuación, Dorothy dio cuerda al mecanismo de ac-ción, y después Billina le aconsejó llevar la llave de Tik-tok en el bolsillo para no volver a perderla.

—Ahora —dijo Dorothy cuando terminó de hacer todo— dime lo que ibas a explicar acerca de los Rodadores.

-Bue-no, son i-no-fen-si-vos —dijo la máquina-. Tra-tan de ha-cer cre-er a la gen-te que son te-rri-bles, pe-ro la ver-dad es que son in-ca-pa-ces de ha-cer da-ño a quién quie-ra a-sus-tar-los. Qui-zá in-ten-ten las-ti-mar a una ni-ña co-mo tú, por-que son tra-vie-sos. Pé-ro si yo tu-vie-ra un ga-rro-te, hui-rí-an al ver-me.

—¿No tienes un garrote? -preguntó Dorothy.

—No —dijo Tik-tok.

—Y tampoco lo encontrarás entre estas piedras —comentó la gallina amarilla.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Da mu-cha cuer-da a mi me-ca-nis-mo de pen-sa-mien-to, y tra-ta-ré de pen-sar al-gún o-tro plan —dijo Tik-tok.

La niña volvió entonces a dar cuerda al hombre mecánico, y mientras él pensaba ella decidió cenar. Billina ya estaba picoteando en las grietas de las rocas, así que Dorothy se sentó y abrió el cubo de hojalata donde tenía la cena.

En la tapa encontró un pequeño recipiente lleno de excelente limonada. Tenía como tapón una taza, que al sacarla podía usarse para beber. Dentro del

cubo había tres lonchas de pavo, dos tajadas de lengua fría, un poco de ensalada de langosta, cuatro rebanadas de pan con mantequilla, un trozo de tarta de crema, una naranja, nueve fresas grandes, algunos frutos secos y uvas pasas. Los frutos secos de ese cubo, curiosamente, ya estaban pelados, así que no tuvo que romperlos.

Dorothy desplegó el festín sobre la piedra que tenía al lado y empezó a comer tras invitar a Tik-tok, que no aceptó porque, como dijo, no era más que una máquina. Después ofreció compartir la comida con Billina, pero la gallina murmuró algo acerca de las «cosas muertas» y dijo que prefería los bichos y las hormigas.

—Los árboles con las cajas de almuerzos y cubos de cenas, ¿pertenecen a los Rodadores? -preguntó la niña a Tik-tok sin dejar de comer.

—No, claro que no -respondió el hombre mecánico-. Per-te-ne-cen a la fa-mi-lia re-al de Ev, pe-ro o-cu-rre que no hay fa-mi-lia re-al en es-te mo-men-to por-que el Rey E-vol-do Se a-rro-jó al mar y su mu-jer y sus hi-jos han si-do trans-for-ma-dos por el Rey No-mo. En con-se-cuen-cia, que yo se-pa no hay na-die go-ber-nan-do el Pa-ís de Ev. Qui-zá por e-sa ra-zón los Ro-da-do-res re-cla-man los ár-bo-les co-mo pro-pios y con-su-men los al-muer-zos y las ce-nas. Pe-ro per-te-ne-cen al Rey, y ve-rás que en el fon-do de ca-da cu-bo a-pa-re-ce es-tain pa-da la E re-al.

Dorothy dio la vuelta al cubo y enseguida descubrió la marca real, como había dicho Tik-tok.

—Los Rodadores, ¿son las únicas personas que viven en el País de Ev? —preguntó la niña.

—No. Só-lo ha-bi-tan u-na pe-que-ña por-ción del pa-ís, de-trás de los bos-ques contestó la máquina—. Pe-ro siem-pre han si-do tra-vie-sos e im-per-ti-nen-tes, y mi an-ti-guo a-mo, el Rey E-vol-do, so-lía lle-var con-si-go un lá-ti-go cuan-do sa-lí-a, pa-ra man-te-ner a ra-ya a e-sas cria-tu-ras. Cuan-do me fa-bri-ca-ron, los Ro-da-do-res tra-ta-ron de a-tro-pe-llar-me y em-bes-tir-me con la ca-be-za, pe-ro pron-to des-cu-brie-ron que es-ta-ba he-cho de un ma-te-rial de-ma-sia-do só-li-do pa-ra ha-cer-me da-ño.

—Pareces muy durable -dijo Dorothy-¿Quién te fabricó?

—La fir-ma Smith & Tin-ker, en el pue-blo de Ev-na, don-de es-tá el pa-lacio re-al —respondió el hombre de cobre.

—¿Fabricaron muchos como tú? —preguntó la niña.

—No. Yo soy el ú-ni-co hom-bre me-cá-ni-co au-to-má-ti-co que ter-mi-ron de cre-ar -contestó Tik-tok-. E-ran ma-ra-vi-llo-sos in-ven-to-res, me hi-cie-ron a mí y te-ní-an un gran sen-ti-do ar-tís-ti-co.

—No lo dudo -dijo Dorothy-, ¿viven ahora en el pueblo de Ev?

—Los dos mu-rie-ron -contestó: la máquina—. El se-ñor Smith no só-lo era in-ven-tor si-no pin-tor, e hi-zo un cua-dro de un rí-o tan re-a-lis-ta que, cuan-do i-ba a pin-tar li-nas fio-res del o-tro la-do, ca-yó en el a-gua y se a-ho-gó.

—Oh, lo siento mucho -exclamó la niña.

—El se-ñor Tin-ker —prosiguió Tik-tok— fa-bri-có u-na es-ca-le-ra tan lar-ga que po-dí-a a-po-yar la pun-ta en la lu-na, y su-bi-do al tra-ve-sa-ño más al-to re-co-gí-a es-tre-llas pe-que-ñas pa-ra in-crus-tar-las en la co-ro-na re-al. Pe-ro al lle-gar a la lu-na al se-ñor Tiri-ker le pa-re-ció un lu-gar tan bo-ni-to que de-ci-dió que-dar-se a vi-vir allí, de mo-do que re-co-gió la es-ca-le-ra y no he-mos vuel-to a sa-ber de él.

—Eso debe de haber significado una gran pérdida para este país —dijo Dorothy, que ya estaba comiendo la tarta de crema.

—Sí -reconoció Tik-tok—. Tam-bién fue u-na gran pér-di-da pa-ra mí. Por que si me a-ve-río no co-ñoz-co a na-die que pue-da re-pa-rar-me, pues-to que soy muy com-pli-ca-do. No te i-ma-gi-nas la can-ti-dad de ma-qui-na-ria que ten-go den-tro.

—Me lo imagino -dijo Dorothy.

—Y a-ho-ra —prosiguió la máquina— ten-go que: de-jar de ha-blar y po-ner-me a pen-sar de nue-vo pa.-ra en-con-trar la ma-ne-ra de sa-lir de es-ta ro-ca.

Dicho eso, el hombre de cobre dio media vuelta para pensar sin que lo molestaran.

—El mejor pensador que he conocido —dijo Dorothy a la gallina amarilla-fue un espantapájaros.

—¡Qué ridículo! -dijo Billina.

—Es cierto -insistió Dorothy-, Lo conocí en el País de Oz, y viajó conmigo hasta la ciudad del gran Mago de Oz para conseguir un cerebro, pues tenía la cabeza rellena de paja. Pero a mí me pareció que pensaba tan

bien antes de conseguir el cerebro como después.

—¿Piensas que me voy a creer todas esas tonterías que dices sobre el País de Oz? -preguntó Billina, que parecía un poco enojada, quizá porque no había muchos bichos.

—¿Qué tonterías? —preguntó la niña, que estaba terminando de comer los frutos secos y las uvas pasas.

—Tus historias imposibles sobre animales que hablan y un leñador de hojalata que está vivo y un espantapájaros que piensa.

—Todos están allí —dijo Dorothy—, porque los he visto.

—¡No te creo! -exclamó la gallina, echando la cabeza hacia atrás.

—Eso ocurre porque eres muy ignorante -dijo la niña, que estaba un poco ofendida por las palabras de su amiga Billina.

—En el País de Oz -comentó Tik-tok, volviéndose hacia ellas— todo es posible, porque es un maravilloso país encantado.

—¡Mira, Billina! ¿Qué te dije? —gritó Dorothy. Después se volvió hacia la máquina y preguntó impaciente—: ¿Conoces el País de Oz, Tik-tok?

—No, pero he oído hablar de él -dijo el hombre de cobre—. Porque sólo un ancho de siero lo separa del País de Ev.

Dorothy, contenta, batió palmas.

—¡Cuánto me alegro! -exclamó—. Me hace muy feliz estar tan cerca de mis viejos amigos. El Espantapájaros del que te hablé, Billina, es el Rey del País de Oz.

—Disculpa-me —dijo Tik-tok—. Ahora no es el rey.

—Lo era cuando me fui de allí —comentó Dorothy.

—Ya lo sé —dijo Tik-tok—, pero hubo una revolución en el País de Oz y el Espantapájaros fue derrocado por una niña soldado llamada general Jin-jur. Y después Jin-jur fue derrocada por una niña llamada Ozma, que será la legítima heredera del trono y ahora gobierna el país con el título de Ozma de Oz.

—Todo eso es para mí una novedad -dijo Dorothy, pensativa-. Pero supongo que han pasado muchas cosas desde que me fui de Oz. Me gustaría saber qué ha sido del Espantapájaros, del Leñador de Hojalata y del León Cobarde. Y me pregunto quién será esa niña, Ozma de Oz, de quien nunca había oído hablar.

Pero Tik-tok no respondió. Había dado media vuelta para volver a pensar.

Dorothy guardó el resto de la comida en el cubo para no desperdiciar cosas buenas, y la gallina amarilla olvidó su dignidad hasta el punto de picotear todas las migas dispersas, que comió con gula, aunque hasta hacía poco había simulado despreciar las cosas que Dorothy prefería como comida.

En ese momento Tik-tok se acercó a ellas con su rígida reverencia.

—Te-ned la gen-ti-le-za de se-guir-me -dijo—, y os sa-ca-ré de a-quí y os lle-va-ré al pue-blo de Ev-na, don-de es-ta-réis más có-mo-das y a-de-más os pro-te-ge-ré de los Ro-da-do-res.

—Muy bien -se apresuró a decir Dorothy-. ¡Estoy preparada!

CAPÍTULO 6

LAS CABEZAS DE LANGWIDERE

Bajaron despacio por el sendero entre las piedras. Tik-tok iba delante, lo seguía Dorothy y cerraba la marcha la gallina amarilla.

Al pie del sendero el hombre de cobre se inclinó y apartó con facilidad las piedras que cerraban el paso. Después se volvió hacia Dorothy y dijo:

—Per-mí-te-me lle-var tu cu-bo de ce-na.

Ella inmediatamente lo puso en la mano derecha del hombre mecánico, y los dedos de cobre aferraron con firmeza la sólida asa.

Después la pequeña procesión siguió su camino por la lisa arena.

En cuanto los vieron los tres Rodadores que custodiaban el montículo, empezaron a emitir aquellos gritos desaforados y a rodar con rapidez hacia el grupo, como para apresarlos o cerrarles el paso. Pero cuando el primero estuvo suficientemente cerca, Tik-tok hizo oscilar el cubo de la cena y le golpeó la cabeza con esa arma tan rara. Quizá no lo lastimó mucho, pero hizo un enorme ruido, y el Rodador soltó un aullido y se cayó de lado. Un segundo más tarde se levantó como pudo y se alejó rodando a la mayor velocidad posible, chillando de terror.

—Te di-je que e-ran i-no-fen-si-vos -empezó a decir Tik-tok, pero en ese momento se abalanzó sobre ellos otro Rodador. ¡Crac!, hizo el cubo de cena en aquella cabeza, arrancándole el sombrero de paja y arrojándolo a cinco metros de distancia; el golpe bastó también para ese segundo Rodador, que se alejó rodando detrás del primero, y el tercero no esperó a ser agredido con el cubo: se fue con sus compañeros a la mayor velocidad que le permitían las ruedas.

La gallina amarilla cacareó de placer y fue volando a posarse en el hombro de Tik-tok.

—¡Muy valiente, amigo de cobre! Y muy bien hecho. Ahora nos hemos librado de esas feas criaturas.

Pero en ese momento una enorme banda de Rodadores salió del bosque y, confiando en su superioridad numérica, avanzó con ferocidad hacia Tik-tok. Dorothy tomó a la gallina en brazos y la apretó con fuerza, y la máquina rodeó con el brazo izquierdo el cuerpo de la niña para protegerla. Los Rodadores se abalanzaron sobre ellos.

¡Bang, crash, bang!, hizo el cubo de cena en todas direcciones, y el ruido al estrellarse contra las cabezas de los Rodadores fue tan fuerte que aquellas criaturas sufrieron más susto que daño, y huyeron dominadas por el pánico. Todas menos el líder. Ese Rodador había chocado contra otro y caído de espalda, y antes de que pudiera levantarse Tik-tok le había puesto los dedos de cobre encima sobre el precioso cuello de la chaqueta y apretaba con fuerza.

—Or-de-na a los tu-yos que se vayan —exigió la máquina.

El líder de los Rodadores dudó en dar esa orden, así que Tik-tok lo sacudió como sacude un perro terrier a una rata, hasta que los dientes del Rodador empezaron a castañetear con un ruido parecido al del granizo en una ventana. Entonces, en cuanto la criatura logró recuperar el aliento, gritó a las demás que se alejaran, orden que cumplieron inmediatamente.

—A-ho-ra -dijo Tik-tok- ven-drás con no-so-tros y me con-ta-rás lo que quie-ro sa-ber.

—Te arrepentirás de haberme tratado de esta manera —lloriqueó el Rodador-. Soy una persona terriblemente feroz.

—En cuan-to a e-so —dijo Tik-tok—, yo só-lo soy u-na má-qui-na y pa-se lo que pa-se no sien-to pe-na ni a-le-grí-a. Pe-ro te e-qui-vo-cas si pien-sas que e-res te-rri-ble o fe-roz.

—¿Por qué? -preguntó el Rodador.

—Por-que na-die más pien-sa lo mis-mo. Las rue-das te im-pi-den ha-cer da-ño. A-de-más no tie-nes pu-ños y no pue-des a-ra-ñar ni si-que-ra ti-rar del pe-lo. Tam-po-co tie-nes pies pa-ra dar pa-ta-das. Lo ú-ni-co que pue-des ha-cer es gri-tar y chi-llar, y e-so no da-ña a na-die.

Para sorpresa de Dorothy, el Rodador se echó a llorar.

—Ahora mi pueblo y yo estamos arruinados para siempre -sollozó-, porque habéis descubierto nuestro secreto. Al ser tan inofensivos, nuestra única esperanza es hacer que la gente nos tema porque aparentamos que somos feroces y terribles y escribimos en la arena advertencias de Cuidado con los Rodadores. Hasta ahora hemos asustado a todo el mundo, pero desde que habéis descubierto nuestros puntos débiles nuestros enemigos se abalanzarán sobre nosotros y nos harán desdichados e infelices.

—Oh, no -exclamó Dorothy, que sintió pena al ver abatido a aquel Rodador tan elegantemente vestido-. Tik-tok guardará el secreto, y Billina y yo haremos lo mismo. Deberás, sin embargo, prometer que no asustarás nunca más a los niños que se té acerquen.

—¡No lo haré! ¡Claro que no! -prometió el Rodador, dejando de llorar y recuperando un poco el ánimo—. La verdad es que no soy malo, pero tenemos que fingir que somos terribles para impedir que los demás nos ataquen.

—E-so no es del to-do cier-to —dijo Tik-tok, yendo hacia el sendero que atravesaba el bosque y sosteniendo todavía con fuerza al prisionero, que rodaba lentamente a su lado—. Tú y tu gen-te sois muy da-dos a las tra-ve-su-ras, y os gus-ta mo-les-tar a quie-nes os tie-nen mie-do. A-de-más, a ve-ces sois in-so-len-tes y de-sa-gra-da-bles. Pe-ro si tra-táis de cu-rar e-sos de-fec-tos, no con-ta-ré a na-die lo i-no-fen-si-vos que sois.

—Lo intentaré, por supuesto -respondió el Rodador con ansiedad-. Y gracias, señor Tik-tok, por su bondad.

—Só-lo soy una má-qui-na —dijo Tik-tok—. No pue-do ser bon-da-do-so, así co-mo no pue-do sen-tir pe-na o ale-grí-a. Só-lo pue-do ha-cer a-que-llo pa-ra lo que es-toy pro-gra-ma-do.

—¿Está programado para guardar mi secreto? —pregun-tó el Rodador, angustiado.

—Sí, si te por-tas bien —dijo la máquina—. Y a-ho-ra di-me: ¿quién go-bier-na en es-tos mo-men-tos el Pa-ís de Ev?

—No lo gobierna nadie —fue la respuesta—, porque todos los miembros de la familia real fueron encarcelados por el Rey Nomo. Pero la Princesa Langwidere, que es sobrina del difunto Rey Evoldo, vive en una parte del

palacio real y saca del tesoro real todo el dinero que puede gastar. La Princesa Langwidere no es exactamente una gobernante porque no gobierna, pero en este momento es lo más parecido que tenemos a un gobernante.

-No la re-cuer-do -dijo Tik-tok-. ¿Qué as-pec-to tie-ne?

—No lo sé —respondió el Rodador-, aunque la he visto veinte veces. Lo que ocurre es que cada vez que la veo es una persona diferente, y sus súbditos sólo pueden reconocerla por una hermosa llave de rubíes que siempre lleva sujeta a la muñeca izquierda. Cuando vemos la llave sabemos que estamos viendo a la Princesa.

—Qué extraño -dijo Dorothy, asombrada—. ¿Quieres decir que tantas princesas diferentes son una única persona?

—No exactamente —respondió el Rodador-, Por supuesto, no hay más que una princesa, pero se nos aparece de mu-chas formas, todas más o menos bellas.

—Debe de ser una bruja -exclamó la niña.

—No creo —dijo el Rodador-. Pero de todos modos encierra algún tipo de misterio. Es una criatura muy presumida, y pasa la mayor parte del tiempo en una habitación rodeada de espejos, donde puede admirar cada uno de los aspectos que adopta.

Nadie comentó esas palabras, porque acababan de salir del bosque y miraban con atención la escena que tenían delante: un hermoso valle donde había muchos árboles frutales, campos verdes, granjas dispersas por todos lados y caminos anchos y lisos que llevaban en todas direcciones.

En el centro de ese encantador valle, a poco más de un kilómetro de donde se hallaban nuestros amigos, se levantaban las altas agujas del palacio real, que brillaban intensamente contra el fondo azul del cielo. El palacio estaba rodeado de jardines cautivadores, llenos de flores y arbustos. Se veían varias fuentes tintineantes, y agradables paseos bordeados por hileras de estatuas blancas.

Dorothy, por supuesto, no pudo notar ni admirar esos detalles hasta que avanzaron por el camino y se aproximaron al palacio, y seguía mirando el bonito paisaje cuando el pequeño grupo entró en los jardines y se acercó a la enorme puerta principal de los propios aposentos reales. Con decepción, descubrieron que la puerta estaba cerrada con llave. En el panel había un

cartel clavado con una tachuela que decía lo siguiente:

PROPIETARIO AUSENTE
Por favor, golpee en la tercera
puerta del ala izquierda

—A-ho-ra -dijo Tik-tok al Rodador cautivo- tie-nes que mos-trar-nos dón-de es-tá el a-la iz-quier-da.

—Muy bien —dijo el prisionero—, está por aquí a la derecha.

—¿Cómo puede estar a la derecha el ala izquierda? -preguntó la niña, temiendo que el Rodador los estuviera engañando.

—Porque solía haber tres alas, y dos fueron derribadas, de manera que la de la derecha es ahora la de la izquierda. Es un truco de la Princesa Langwidere para evitar que las visitas la molesten.

Entonces el cautivo los llevó hasta el ala izquierda, tras lo cual el hombre mecánico, al no necesitar más al Rodador, le permitió ir a reunirse con los suyos. El Rodador se alejó inmediatamente a gran velocidad y pronto se perdió de vista.

Tik-tok contó las puertas del ala izquierda y golpeó ruidosamente en la tercera.

La abrió una criada pequeña con una cofia adornada con alegres cintas, que se inclinó respetuosamente y preguntó:

—¿Qué deseáis, buena gente?

—¿Sois la Princesa Langwidere? -preguntó Dorothy.

—No, señorita. Soy su sirvienta -respondió la criada.

—Por favor, ¿puedo ver a la Princesa?

—Le diré que estáis aquí, señorita, y le pediré que os conceda una audiencia -dijo la criada-. Entrad, por favor, y sentaos en el salón.

Dorothy entró seguida de cerca por la máquina. Pero cuando la gallina amarilla trató de entrar detrás de ellos, la criada dijo «¡Fuera!» y le sacudió el delantal en la cara.

—¡Fuera tú! —contestó la gallina, retrocediendo con rabia y erizando las

plumas-¿No tienes mejores modales?

—Ah, ¿tú hablas? -preguntó la criada con evidente sorpresa.

—¿No me oyes? -dijo Billina con brusquedad-. Deja ese delantal y apártate para que yo pueda entrar con mis amigos.

—A la Princesa no le gustará -titubeó la criada.

—Qué me importa si le gusta o si no le gusta -dijo Billina, y aleteando ruidosamente voló directamente hacia la cara de la criada. La criada agachó la cabeza y la gallina aterrizó sana y salva al lado de Dorothy.

—Muy bien —dijo la pequeña criada con un suspiro-, si arruináis la audiencia por culpa de esa gallina terca, no me echéis la culpa. Irritar a la Princesa Langwidere no es buena idea.

—Dile, por favor, que la estamos esperando —dijo Dorothy, con dignidad-. Billina es mi amiga y debe ir adonde yo vaya.

Sin más palabras, la criada los llevó a una sala lujosamente amueblada, iluminada con tenues tonos irisados que entraban por hermosos vitrales.

—Quedaos aquí -dijo la criada—. ¿A quién debo anunciar ala Princesa?

—Yo soy Dorothy Gale de Kansas -respondió la niña—, y este caballero es una máquina llamada Tik-tok, y la gallina amarilla es mi amiga Billina.

La pequeña criada hizo una reverencia y se retiró, alejándose por varios pasillos y subiendo por dos escaleras de mármol antes de llegar a los aposentos ocupados por su ama.

El salón de la Princesa Langwidere estaba revestido con enormes espejos que iban del suelo al techo; también el techo estaba forrado por espejos, y el suelo era de plata bruñida y reflejaba cada objeto que había en él. Por lo tanto, cuando Langwidere se sentaba en su sillón y tocaba dulces melodías en la mandolina, su figura se reflejaba cientos de veces en las paredes, en el techo y en el suelo, y hacia donde volvía la cabeza podía ver y admirar sus facciones.

—Esta cabeza con pelo castaño y ojos color avellana es bastante atractiva. Tendré que usarla con más frecuencia de lo que he hecho últimamente, aunque quizá no sea la mejor de mi colección.

—Tenéis compañía, Alteza —anunció la criada haciendo una profunda reverencia.

—¿Quién es? —preguntó Langwidere con un bostezo.

—Dorothy Gale de Kansas, el señor Tik-tok y Billina —respondió la criada.

—¡Qué nombres más raros! —murmuró la Princesa, empezando a mostrar un poco de interés—. ¿Qué aspecto tienen? Dorothy de Kansas, ¿es bonita?

—Yo diría que sí -respondió la criada.

—¿Y el señor Tik-tok es atractivo? —prosiguió la Princesa.

—No sabría decirlo, Alteza. Pero parece muy inteligente. ¿Los recibirá Su Graciosa Majestad?

—Oh, puede que sí, Nanda. Pero me he cansado de admirar esta cabeza, y si mi visita se destaca por su belleza ten-go que asegurarme de que no me supere. Así que iré al armario y la cambiaré por la número 17, que es, creo, la que me da mejor aspecto. ¿Tú qué opinas?

—La número 17 es sumamente hermosa -respondió Nanda con otra reverencia.

La Princesa bostezó de nuevo.

—Ayúdame a levantarme -dijo.

La criada la ayudó, aunque la Princesa Langwidere era más fuerte. La Princesa caminó despacio por el suelo de plata hasta el armario, apoyándose pesadamente, en cada paso, en el brazo de Nanda.

Ahora tengo que explicar que la Princesa Langwidere era dueña de treinta cabezas: una para cada día del mes.

Pero, por supuesto, sólo podía usar una por vez porque no tenía más que un cuello. Guardaba esas cabezas en el «armario», un bonito vestidor situado entre el dormitorio y el salón espejado. Cada cabeza ocupaba una alacena propia forrada de terciopelo. Las alacenas ocupaban las cuatro pare-des del vestidor, y tenían puertas muy elaboradas y talladas con números dorados por fuera y espejos con marco enjoya-do por dentro.

Cuando por la mañana la Princesa se levantaba de la cama de cristal iba al vestidor, abría una de las alacenas forradas de terciopelo y sacaba la cabeza del estante de oro. Después, con la ayuda del espejo que había dentro, se ponía la cabeza lo más derecha posible y luego llamaba a las criadas para que la vistieran. Siempre llevaba un sencillo traje blanco que iba bien con todas las cabezas. Al poder cambiar de cara cuando quería, a la Princesa no le

interesaba usar muchos vestidos, como sucede a otras damas que están obligadas a llevar siempre la misma cara.

Las treinta caras eran, por supuesto, muy diferentes. No había dos que tuvieran la misma forma, pero todas destacaban por su belleza. Había cabezas con pelo dorado, pelo castaño, pelo rojizo y pelo negro, pero ninguna con pelo canoso. Las cabezas tenían ojos azules, grises, color avellana, marrones o negros, pero ningunos rojos, y todos eran bonitos y vivarachos. Las narices eran griegas, romanas, respingonas y orientales, y representaban todos los tipos de belleza, y las bocas eran de todos los tamaños y formas, y mostraban dientes de perla cuando la cabeza sonreía. En cuanto a los hoyuelos, aparecían en las mejillas y en los mentones, donde podían ser más encantadores, y una o dos cabezas tenían pecas en la cara, que contrastaban muy bien con el radiante cutis.

Una llave abría todas las alacenas de terciopelo que contenían esos tesoros: una curiosa llave tallada en un solo rubí rojo sangre, que la Princesa llevaba sujeta a una fina pero resistente cadena en la muñeca izquierda.

Nanda ayudó a Langwidere a colocarse delante de la alacena número 17, y la Princesa abrió la puerta con la llave de rubí y después de entregar a la criada la cabeza número 9, que había estado usando, sacó la número 17 del estante y se la colocó sobre el cuello. Tenía pelo negro, ojos oscuros y un precioso cutis blanco perla, y cuando la usaba, Langwidere sabía que era increíblemente bella.

Había un solo problema con la cabeza número 17: el carácter que la acompañaba (y que se ocultaba en algún sitio debajo de aquel brillante pelo negro) era extremadamente exaltado, duro y altanero, y a menudo llevaba a la Princesa a hacer cosas desagradables de las que se arrepentía cuando usaba las demás cabezas.

Pero ahora no se acordaba de eso y fue a recibir a los invitados en el salón con la certeza de que se sorprenderían de su belleza.

Se decepcionó mucho al descubrir que las visitas no eran más que una niña con un vestido de algodón, un hombre de cobre que sólo funcionaba cuando le daban cuerda y una gallina amarilla que estaba sentada muy contenta en el mejor costurero de Langwidere, donde había un huevo de porcelana para zurcir medias. (Quizá te sorprenda enterarte de que una

princesa hace cosas tan comunes como zurcir medias. Pero si te pones a pensar, te darás cuenta de que una princesa está tan condenada a tener agujeros en las medias como cualquier otra persona, sólo que no se considera educado sacar el tema.)

—¡Oh! -dijo Langwidere, levantando ligeramente la nariz de la cabeza número 17—. Pensaba que había venido alguien importante.

—Entonces no te has equivocado -dijo Dorothy-, por-que a mí porte no me falta y cuando Billina pone un huevo tiene el cacareo más fuerte que se pueda encontrar. En cuanto a Tik-tok, es el...

—¡Basta! ¡Basta! —ordenó la Princesa con un enfadado destello de aquellos ojos espléndidos-. ¿Cómo te atreves a molestarme con esa cháchara sin sentido?

—¡Qué horrible eres! -dijo Dorothy, que no estaba acos-tumbrada a que la trataran con tanta grosería.

La Princesa la miró con más atención.

—Dime —prosiguió-, ¿tienes sangre real?

—Algo mejor que eso, señorita —dijo Dorothy—. Vengo de Kansas.

—¡Ja! -exclamó la Princesa con desdén—. Eres Una niña tonta, y no puedo permitir que sigas molestándome. Fuera de aquí, vete a fastidiar a otra parte.

Dorothy estaba tan indignada que por un rato no encontró palabras para responder. Pero se levantó, e iba a salir del salón cuando la Princesa, que había estado mirando con atención la cara de la niña, la detuvo diciendo con más suavidad:

—Acércate.

Dorothy obedeció sin sentir ningún miedo, y se quedó inmóvil delante de la Princesa, que la examinó con mucha atención.

—Eres bastante atractiva -dijo finalmente aquella dama-. No hermosa, por supuesto, pero tienes un cierto estilo de belleza que es diferente de cualquiera de mis treinta cabezas. Por eso creo que me quedaré con tu cabeza y te daré a cambio la número 26.

—¡Yo creo que no! -exclamó Dorothy.

—De nada te servirá negarte —prosiguió la Princesa—, dado que necesito tu cabeza para mi colección y en el País de Ev mi voluntad es ley.

Nunca me importó demasiado la número 26, y verás que está muy poco usada. Además, a efectos prácticos te servirá igual que la que tienes puesta.

—No sé nada de tu cabeza número 26, y no quiero saberlo —dijo Dorothy con firmeza—. No estoy acostumbrada a recibir cosas desechadas, así que me quedaré con mi propia cabeza.

—¿Te niegas? -exclamó la Princesa arrugando el entre-cejo.

—Claro que sí -fue la respuesta.

—Entonces -dijo Langwidere— te encerraré en una torre hasta que decidas obedecerme. Nanda —agregó, volviéndose hacia la criada-, llama a mi Ejército.

Nanda hizo sonar una campanilla de plata y de inmediato entró en el salón un corpulento y gordo coronel con uniforme rojo vivo, seguido por diez enjutos soldados de aspecto triste y desanimado que saludaron a la Princesa de manera muy melancólica.

—¡Llevad a esa niña a la Torre Norte y encerradla con llave! -gritó la Princesa señalando a Dorothy.

—Tus palabras son órdenes -respondió el corpulento coronel, y agarró a la niña por el brazo. Pero en ese momento Tik-tok levantó el cubo de la cena y lo descargó con tanta fuerza en la cabeza del coronel que el voluminoso oficial se sentó estrepitosamente en el suelo, con cara de mucho aturdimiento y asombro.

—¡Socorro! —gritó el coronel, y los diez enjutos soldados corrieron a ayudar a su líder.

En los siguientes minutos se produjo un gran alboroto, y Tik-tok había derribado a siete miembros del ejército, que estaban despatarrados en todas direcciones sobre la alfombra, cuándo la máquina se detuvo de repente, con el cubo de la cena levantado para descargar otro golpe, y se quedó totalmente inmóvil.

—Mi ac-ción se ha que-da-do sin cuer-da -dijo dirigiéndose a Dorothy-. Da-me cuer-da, rá-pi-do.

La niña trató de obedecer, pero el corpulento coronel ya había logrado levantarse y aferró con fuerza a la niña, que no pudo huir.

—Qué pe-na -dijo la máquina-. La cuer-da ten-drí-a que ha-ber-me du-ra-do por lo me-nos seis ho-ras más, pe-ro su-pon-go que la lar-ga ca-mi-na-ta y

mi pe-le-a con los Ro-da-do-res hi-cie-ron que se me a-ca-ba-ra an-tes de lo ha-bi-tual.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo Dorothy con un suspiro.

—¿Vas a cambiarme la cabeza? —preguntó la Princesa.

—¡No, claro que no! —exclamó Dorothy.

—Entonces encerradla -dijo Langwidere a sus soldados, que llevaron a Dorothy a una alta torre al norte del palacio y la encerraron con llave.

Después los soldados trataron de levantar a Tik-tok, pero la máquina era tan sólida y pesada que no pudieron moverla, de modo que la dejaron en el centro del salón.

—La gente pensará que tengo una nueva estatua —dijo Langwidere-, así que no importa, y Nanda la lustrará.

—¿Qué hacemos con la gallina? —preguntó el coronel, que había descubierto a Billina en el costurero.

—Ponía en el gallinero -respondió la Princesa-Algún día haré que la frían para el desayuno.

—Parece muy dura, Alteza -dijo Nanda, poco convencida.

—¡Ésa es una vil calumnia! -exclamó Billina, luchando desesperadamente en los brazos del coronel—. Pero se dice que la raza de la que provengo resulta venenosa para todas las princesas.

-Entonces -dijo Langwidere- no freiré la gallina, sino que la tendré para poner huevos. Y si no cumple con su obligación, la haré ahogar en el bebedero de los caballos.

CAPÍTULO 7

OZMA DE OZ AL RESCATE

Nanda llevó a Dorothy pan y agua como cena, y la niña durmió sobre una piedra dura con una sola almohada y la colcha de seda.

Por la mañana se asomó por la ventana de la prisión de la torre para ver si había alguna manera de huir. La habitación no estaba muy alta, comparada con nuestros edificios modernos, pero se elevaba lo suficiente sobre los árboles y las viviendas de los granjeros para ofrecerle una buena vista del territorio de alrededor.

Hacia el Este vio el bosque, con la arena detrás y a continuación el océano. Incluso había una pequeña mancha en la orilla que, pensó, podía ser el gallinero en el que había llegado a ese país singular.

Después miró hacia el Norte y vio un valle profundo pero estrecho que se prolongaba entre dos montañas rocosas, y una tercera montaña que cerraba el valle a lo lejos.

Hacia el Oeste, la fértil tierra del País de Ev concluía de repente a poca distancia del palacio, y la niña vio kilómetros y kilómetros de desierto arenoso que se extendía y extendía hasta perderse de vista. Era ese peligroso desierto, pensó con mucho interés, lo único que la separaba del País de Oz, y recordó con tristeza haber oído que ella había sido la única en atravesarlo. Una vez un ciclón le había permitido cruzarlo, y un mágico par de zapatos de plata le habían permitido regresar. Pero ahora no contaba con la ayuda de un ciclón ni de unos zapatos mágicos, y se hallaba en una situación realmente triste, porque era prisionera de una desagradable princesa que insistía en que tenía que cambiarle la cabeza por otra a la que ella no estaba acostumbrada y

que quizá no le quedaría bien.

La verdad era que no parecía haber ninguna esperanza de recibir ayuda de sus viejos amigos del País de Oz. Miró pensativa por la estrecha ventana. Todo el desierto estaba en calma.

Pero..., ¡un momento! Algo se movía en el desierto... algo que sus ojos no habían observado al principio. A veces parecía una nube, a veces parecía una gota de plata, a veces parecía una masa de colores irisados que iba con rapidez hacia ella.

¿Qué sería aquello?, se preguntó.

Entonces, poco a poco pero no obstante en un breve lapso, la visión se acercó lo suficiente a Dorothy cómo para que ella pudiera distinguir qué era.

Una ancha alfombra verde se desenrollaba sobre la arena, y por ella avanzaba una maravillosa procesión que hizo que los ojos de la niña se abrieran de asombro.

Abría la marcha un magnífico carruaje de oro tirado por un enorme León y un inmenso Tigre, que se movían hombro con hombro y trotaban con la gracia de una buena pareja de caballos pura sangre. Y de pie dentro del carruaje iba una hermosa niña vestida con un vestido largo y suelto de gasa plateada y con una diadema enjorada en la delicada cabeza. En una mano sostenía las cintas de raso que guiaban la asombrosa yunta, y en la otra una varita de marfil que terminaba en dos puntas, rematadas con las letras «O» y «Z», que estaban hechas con diamantes relucientes muy apretados.

La niña no parecía mayor ni más grande que Dorothy, y de inmediato la prisionera de la torre adivinó que la preciosa conductora del carruaje tenía que ser Ozma de Oz, de quien había oído hablar a Tik-tok hacía poco tiempo.

Detrás del carruaje, a poca distancia, Dorothy vio a su viejo amigo el Espantapájaros, montado tranquilamente en un Caballete de madera que brincaba y trotaba con la misma naturalidad que un caballo de carne y hueso.

Y después venía Nico Hachero, el Leñador de Hojalata, con su gorra en forma de embudo torcido de manera des-preocupada sobre la oreja izquierda, la brillante hacha sobre el hombro derecho y todo el cuerpo centelleando con la misma luminosidad que cuando lo conoció.

El Leñador de Hojalata iba a pie, encabezando una compañía de veintisiete soldados entre los que había gordos y flacos, altos y bajos, pero

todos ellos vestían bellos uniformes de varios colores y diseños, entre los que no había dos iguales.

Detrás de los soldados la alfombra se iba enrollando de nuevo, de manera que siempre tenía la extensión necesaria para que la procesión caminara por ella, sin necesidad de que los pies entraran en contacto con las mortíferas arenas del desierto.

Dorothy supo inmediatamente que lo que veía era una alfombra mágica y el corazón le latió con esperanza y alegría al darse cuenta de que pronto sería rescatada y podría saludar a sus queridos amigos de Oz: el Espantapájaros, el Leñador de Hojalata y el León Cobarde.

La niña se sintió rescatada en cuanto vio a quienes estaban en la procesión, porque conocía muy bien el valor y la lealtad de sus viejos compañeros, y también estaba segura de que cualquier otro que viniera de ese maravilloso país resultaría agradable y de confianza.

En cuanto terminaron de atravesar el desierto y toda la procesión, desde la hermosa y delicada Ozma hasta el último soldado; llegó a los verdes prados del País de Ev, la alfombra mágica se enrolló del todo y desapareció.

Entonces la conductora del carruaje transformó al León y al Tigre en un ancho camino que llevaba al palacio, y los demás la siguieron mientras Dorothy continuaba mirando con emoción desde la ventana de la torre.

La procesión se detuvo delante de la puerta principal del palacio. El Espantapájaros se bajó del Caballete y se acercó a mirar el cartel pegado a la puerta para ver qué decía.

Dorothy, exactamente por encima de él, no pudo seguir manteniendo el silencio.

—¡Estoy aquí! -gritó con todas sus fuerzas-¡Aquí está Dorothy!

—¿Qué Dorothy? -preguntó el Espantapájaros, ladeando la cabeza para mirar hacia arriba hasta casi perder el equilibrio y caer de espaldas.

—Dorothy Gale, por supuesto. Tu amiga de Kansas -respondió la niña.

—¡Ah, hola, Dorothy! -dijo el Espantapájaros-. ¿Qué demonios haces ahí?

—Nada -dijo Dorothy-, porque nada puedo hacer. Sálvame, amigo... ¡Sálvame!

—No te veo en peligro -dijo el Espantapájaros.

—Pero estoy prisionera. Me han encerrado y no puedo salir —suplicó.

—De acuerdo -dijo el Espantapájaros—. Pero podrías estar peor, pequeña Dorothy. Piensa un poco. No puedes ahogarte, no puede atropellarte un Rodador, no puedes caerte de un manzano. A algunos les parecería una suerte estar ahí.

—Bueno, a mí no me lo parece -dijo la niña-, y quiero bajar inmediatamente y verte a ti, al Leñador de Hojalata y al León Cobarde.

—Muy bien -dijo el Espantapájaros moviendo la cabeza de manera afirmativa—. Se hará lo que tú dices. ¿Quién te ha encerrado?

—La Princesa Langwidere, que es una criatura horrible —respondió la niña.

Al oír eso, Ozma, que había estado escuchando atenta-mente la conversación, hizo esta pregunta a Dorothy:

—¿Por qué te encerró la Princesa, querida?

—Porque —exclamó Dorothy— no le quise dar mi cabeza para su colección y recibir a cambio una vieja que a ella no le interesa.

—Te comprendo —se apresuró a decir Ozma—. Veré de inmediato a la Princesa y la obligaré a liberarte.

—¡Ay, muchas, muchas gracias! -exclamó Dorothy, que des-de el momento en que había oído la dulce voz de niña de la soberana de Qz sabía que pronto aprendería a quererla de verdad.

Ozma llevó el carruaje hasta la tercera puerta del ala, en la que el Leñador de Hojalata procedió a golpear.

En cuanto la criada abrió la puerta, Ozma, empuñando la varita de marfil, entró en la sala y fue directamente hacia el salón, seguida por su séquito, excepto el León y el Tigre Y los veintisiete soldados hacían tanto ruido y alboroto que la pequeña criada Nanda salió corriendo, llamando a gritos a su ama, con lo cual la Princesa Langwidere, encolerizada por esa grosera invasión de su palacio, corrió sin asistencia al salón.

Allí se detuvo ante la menuda y delicada figura de la niña de Oz y gritó:

—¿Cómo te atreves a entrar en mi palacio sin permiso? ¡Vete ya de este salón o te encadenaré a ti y a tu gente y os arrojaré en la más oscura mazmorra!

—¡Qué dama tan peligrosa! -murmuró el Espantapájaros en voz baja.

—Parece un poco nerviosa -dijo el Leñador de Hojalata.

Pero Ozma sonrió a la enfadada Princesa.

—Siéntate, por favor —dijo sin levantar la voz—. He hecho un largo viaje para verte, y tienes que escuchar lo que voy a decirte.

—¡Tengo que! -chilló la Princesa, lanzando destellos con aquellos ojos negros, pues todavía llevaba la cabeza número 17—. ¡Yo tengo que escuchar!

—Claro que sí -dijo Ozma-. Soy la soberana del País de Oz, y tengo poder suficiente para destruir todo tu reino, si quisiera. Pero no he venido a hacer daño, sino a liberar a la familia real de Ev de la esclavitud a que la tiene sometida el Rey Nomo, pues me han llegado noticias de que tiene prisioneros a la Reina y a sus hijos.

Langwidere calló de repente al oír esas palabras.

—Sí, ojalá pudieras liberar a mi tía y a sus diez reales hijos -dijo la Princesa con ansiedad—. Porque si fueran devueltos a su verdadera forma y condición podrían gobernar el País de Ev, lo que me ahorraría muchos problemas. En este momento debo dedicar por lo menos diez minutos diarios a las tareas de Estado, y me gustaría dedicar todo mi tiempo a admirar mis hermosas cabezas.

—Entonces hablaremos de este asunto -dijo Ozma— y trataremos de encontrar la manera de liberar a tu tía y a tus primos, Pero antes tienes que liberar a otra prisionera: la niña que has encerrado en la torre.

—Por supuesto -dijo Langwidere inmediatamente-. Me había olvidado de ella. Eso fue ayer, y no se puede esperar que una Princesa recuerde hoy lo que hizo ayer. Acompaña-me. Soltaré enseguida a la prisionera.

Ozma la siguió y subieron por las escaleras que llevaban a la habitación de la torre.

Mientras tanto, el séquito de Ozma quedó en el salón. El Espantapájaros estaba apoyado en una forma que había confundido con una estatua de cobre cuando una voz áspera y metálica le dijo de repente en el oído:

—No me pi-ses, por fa-vor. Me es-tás qui-tan-do el lus-tre.

—¡Perdón! —dijo el Espantapájaros, dando un paso atrás—. ¿Estás vivo?

—No -dijo Tik-tok—, só-lo soy u-na má-qui-na. Pe-ro pue-do pen-sar y ha-blar y ac-tu-ar cuan-do me han da-do la cuer-da ne-ce-sa-ria. A-ho-ra mis-mo se me ha a-ca-ba-do la cuer-da de la ac-ción, y Do-ro-thy tie~ne la lla-ve.

—Muy bien -dijo el Espantapájaros—. Dorothy pronto quedará en libertad, y entonces se ocupará de ti. Pero debe de ser una gran desgracia no estar vivo. Lo siento por ti.

—¿Por qué?-preguntó Tik-tok.

—Porque no tienes cerebro, como yo-dijo el Espantapájaros.

—Ah, cla-ro que ten-go -dijo Tik-tok—. Es-toy e-qui-pa-do con el Ce-rebro de A-ce-ro de Com-bi-na-ción Me-jo-ra-da de Smith & Tin-ker. E-so es lo que me ha-ce pen-sar. ¿Con qué ti-po de ce-re-bro es-tás e-qui-pa-do tú?

—No lo sé —admitió el Espantapájaros-. Me lo dio el Gran Mago de Oz, y no pude examinarlo antes de que me lo pusiera. Pero funciona maravillosamente y mi conciencia está muy activa. ¿Tú tienes conciencia?

—No —dijo Tik-tok.

—Y supongo que tampoco tendrás corazón —añadió el Leñador de Hojalata, que había estado escuchando con interés la conversación.

—No —dijo Tik-tok.

—Entonces —prosiguió el Leñador de Hojalata—, lamento decirte que eres muy inferior a mi amigo el Espantapájáros y a mí mismo. Porque los dos estamos vivos y él tiene un cerebro que no necesita cuerda y yo tengo un excelente corazón que me late sin parar en el pecho.

—Os fe-li-ci-to —dijo Tik-tok—. No pue-do re-me-diar ser in-fe-rior a vo-so-tros por-que soy u-na sim-ple má-qui-na. Cuan-do ten-go cuer-da cum-plo con mis o-bli-ga-cio-nes ha-cien-do lo que mi ma-qui-na-ria es-tá pro-gra-ma-da pa-ra ha-cer. No sa-béis cuán-ta ma-qui-na-ria ten-go den-tro.

—Me lo imagino -dijo el Espantapájaros, mirando con curiosidad al hombre máquina-. Algún día me gustaría de-sarmarte y ver cómo estás hecho.

—Te pido por fa-vor que no lo ha-gas —dijo Tik-tok—, por-que no sa-brías mon-tar-me de nue-vo y se per-de-ría mi u-ti-li-dad.

—¡Ah! ¿Eres útil? —preguntó sorprendido el Espantapájaros.

—Mu-cho.

—En ese caso —prometió con gentileza el Espantapájaros— no jugaré con lo que tienes dentro. Soy un pobre mecánico y podría enredarte todó.

—Gra-cias —dijo Tik-tok.

En ese momento Ozma volvió a entrar en el salón, llevando a Dorothy de

la mano y seguida de cerca por la Princesa Langwidere.

CAPÍTULO 8

EL TIGRE HAMBRIENTO

Lo primero que hizo Dorothy fue correr a abrazar al Espantapájaros, cuya cara pintada sonreía de placer al estrechar a la niña contra el pecho de paja. Después la abrazó el Leñador de Hojalata, con mucha suavidad, porque sabía que los brazos de metal podían lastimarla si la apretaba mucho.

Terminados los saludos, Dorothy sacó la llave de Tik-tok del bolsillo y dio cuerda a la acción de la máquina, para que pudiera hacer las correspondientes reverencias cuando le presentaran al resto del séquito. Mientras hacía eso, Dorothy contó a todos lo útil que había sido para ella Tik-tok, y tanto el Espantapájaros como el Leñador de Hojalata volvieron a estrechar la mano a la máquina y le dieron las gracias por proteger a su amiga.

Entonces Dorothy preguntó:

—¿Dónde está Billina?

—No lo sé -dijo el Espantapájaros-. ¿Quién es Billina?

—Una gallina amarilla que también es amiga mía -respondió la niña, preocupada-. ¿Qué habrá pasado con ella?

—Está en el gallinero, en el patio trasero -dijo la Princesa-. Mi salón no está hecho para las gallinas.

Sin prestar más atención, Dorothy corrió a buscar a Billina, y al salir por la puerta se encontró con el León Cobarde, todavía enganchado al carruaje junto con el enorme Tigre. El León Cobarde tenía un gran lazo de cinta azul sujeto al largo pelo entre las orejas, y el Tigre llevaba un lazo de cinta roja en la cola, al lado de la punta peluda.

Un instante más tarde Dorothy abrazaba con alborozo al inmenso león.

—¡Me alegro tanto de verte otra vez! —exclamó la niña.

—Yo también me alegro de verte a ti, Dorothy -dijo el León-. ¿Verdad que hemos vivido juntos unas cuantas aventuras maravillosas?

—Sí, claro que sí —respondió la niña—. ¿Cómo estás?

—Tan cobarde como siempre -dijo el animal con voz dócil-Las cosas más pequeñas me asustan y me hacen pal-pitar el corazón. Pero quiero presentarte a un nuevo amigo, el Tigre Hambriento.

—¡Oh! ¿Tienes hambre? —preguntó la niña, volviéndose hacia el otro animal, que en ese momento bostezó mostrando dos hileras de dientes terribles y una boca tan grande que podía asustar a cualquiera.

—Un hambre terrible —respondió el Tigre, cerrando la mandíbula con un feroz chasquido.

—Entonces, ¿por qué no comes algo? --preguntó Dorothy.

—No sirve para nada —dijo el Tigre, con tristeza—. Ya lo he probado, pero siempre vuelvo a tener hambre.

—Bueno, a mí me pasa lo mismo -dijo la niña—. Yo sigo comiendo y comiendo.

—Pero tú comes cosas normales, así que no importa -dijo el Tigre—. Pero yo soy un animal salvaje y tengo apetito de toda clase de criaturas vivas, desde ardillas hasta bebés gordos.

—¡Qué espantoso! -dijo Dorothy.

—¿Verdad que sí? -dijo el Tigre Hambriento, relamiéndose los labios con aquella lengua larga y roja—. ¡Bebés gordos! ¿Acaso no suena delicioso? Pero nunca he comido ninguno, porque la conciencia me dice que está mal hacerlo. Si no tuviera conciencia quizá comería bebés y volvería a tener hambre, con lo que habría sacrificado a los pobres bebés en vano. No, hambriento nací y hambriento moriré. Pero no quiero llevar en la conciencia ningún acto cruel del que tenga que arrepentirme.

-Creo que eres un muy buen tigre -dijo Dorothy, pal-meando la enorme cabeza del animal.

—En eso te equivocas -dijo él-. Soy quizá un buen animal, pero soy un tigre muy malo. Los tigres son crueles y fe-roces por naturaleza, y al negarme a comer criaturas vivas inofensivas actúo como no ha actuado nunca un buen

tigre. Por eso me fui del bosque y me uní a mi amigo el León Co-barde.

—Pero el León no es cobarde de verdad -dijo Dorothy-. Yo le vi hacer cosas que sólo hacen los valientes.

—Todo fue un error, querida -protestó el León con gravedad—. Puedo haber parecido valiente a los demás, algunas veces, pero nunca he dejado de tener miedo ante el peligro.

—Yo tampoco - dijo Dorothy con sinceridad-. Pero ten-go que ir a liberar a Billina. Después te veré de nuevo.

Corrió hasta el patio trasero del palacio y pronto encontró el gallinero, guiada por un fuerte cloqueo y cacareo y el alboroto de los sonidos que hacen las gallinas cuando están excitadas.

Parecía que algo andaba mal en el gallinero, y cuando Dorothy miró entre los listones de la puerta vio a un grupo de gallinas y gallos apiñados en un rincón mirando algo que parecía un redondo remolino de plumas. Saltaba de un lado para otro en el gallinero y al principio Dorothy no supo qué era, mientras los chillidos de las gallinas la ensordecían.

Pero de repente el manojo de plumas dejó de girar y entonces, asombrada, la niña vio a Billina agachada encima de la figura postrada de un gallo pinto. Por un instante los dos se quedaron inmóviles y después la gallina amarilla agitó las alas para acomodarse las plumas y caminó hacia la puerta pavoneándose con aire orgulloso y desafiante, soltando un cloqueo de triunfo, mientras el gallo pinto se alejaba cojeando hacia el grupo de gallinas arrastrando por el polvo el maltrecho plumaje.

—¡Eh, Billina! -gritó Dorothy horrorizada-. ¿Has esta-do peleando?

—Creo que sí —respondió Billina—. ¿Crees que podía dejar que ese villano gallo pinto me tratara con prepotencia y dijera que él mandaba en este gallinero mientras yo tuviera pico y uñas? ¡No mientras me llame Bill!

—No te llamas Bill, te llamas Billina, y ésa no es una manera muy refinada de hablar —dijo Dorothy en tono reprobatorio-. Acércate y te dejaré salir. Ozma de Oz está aquí y nos ha liberado.

La gallina amarilla fue entonces hasta la puerta, que Dorothy abrió descorriendo el pestillo. Las demás gallinas miraron en silencio desde el rincón sin mostrar interés en acercarse.

La niña levantó a su amiga en brazos y exclamó:

—¡Ay, Billina! Tienes un aspecto horrible. ¡Has perdido un montón de plumas, casi te falta un ojo y te sangra la cresta!

—Eso no es nada —dijo Billina—. ¡Mira el gallo pinto! Creo que lo he dejado bien molido.

Dorothy hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Esto no me parece bien -dijo, llevando a Billina hacia el palacio—. No es bueno que te relaciones con esas gallinas tan ordinarias. Te van a arruinar los buenos modales y dejarás de ser respetable.

—No pedí relacionarme con ellas -dijo Billina-. La culpa la tiene esa vieja princesa de malas pulgas. Yo me crié en Estados Unidos y no dejaré que ninguna gallina de mala muerte de este País de Oz se dé aires y me atropelle mientras puedo levantar una garra en defensa propia.

—Muy bien, Billina -dijo Dorothy-. No hablaremos más del tema.

Pronto llegaron a donde estaban el León Cobarde y el Tigre Hambriento, y Dorothy les presentó a la Gallina Amarilla.

—Encantado de conocer a los amigos de Dorothy -dijo el León con cortesía—. A juzgar por tu aspecto actual, no eres cobarde como yo.

—Tu aspecto actual me hace la boca agua —dijo el Tigre mirando a Billina con gula—. ¡Ay, ay!, qué buen sabor tendrías si pudiera triturarte entre mis mandíbulas. Pero no te preocupes. Sólo me aplacarías el hambre por un momento, de manera que no vale la pena comerte.

—Gracias —dijo la gallina, acurrucándose más en los brazos de Dorothy.

—Además, no sería correcto -prosiguió el Tigre, mirando fijamente a la niña y cerrando la boca con un chasquido.

—Claro que no —se apresuró a decir Dorothy—. Billina es mi amiga y no te la puedes comer bajo ninguna circunstancia.

—Trataré de recordarlo —dijo el Tigre—, pero a veces soy un poco distraído.

Dorothy llevó entonces a su mascota al salón del palacio, donde Tik-tok, invitado por Ozma, se había sentado entre el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata. Frente a ellos estaban sentadas Ozma y la Princesa Langwidere, con una silla al lado reservada para Dorothy.

Alrededor de ese importante grupo se desplegaba el Ejército de Oz, y al ver los bellos uniformes de los Veintisiete, Dorothy dijo:

—Vaya, todos parecen oficiales.

—Lo son todos menos uno —explicó el Leñador de Hoja-lata—. En mi ejército tengo a ocho generales, seis coroneles, siete comandantes y cinco capitanes, además de un soldado raso para que puedan dar órdenes a alguien. Me gustaría ascender al soldado raso, porque nadie tan bajo debería tener una función pública tan elevada, y además he notado que los oficiales combaten mejor y son más responsables que los soldados. Además, los oficiales tienen un aspecto más importante y confieren dignidad a nuestro ejército.

—Sin duda tienes razón -dijo Dorothy sentándose al lado de Ozma.

—Y ahora -anunció la niña soberana de Oz- celebraremos una solemne conferencia para decidir la mejor manera de liberar de su encarcelamiento a la familia real de este bello País de Ev.

CAPÍTULO 9

LA FAMILIA REAL DE EV

El primero que habló en la reunión fue el Leñador de Hojalata.

-Para empezar -dijo—, nuestra ilustre soberana, Ozma de Oz, ha recibido la noticia de que la mujer y diez hijos, cinco niños y cinco niñas, del antiguo Rey de Ev, llamado Evoldo, habían sido esclavizados por el Rey Nomo y estaban prisioneros en su palacio subterráneo. Además, no había en Ev nadie suficientemente poderoso para ponerlos en libertad. Por su-puesto, nuestra Ozma deseaba emprender la aventura de liberar a los pobres prisioneros, pero durante mucho tiempo no encontró la manera de atravesar el enorme desierto que sepa-raba los dos países. Finalmente fue a ver a una bruja amistosa de nuestro país llamada Glinda la Buena que, tras escuchar la historia,-entregó a Ozma una alfombra mágica que se desenrollaría continuamente debajo de nuestros pies creando así un cómodo camino para que pudiéramos cruzar el desierto. En cuanto recibió la alfombra, nuestra gentil soberana me ordenó reunir a nuestro ejército, orden que cumplí. Estos audaces guerreros son los mejores soldados de Oz, y si tuviéramos que combatir al Rey Nomo, todos los oficiales y también el soldado raso lucharían ferozmente hasta la muerte.

Entonces habló Tik-tok.

—¿Pa-ra qué te-néis que com-ba-tir al Rey No-mo? —preguntó-. No ha he-cho nin-gún mal.

—¡Ningún mal! -exclamó Dorothy-¿No es ningún mal encarcelar a una reina madre y a sus diez hijos?

—El Rey E-vol-do los ven-dió al Rey No-mo -contestó Tik-tok—. Quien hi-zo el mal fue el Rey de Ev, y cuan-do se dio cuen-ta de lo que ha-bí-a he-

cho se a-rro-jó al mar y se a-ho-gó.

—Eso para mí es una novedad -dijo Ozma, pensativa-. Creía que toda la culpa era del Rey Nomo. Pero en todo caso hay que hacerle liberar a los prisioneros.

—Mi tío Evoldo era un hombre muy malvado -declaró la Princesa Langwidere—. Si se hubiera ahogado antes de vender a su familia, a nadie le hubiera importado. Pero la vendió al poderoso Rey Nomo a cambio de una larga vida, y después destruyó esa vida arrojándose al mar.

—Entonces -elijo Ozma— no obtuvo esa larga vida, y el Rey Nomo debe liberar a los prisioneros. ¿Dónde fueron confinados?

—Nadie lo sabe con certeza —respondió la Princesa—, porque el rey, cuyo nombre es Roquât de las Rocas, posee un espléndido palacio debajo de la enorme montaña que se ex-tiende en el extremo norte de este reino, y ha transformado a la reina y a sus hijos en adornos y chucherías para decorar sus habitaciones.

—Me gustaría saber —dijo Dorothy— quién es el Rey Nomo.

—Te lo diré —dijo Ozma—. Se comenta que es el Soberano del Mundo Subterráneo, y bajo su mando están las rocas y todo lo que las rocas contienen. A sus órdenes hay muchos miles de nomos, que tienen formas raras pero son fuertes duendecillos que trabajan en los hornos y las fraguas de su rey haciendo oro y plata y otros metales que ocultan en las grietas de las rocas, de manera que a los que viven en la superficie de la tierra les cuesta mucho encontrarlos. También fabrican diamantes, rubíes y esmeraldas, que esconden en el suelo. De manera que el reino de los nomos es maravillosamente rico, y todas las piedras preciosas y la plata y el oro que tenemos lo sacamos de la tierra y de las rocas donde el Rey Nomo los ha escondido.

—Entiendo —dijo Dorothy asintiendo sabiamente con su pequeña cabeza.

—Como a menudo le robamos los tesoros —prosiguió Ozma-, el Soberano del Mundo Subterráneo no quiere a los que viven en la superficie de la tierra, y nunca se asoma al exterior. Si queremos ver al Rey Roquât de las Rocas, tenemos que visitar su propio país, donde él es todopoderoso y por consiguiente el viaje se vuelve peligroso.

—Pero por el bien de los pobres prisioneros -dijo Dorothy— tenemos que hacerlo.

—Lo haremos -dijo el Espantapájaros—, aunque necesitaré mucho valor para acercarme a los hornos del Rey Nomo, pues estoy relleno de paja y una sola chispa de fuego me podría destruir por completo.

--Los hornos también pueden derretir mi hojalata -dijo el Leñador de Hojalata-, pero iré.

—Yo no soporto el calor -dijo la Princesa Langwidere, bostezando perezosamente—, así que me quedaré en casa. Pero os deseo éxito en vuestra empresa, porque estoy hasta la coronilla de gobernar éste estúpido reino, y necesito más tiempo libre para admirar mis bellas cabezas.

—No te necesitamos —dijo Ozma—. Porque si con la ayuda de mis valientes vasallos no logro mi propósito, sería inútil que emprendieras el viaje.

—Es cierto —dijo la Princesa con un suspiro—. Así que, si se me disculpa, me retiraré a mi vestidor. Hace ya rato que tengo puesta esta cabeza y quiero cambiarla por otra.

Cuando se hubo ido Langwidere (y podemos estar seguros de que nadie lamentó su ausencia), Ozma dijo a Tik-tok:

—¿Nos acompañarás?

—Soy es-cla-vo de la ni-ña Do-ro-thy, que me res-ca-tó de la pri-sión -contestó la máquina-. A-don-de e-lla va-ya, i-ré yo.

—Oh, yo voy con mis amigos, por supuesto —se apresuró a decir Dorothy—. Por nada me perdería la diversión. ¿Tú también irás, Billina?

—Sin duda —dijo Billina con despreocupación. Se estaba arreglando las plumas de la espalda y no prestaba mucha atención.

—Lo suyo es precisamente el calor —comentó el Espanta-pájaros—. Si se la asa bien, estará mejor que nunca.

—Entonces -dijo Ozma-organizaremos todo para estar en el Reino de los Nomos mañana al amanecer. Mientras tanto descansaremos y nos prepararemos para el viaje.

Aunque la Princesa Langwidere no volvió a presentarse ante sus invitados, los sirvientes del palacio atendieron a los forasteros de Oz e hicieron todo lo posible para hacer cómo-da su estancia. Se pusieron muchas

habitaciones vacías a su disposición, y el valiente Ejército de los Veintisiete fue muy bien servido y agasajado.

Al León Cobarde y al Tigre Hambriento se les quitaron los arreos que les permitían tirar del carruaje y se les dio permiso para andar con libertad por el palacio, donde casi mataron del susto a los sirvientes aunque no hacían daño a nadie. En cierto momento, Dorothy encontró a la joven Nanda aterrorizada, agachada en un rincón, con el Tigre Hambriento delante de ella.

—La verdad es que se te ve deliciosa —decía el animal—. Por favor, ¿me darías permiso para comerte?

—¡No, no, no! —gritó la criada.

—Entonces -dijo el Tigre con un aterrador bostezo-sírveme quince kilos de bistecs de lomo, vuelta y vuelta, con guarnición de patatas, y de postre veinte litros de he-lado.

—¡Haré... haré lo que pueda! —dijo Nanda, y se alejó corriendo a toda velocidad.

—¿Tanta hambre tienes? —preguntó Dorothy, asombrada.

—No puedes imaginar el tamaño de mi apetito -contestó el Tigre con tristeza—. Parece que me ocupa el cuerpo entero, desde el comienzo de la garganta hasta la punta de la cola. Estoy seguro de que no es de mi talla, que es demasiado grande para el tamaño de mi cuerpo. Algún día, cuando encuentre a un dentista con un par de fórceps, haré que me lo arranque.

—¿El qué? ¿Un diente? —preguntó Dorothy.

—No, mi apetito -dijo el Tigre Hambriento.

La niña se pasó la mayor parte de la tarde conversando con el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, que le contaron todo lo que había sucedido en el País de Oz desde que Dorothy se había ido. Le interesaba mucho la historia de Ozma, que de bebé había sido robada por una vieja bruja malvada y transformada en niño. No sabía que había sido niño hasta que una bruja bondadosa le devolvió su forma natural. Entonces se descubrió que era hija única del anterior Soberano de Oz, y que tenía derecho a gobernar en su lugar. Sin embargo, Ozma había vivido muchas aventuras antes de recuperar el trono de su padre, y en ellas había estado acompañada por un hombre con cabeza de calabaza, un Bichovaivén muy ampliado y perfectamente educado y un maravilloso caballete al que había infundido vida mediante el uso de un

polvo mágico. El Espantapájaros y el Leñador de Hojalata también la habían ayudado, pero el León Cobarde, quien gobernaba el enorme bosque como Rey de los Animales, no supo nada de Ozma hasta que se convirtió en la Princesa reinante de Oz. Entonces viajó a la Ciudad Esmeralda para verla, y al enterarse de que estaba a punto de visitar el País de Ev para liberar a la familia real, el León Cobarde le suplicó que le permitiera acompañarla, y también llevó consigo a su amigo el Tigre Hambriento.

Tras oír esa historia, Dorothy les relató sus propias aventuras, y después salió con sus amigos a buscar al Caballete, al que Ozma había hecho poner herraduras de oro para que no se le gastaran las patas.

Encontraron al Caballete inmóvil junto a la puerta del jardín, pero cuando le presentaron a Dorothy ensayó una respetuosa reverencia e hizo parpadear los ojos, que eran nudos de madera, y meneó la cola, que sólo era una rama de árbol.

«—¡Qué notable es estar vivo! —exclamó Dorothy.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo el Caballete con voz ronca pero no desagradable—. Como todos sabemos, una criatura como yo no tiene que vivir. Pero todo fue obra del polvo mágico, así que no se me puede echar a mí la culpa.

—Claro que no —dijo Dorothy—. Y pareces útil, porque vi al Espantapájaros montado sobre tu lomo.

—Ah, sí, soy útil —admitió el Caballete—, y nunca me canso ni tienen que alimentarme ni cuidarme de ninguna manera.

—¿Eres inteligente? —preguntó la niña.

—No mucho —dijo la criatura—. Sería estúpido desaprovechar la inteligencia en un simple Caballete cuando la necesitan tantos profesores. Pero sé lo suficiente para obedecer a mis amos y para responder al ¡arre! o al ¡so! cuando me lo ordenan. Así que estoy bastante satisfecho.

Esa noche Dorothy durmió en una pequeña y agradable habitación al lado de la que ocupaba Ozma de Oz. Billina se encaramó al pie de la cama, metió la cabeza bajo el ala y se durmió tan profundamente en esa posición como Dorothy en los blandos almohadones.

Pero antes del amanecer todo el mundo estaba despierto y en movimiento, y pronto los aventureros fueron a tomar un rápido desayuno en el gran

comedor del palacio. Ozma se sentó a la cabecera de una larga mesa montada sobre una plataforma elevada, con Dorothy a su derecha y el Espantapájaros a su izquierda. Por supuesto, el Espantapájaros no comía, pero Ozma lo puso cerca para pedirle consejos relacionados con el viaje mientras ella desayunaba.

En el otro extremo de la mesa estaban los Veintisiete Guerreros de Oz, y al final de la sala el León y el Tigre comían de una olla puesta en el suelo, mientras Billina revoloteaba alrededor para recoger todas las migas que pudieran caer.

No tardaron mucho en terminar el desayuno, y entonces pusieron los arreos al León y al Tigre, los engancharon al carruaje y el grupo quedó listo para iniciar el viaje al palacio del Rey Nomo.

Delante iba Ozma en la carroza de oro, y a su lado Dorothy sujetando con fuerza a Billina en los brazos. La seguía el Espantapájaros montado en el Caballete, y detrás, juntos, el Leñador de Hojalata y Tik-tok. A continuación marchaba el Ejército, valiente y apuesto con aquellos espléndidos uniformes. Los generales mandaban a los coroneles y los coroneles mandaban a los comandantes y los comandantes mandaban a los capitanes y los capitanes mandaban al soldado raso, que desfilaba con aire de orgullosa importancia porque para darle órdenes hacían falta todos aquellos oficiales.

La magnífica procesión salió del palacio y echó a andar por el camino mientras amanecía, y cuando salió el sol ya habían avanzado bastante hacia el valle que llevaba a los dominios del Rey Nomo.

CAPÍTULO 10

EL GIGANTE DEL MARTILLO

El camino atravesó por un tiempo una bonita región de granjas y después pasó por delante de una arboleda ideal para hacer *picnics* que resultaba muy tentadora. Pero la pro-cesión siguió avanzando a un ritmo constante hasta que Billina, de repente, soltó un grito brusco y autoritario:

—¡Un momento! ¡Un momento!

Ozma detuvo el carruaje con tanta brusquedad que el Caba-llete del Espantapájaros casi chocó contra él, y las filas del ejérci-to tropezaron unas con otras hasta que lograron detenerse. De inmediato, la gallina amarilla saltó de los brazos de Dorothy y voló hacia unos matorrales que había al lado del camino.

—¿Qué pasa? —preguntó el Leñador de Hojalata con preocupación.

—Billina quiere poner su huevo, eso es todo -dijo Dorothy.

—¡Poner su huevo! —repitió el Leñador de Hojalata, asombrado.

—Sí, pone uno todas las mañanas, más o menos a esta hora, y son muy frescos -dijo la niña.

—¿Pero tú vieja y tonta gallina cree que toda esta cabal-gata, que va rumbo a una importante aventura, se va a detener mientras ella pone el huevo? -preguntó el Leñador de Hojalata, muy serio.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —preguntó la niña—. Es un hábito de Billina, y no puede prescindir de él.

—Entonces debe darse prisa —dijo el Leñador de Hojala-ta, impaciente.

—¡No, no! —exclamó el Espantapájaros—. Si se da prisa quizá ponga huevos revueltos.

—Eso es una tontería -dijo Dorothy—. Pero estoy segura de que Billina no tardará mucho.

Así que se detuvieron a esperar, aunque todos estaban inquietos y ansiosos por seguir. Y al poco tiempo la gallina amarilla salió de los arbustos diciendo:

—¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa! ¡Ca-ca-ca-ca-ca-ca-caaa!

—¿Qué hace? ¿Canta porque ha puesto el huevo? —preguntó el Espantapájaros.

—¡En... marcha! -gritó el Leñador de Hojalata, blandiendo el hacha, y la procesión empezó a andar de nuevo mientras Dorothy levantaba otra vez a Billina en brazos.

—¿Alguien quiere buscar mi huevo? exclamó la gallina, muy excitada.

—Yo lo buscaré -dijo el Espantapájaros, y cumpliendo sus órdenes el Caballete brincó hasta los arbustos. El hombre de paja pronto encontró el huevo y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. La cabalgata, que avanzaba con rapidez, se había adelantado bastante, pero el Caballete no tardó mucho en alcanzarla, y finalmente el Espantapájaros volvió a ocupar su lugar detrás del carruaje de Ozma.

—¿Qué hago con el huevo? —preguntó a Dorothy.

—No lo sé -contestó la niña-. Quizá lo quiera el Tigre Hambriento.

—No serviría ni siquiera para rellenarme una muela —comentó el Tigre-. Un montón de ellos, hervidos y duros, quizá podrían calmar algo mi apetito, pero un huevo solo que yo sepa no sirve para nada.

—No, ni siquiera alcanzaría para hacer un bizcocho -dijo pensativo el Espantapájaros—. El Leñador de Hojalata podría llevarlo con el hacha y empollarlo, pero después de todo quizá lo mejor sea que yo lo guarde como recuerdo.

Así que lo dejó en el bolsillo.

Ahora habían llegado a aquella parte del valle que se extendía entre las dos montañas altas que Dorothy había visto desde la ventana de la torre. Al final estaba la tercera montaña grande, que bloqueaba el valle y servía de frontera norte al País de Ev. Se decía que debajo de esa montaña estaba el palacio del Rey Nomo, pero aún tardarían algún tiempo en llegar a ese lugar.

El camino se estaba volviendo rocoso y difícil para las ruedas del

carruaje, y de repente apareció a sus pies un abismo profundo, demasiado ancho para atravesarlo de un salto. Ozma sacó entonces del bolsillo un pequeño trozo cuadrado de tela verde y lo arrojó al suelo. De inmediato, la tela se convirtió en la alfombra mágica y se desenrolló lo suficiente como para que pasara por ella la cabalgata. El carruaje avanzó y la alfombra verde se fue desenrollando delante, cruzando el abismo a la misma altura que los bordes, de modo que todos pasaron al otro lado sanos y salvos.

—Esto ha sido fácil —dijo el Espantapájaros-. Veremos qué ocurrirá a continuación.

No tardó en descubrirlo, porque los lados de las montañas se fueron acercando cada vez más hasta que finalmente sólo quedó entre ellos un estrecho camino por el que Ozma y su comitiva se vieron obligados a caminar en fila india.

Ahora oían unos golpes graves y profundos que reverberaban a lo largo del valle y parecían aumentar de volumen cuanto más avanzaban. Entonces, al doblar una curva entre las rocas, vieron ante ellos una figura enorme, que se elevaba por encima del camino más de treinta metros. La figura era la de un hombre gigantesco construido con chapas de hierro fundido, que apoyaba un pie en cada lado del estrecho camino y levantaba sobre el hombro derecho un inmenso mazo de hierro con el que constantemente golpeaba la tierra. Estos golpes resonantes explicaban los ensordecedores ruidos que habían oído, pues el mazo era más grande que un barril y cuando golpeaba el camino entre los lados rocosos de la montaña llenaba todo el espacio a través del cual tendrían que pasar nuestros viajeros.

Por supuesto, el grupo se detuvo enseguida a una distancia segura del terrible mazo de hierro. La alfombra mágica no les serviría en este caso, dado que sólo estaba hecha para protegerlos de los peligros provenientes del suelo, debajo de sus pies, y no de los peligros que aparecían en el aire, por encima de ellos.

—¡Uy! —dijo el León Cobarde con un escalofrío—. Qué nervioso me pone ver ese enorme martillo aporreando tan cerca de mi cabeza. Un golpe me aplastaría como a un felpudo.

---El gigante de hierro no es malo -dijo Tik-tok-, y funciona con el ritmo de un reloj. Lo fabricaron para el Rey No-mo los mismos que me

fa-bri-ca-ron a mí, Smith & Tin-ker, y su fun-ción es im-pe-dir que la gen-te en-cuentre el pa-la-cio sub-te-rrá-ne-o. ¿No es a-ca-so u-na gran o-bra de ar-te?

—¿Puede pensar y hablar como tú? —preguntó Ozma, mirando al gigante con ojos de asombro.

—No -contestó la máquina—, só-lo es-tá he-cho pa-ra gol-pe-ar el ca-mi-no y no tie-ne un ac-ce-so-rio pa-ra pen-sar. Pe-ro cre-o que gol-pc-a muy bien.

—Demasiado bien -señaló el Espantapájaros—. Nos impi-de seguir. ¿No hay ninguna manera de parar esa máquina?

—Só-lo el Rey No-mo, que tie-ne la lla-ve, pue-de ha-cer e-so -contestó Tik-tok.

—Entonces -dijo Dorothy, preocupada-, ¿qué haremos?

—Disculpadme unos minutos -dijo el Espantapájaros-, me voy a pensar.

El hombre de paja se retiró entonces a la retaguardia de la procesión, donde volvió la cara pintada hacia las rocas y se puso a pensar.

Mientras tanto, el gigante seguía levantando el mazo de hierro a gran altura en el aire y descargándolo en el camino con golpes tremendos que reverberaban entre las montañas como el rugido de un cañón. Sin embargo, cada vez que subía el mazo, por un momento, el camino debajo del monstruo estaba libre, y quizá el Espantapájaros había notado eso, porque al volver junto a los demás dijo:

—Después de todo, el asunto es muy sencillo. Sólo tenemos que correr debajo del martillo, uno cada vez, cuando lo levanta, y pasar al otro lado antes de que vuelva a caer.

—Eso exige una acción rápida, si queremos escapar del golpe -dijo el Leñador de Hojalata con un movimiento de cabeza—. Pero la verdad es que no parece que haya otra salida. ¿Quién lo intentará primero?

Todos se miraron indecisos un momento. Entonces el León Cobarde, que temblaba como una hoja en el viento, dijo:

—Supongo que la cabeza de la procesión tiene que ir primero, y ése soy yo. ¡Pero tengo un miedo terrible al enorme martillo!

—¿Qué pasará conmigo? -preguntó Ozma—. Tú puedes pasar corriendo por debajo del martillo, pero el carruaje seguramente quedaría aplastado.

—Tenemos que dejar el carruaje —dijo el Espantapájaros—. Pero las dos niñas pueden ir montadas en el lomo del León y del Tigre.

Se decidió hacer eso, y en cuanto soltaron al León del carruaje, Ozma se encaramó en el lomo del animal y dijo que estaba lista.

—Aférrate con fuerza a la melena —aconsejó Dorothy-, Yo lo he montado alguna vez y recuerdo que me sujetaba de esa manera.

Ozma se aferró con fuerza a la melena. El león se agachó en el camino y miró con atención el mazo hasta que supo con exactitud en qué momento subiría en el aire.

Entonces, para sorpresa de todos, saltó de repente entre las piernas del gigante de hierro, y antes de que el mazo volviera a golpear el suelo el León y Ozma estaban a salvo en el otro lado.

Después le tocó el turno al Tigre. Dorothy se le sentó en el lomo y le abrazó el pescuezo rayado, porque no tenía melena. El animal dio un salto recto y certero como una flecha, y un instante más tarde Dorothy descubrió que estaba fuera de peligro y aliado de Ozma.

A continuación saltó el Espantapájaros en el Caballete, y aunque llegaron al otro lado sanos y salvos, poco les faltó para ser aplastados por el martillo.

Tik-tok caminó hasta el borde del sitio donde golpeaba el martillo, y cuando subió para descargar el golpe siguiente, dio un tranquilo paso adelante y lo eludió. Eso inspiró al Leñador de Hojalata, que también se puso a salvo mientras el enorme martillo estaba en el aire. Pero cuando llegó el turno a los veintiséis oficiales y el soldado raso, se les aflojaron las piernas y no pudieron dar ni un paso.

—En combate somos muy valientes -dijo uno de los generales-, y nuestros enemigos sienten terror al enfrentarnos.

Pero una cosa es la guerra y otra cosa es esto. Cuando se trata de recibir un golpe en la cabeza con un martillo de hierro y convertirse en panqueques, nos oponemos.

—Podéis correr -los animó el Espantapájaros.

—Nos tiemblan tanto las piernas que no podemos correr -dijo un capitán-. Si lo intentáramos, seguramente quedaríamos convertidos en jalea.

—Vaya, vaya —dijo con un suspiro el León Cobarde—. Ya veo, amigo Tigre, que vamos a tener que correr un gran peligro para salvar a ese audaz

ejército. Ven conmigo y haremos todo lo que podamos.

Como Ozma y Dorothy ya habían bajado de su lomo, el León y el Tigre volvieron a saltar por debajo del horrible martillo y regresaron con sendos generales aferrados al cuello. Repitieron esa osada travesía doce veces, hasta que todos los oficiales hubieron sido transportados por debajo de las piernas del gigante y depositados sanos y salvos al otro lado. A esas alturas los animales estaban cansados, y jadeaban con tanta fuerza que la lengua les colgaba de la enorme boca.

—Pero ¿qué pasará con el soldado raso? -preguntó Ozma.

—Ah, que se queda a cuidar el carruaje -dijo el León-, Estoy agotado y no quiero volver a pasar por debajo de ese mazo.

Los oficiales protestaron de inmediato diciendo que debían tener con ellos al soldado raso; de lo contrario no tendrían a nadie a quien mandar. Pero ni el León ni el Tigre querían ir a buscarlo, así que el Espantapájaros envió al Caballete.

El caballo de madera tuvo poco cuidado o calculó mal el descenso del martillo, porque la poderosa arma le cayó de lleno en la cabeza y lo aporreó de tal manera contra el suelo que el soldado raso voló por el aire y aterrizó en uno de los brazos de hierro fundido del gigante. Allí se aferró con desesperación mientras el brazo subía y bajaba asestando los rápidos golpes.

El Espantapájaros corrió a rescatar a su Caballete, y antes de poder sacar a la criatura del peligro el martillo le destrozó el pie izquierdo. Entonces descubrieron que el golpe había aturcido mucho al Caballete, pues aunque el martillo no podía aplastar el nudo de madera que le formaba la cabeza, tenía las dos orejas arrancadas y no podría oír ningún sonido mientras no le hicieran unas nuevas. También tenía fracturada la rodilla izquierda y tuvieron que atársela con una cuerda.

Después de que Billina pasara aleteando por debajo del martillo, sólo quedaba rescatar al soldado raso que andaba allá arriba subido al brazo del gigante de hierro.

El Espantapájaros, tendido en el suelo, pidió al hombre que le saltara encima del cuerpo, ya que al estar relleno de paja era suficientemente blando. El soldado raso obedeció, y esperó a estar lo más cerca posible del suelo antes de arrojar-se. Logró la hazaña sin romperse los huesos, y el

Espantapájaros declaró que no había sufrido ningún daño.

El Leñador de Hojalata logró ponerle orejas nuevas al Caballete, y el grupo entero prosiguió su viaje, alejándose del gigante que seguía golpeando el suelo a sus espaldas.

CAPÍTULO 11

EL REY NOMO

Poco a poco, a medida que se acercaban a la montaña que bloqueaba el paso y servía de frontera última del Reino de Ev, el camino se fue oscureciendo y poblando de sombras debido a que los altos picos que lo bordeaban no dejaban pasar la luz del sol. Y también reinaba el silencio, dado que no se oía el cantó de las aves o el parloteo de las ardillas: los árboles habían quedado atrás, muy lejos, y por delante sólo ha-bía rocas desnudas.

Ozma y Dorothy estaban un poco atemorizadas por el silencio, y todos los demás iban callados y serios excepto el Caballete que, trotando con el Espantapájaros monta-do encima, tarareaba una extraña canción, con este estribillo:

—Un caballo de madera, ¿entra en una arboleda? ¡Sí, sí! Qué remedio le queda. Si no tuviera cabeza de madera le gustaría más quedarse afuera.

Pero nadie prestaba atención porque se estaban acercan-do a los dominios del Rey Nomo, y el espléndido palacio subterráneo no podía quedar muy lejos.

De repente oyeron una risa burlona y se detuvieron de inmediato. Igualmente habrían tenido que detenerse un minuto más tarde, porque la inmensa montaña les impedía seguir avanzando y el camino terminaba en una pared de piedra.

—¿De quién era esa risa? -preguntó Ozma.

No hubo respuesta, pero en la penumbra veían extrañas formas que iban y venían por la cara de la roca. Fueran lo que fuesen aquellas criaturas, se parecían mucho a la propia roca, pues eran del color de las rocas y sus formas

eran tan ásperas y escabrosas como si se hubieran desprendido de la ladera de la montaña. No se separaban del brusco acantilado que nuestros amigos tenían delante, y se deslizaban de arriba abajo y de un lado a otro con confusa falta de regularidad. Y parecía que no necesitaban nada donde apoyar los pies: se aferraban a la superficie de la roca como moscas al cristal de una ventana, y no estaban quietos ni un instante.

—No te pre-o-cu-pes por e-llos -dijo Tik-tok al ver que Dorothy daba un paso atrás—. Son só-lo no-mos.

—¿Y qué son los nomos? —preguntó la niña, un poco asustada.

—Son duen-des de las ro-cas, y sir-ven al Rey No-mo -contestó la máquina—. Pe-ro no nos ha-rán da-ño. Tie-nes que lla-mar al Rey, por-que sin él nun-ca pue-des en-con-trar la en-tra-da del pa-la-cio.

—Llámalo *tú* -dijo Dorothy dirigiéndose a Ozma.

En ese momento dos nomos volvieron a soltar aquella carcajada, y el sonido fue tan extraño y desalentador que los veintiséis oficiales ordenaron al soldado raso «¡Media Vuelta derecha!» y todos echaron a correr a la mayor velocidad posible.

El Leñador de Hojalata persiguió a su ejército y gritó «¡Alto!», y cuando aquellos hombres se detuvieron preguntó:

—¿Adonde vais?

—Yo..., he descubierto que me había olvidado del cepillo para los bigotes «dijo un general, temblando de miedo—. ¡A-a-así que volvemos a buscarlo!

—Eso es imposible —dijo el Leñador de Hojalata—. El gigante del martillo os mataría si tratarais de pasar por allí.

—¡Ah! Me había olvidado del gigante -dijo el general, palideciendo.

—Me parece que te olvidas de muchas cosas -observó el Leñador de Hojalata-Espero que no olvidéis que sois hombres valientes.

—¡Nunca! -exclamó el general, llevándose la mano al pecho bordado de oro.

—¡Nunca! —exclamaron los demás oficiales, llevándose la mano al pecho con indignación.

—En cuanto a mí —dijo el soldado raso, dócilmente—, tengo que obedecer a mis oficiales. Si me ordenan que corra, corro; si me ordenan que

combata, combato.

—Eso está bien —reconoció el Leñador de Hojalata—. Y ahora todos tenéis que volver adonde está Ozma y obedecer sus órdenes. Y si tratáis de escapar de nuevo, tendré que de-gradar a los veintiséis oficiales a soldados rasos y ascender al soldado raso a general.

Esta terrible amenaza los asustó tanto que de inmediato regresaron adonde estaba Ozma, al lado del León Cobarde.

Entonces Ozma gritó:

—¡Exijo que el Rey Nomo se presente ante nosotros!

No hubo respuesta, sólo la risa burlona de los movedizos nomos en la ladera de la montaña.

—No de-bes dar ór-de-nes al Rey No-mo -dijo Tik-tok—, por-que no reinas só-bre él co-mo ha-ces so-bre tu pue-blo.

Ozma volvió a gritar, diciendo:

—Pido que el Rey Nomo se presente ante nosotros.

La única respuesta fue la risa burlona, y los borrosos no-mos siguieron saltando de un lado a otro en la pared de roca.

—Prue-ba con u-na sú-pli-ca —dijo Tik-tok a Qzma—. Si no ha-ce ca-so a tu pe-ti-ción, qui-zá es-cu-che tu rue-go.

Ozma miró alrededor con orgullo.

—¿Quieres que tu soberana suplique algo a este malvado Rey Nomo? -preguntó-. ¿Quieres que Ozma de Oz se re-baje ante una criatura que vive en un reino subterráneo?

—¡No! -gritaron todos bien fuerte, y el Espantapájaros añadió:

—Si no viene lo sacaremos de ese agujero como a un zorro, y venceremos su terquedad. Pero nuestra dulce soberana siempre tiene que mantener su dignidad, así como yo mantengo la mía.

—Yo no tengo miedo de suplicarle -dijo Dorothy-, Sólo soy una niña de Kansas, y en casa hay tanta dignidad que ya no sabemos qué hacer con ella. Yo llamaré al Rey Nomo.

—Llámalo -dijo el Tigre Hambriento-, y si te hace picadillo, serás mi desayuno.

Dorothy dio entonces un paso adelante y dijo:

—*Por favor*, señor Rey Nomo, venga a vernos.

Los nomos se echaron de nuevo a reír, pero de la montaña salió un gruñido grave, y en un instante todos callaron y desaparecieron.

Entonces se abrió una puerta en la roca, y una voz gritó:

—¡Entrad!

—¿No es una trampa? —preguntó el Leñador de Hoja-lata.

—No importa -contestó Ozma-. Hemos venido a rescatar a la pobre Reina de Ev y a sus diez hijos, y para lograrlo tendremos que correr algunos riesgos.

—El Rey No-mo es sin-ce-ro y bon-da-do-so -dijo Tik-tok. -Se pue-de tener la cer-te-za de que ha-rá lo co-rrec-to.

Ozma encabezó la marcha de la mano de Dorothy. Atravesaron la entrada de piedra en forma de arco y se metieron en un largo corredor iluminado por piedras preciosas montadas en las paredes a modo de lámparas. Nadie los escoltaba, pero todo el grupo siguió por el corredor hasta que llegó a una caverna redonda y abovedada, amueblada en un estilo majestuoso.

En el centro de aquella habitación había un trono tallado en una sola piedra grande, de forma basta y tosca pero con la superficie cubierta de rubíes, diamantes y esmeraldas. Y en el trono estaba sentado el Rey Nomo.

Ese importante monarca del Mundo Subterráneo era un hombre pequeño y gordo vestido con ropa marrón grisácea exactamente del color del trono en el que estaba sentado. Su abundante pelo y su barba larga y suelta también eran del color de las piedras, lo mismo que su cara. No llevaba corona de ningún tipo, y el único adorno que tenía era un cinturón ancho, con incrustaciones de piedras preciosas, que le rodeaba el pequeño cuerpo. Sus rasgos parecían transmitir bondad y gentileza, y sus ojos se centraron con alegría en sus visitas mientras Ozma y Dorothy se detenían ante él seguidas muy de cerca por su comitiva.

—¡Mira, parece Santa Claus, sólo que no tiene el mismo color! -murmuró Dorothy a su amiga.

El Rey Nomo oyó esas palabras y se echó a reír.

—«Tenía cara roja y una redonda barriga bailarina / Que cuando se reía le temblaba como gelatina» -citó el monarca, con voz agradable, y vieron que de verdad temblaba como gelatina cuando se reía.

Ozma y Dorothy se sintieron muy aliviadas al descubrir que el Rey Nomo era tan jovial, y un minuto más tarde el monarca hizo un gesto con la mano derecha y las niñas encontraron cada una un taburete acolchado a su lado.

—Sentaos, queridas -dijo el Rey-, y contadme por qué habéis venido desde tan lejos a verme y qué puedo hacer para complaceros.

Mientras se sentaban, el Rey Nomo buscó una pipa, sacó unas brasas del bolsillo, las puso en el cuenco y empezó a echar nubes de humo que dibujaban anillos por encima de su cabeza. Dorothy pensó que eso hacía que el pequeño monarca se pareciera más que nunca a Santa Claus, pero entonces habló Ozma, y todos escucharon con atención sus palabras.

—Majestad -dijo-, soy la soberana del País de Oz y he venido a pedirte que liberes a la buena Reina de Ev y a sus diez hijos, a quienes has encantado y tienes prisioneros.

—Oh, no, en eso te equivocas -dijo el Rey-. No son mis prisioneros, sino mis esclavos, puesto que los compré al Rey de Ev.

—Pero eso estuvo mal -dijo Ozma.

—Según las leyes de Ev, el rey no puede hacer nada mal —explicó al monarca, mirando un anillo de humo que acaba-ba de soltar por la boca—, de manera que tenía todo el derecho de venderme a su familia a cambio de una larga vida.

-Pero lo estafaste —dijo Dorothy-, porque el Rey de Ev no tuvo una larga vida. Se arrojó al mar y se ahogó.

—De eso yo no tengo la culpa -dijo el Rey Nomo, cruzando las piernas y sonriendo con satisfacción-. Le di una larga vida pero él la destruyó.

—Entonces, ¿dónde está la larga vida? -preguntó Dorothy.

—Es muy fácil —fue la respuesta—. Supongamos, querida, que te di una muñeca bonita a cambio de un mechón de tu pelo, y que después de recibir la muñeca la rompiste en pedazos y la destruiste. ¿Podrías decir que yo no te había dado la bonita muñeca?

—No -contestó a Dorothy.

—¿Y me podrías pedir, sinceramente, que te devolviera el mechón de pelo porque habías roto la muñeca?

—No -volvió a decir Dorothy.

—Claro que no —confirmó el Rey Nomo—. Y tampoco pondré en

libertad a la Reina y a sus hijos porque el Rey de Ev haya acabado con su larga vida arrojándose al mar. Me pertenecen y los conservaré.

—Pero los tratas con crueldad -dijo Ozma, que estaba muy angustiada por la negativa del Rey.

—¿En qué sentido? -preguntó el monarca.

—Esclavizándolos —dijo ella.

—La crueldad -comentó el Rey Nomo soltando nubes y humo y viendo cómo flotaban en el aire- es algo que no soporto. Por lo tanto, como los esclavos tienen que trabajar mucho y la Reina de Ev y sus hijos eran delicados y tiernos, los transformé a todos en adornos y los dispersé en varias habitaciones de mi palacio. En vez de tener la obligación de trabajar, sólo decoran mis aposentos, y estoy convencido de que los he tratado con gran bondad.

—¡Pero qué destino más espantoso tienen! -exclamó Ozma, con vehemencia—. Y el Reino de Ev necesita con urgencia que su familia real lo gobierne. Si los liberas y les devuelves sus formas correctas, te daré diez adornos para reemplazar cada uno de los que pierdas.

El Rey Nomo se puso serio.

—¿Qué pasa si me niego? —preguntó.

—En ese caso -dijo Ozma con firmeza—, aquí estoy con mis amigos y mi ejército para conquistar tu reino y obligarte a obedecer mis deseos.

El Rey Nomo se rió hasta asfixiarse, y se asfixió hasta que empezó a toser, y tosió hasta que su cara pasó del marrón grisáceo al rojo vivo. Y entonces se enjugó las lágrimas con un pañuelo del color de la piedra y volvió a ponerse serio.

—Querida, eres tan valiente como bonita -dijo, dirigiéndose a Ozma—. Pero poco sabes del alcance de la tarea que has emprendido. Acompáñame un momento.

El Rey Nomo se levantó, tomó de la mano a Ozma y la llevó hacia una pequeña puerta en un lado de la habitación. Abrió esa puerta y salieron a un balcón desde donde tenían una maravillosa vista del Mundo Subterráneo.

Una inmensa cueva se extendía kilómetros y kilómetros por debajo de la montaña; en todas direcciones había hornos y fraguas que brillaban con fuerza y nomos que martillaban metales preciosos o pulían relucientes piedras

preciosas. En todas las paredes de la cueva había miles de puertas de plata y oro, talladas en la roca viva, en hileras que se perdían a lo lejos hasta donde llegaba la vista de Ozma.

Mientras la pequeña dama de Oz miraba asombrada aquella escena, el Rey Nomo emitió un estridente silbido y de inmediato todas las puertas de plata y oro se abrieron y por ellas salieron filas compactas de soldados nomos. Tan numerosos eran que enseguida llenaron la inmensa cueva subterránea y obligaron a los atareados trabajadores a abandonar sus tareas.

Aunque ese tremendo ejército estaba compuesto por nomos color piedra, rechonchos y gordos, usaba brillantes arma-duras de acero bruñido con incrustaciones de hermosas gemas. Cada soldado llevaba sobre la frente una luminosa lámpara eléctrica, y todos iban armados con puntiagudas lanzas, afiladas espadas y hachas de guerra de bronce macizo. Era evidente que estaban perfectamente adiestrados, pues formaban filas rectas y ordenadas, con las armas preparadas y en alto, como si esperaran una orden para descargarlas sobre sus enemigos.

—Esta -dijo el Rey Nomo— no es más que una pequeña parte de mi ejército. Ningún soberano de la Tierra ha osado jamás atacarme, y ningún soberano lo hará jamás porque soy demasiado poderoso para que eso ocurra.

Volvió a silbar y de inmediato todas aquellas filas marchales salieron por las puertas de plata y de oro y desaparecieron, tras lo cual los trabajadores reanudaron su trabajo en los hornos.

Entonces, triste y desanimada, Ozma de Oz se volvió hacia sus amigos, y el Rey Nomo se sentó de nuevo, muy tranquilo, en el trono de piedra.

—Sería estúpido luchar —dijo la niña al Leñador de Hojalata-, porque nuestros valientes Veintisiete serían rápidamente aniquilados. No sé cómo actuar en esta emergencia.

—Pregunta al Rey dónde está la cocina -sugirió el Tigre—. Tengo tanta hambre como un oso.

—Podría saltar sobre el Rey y despedazarlo -comentó el León Cobarde.

—Prueba -dijo el monarca, encendiendo la pipa con otra brasa que sacó del bolsillo.

El León se agachó y trató de saltar sobre el Rey Nomo, pero sólo brincó un poco en el aire y volvió a caer en el mismo sitio sin poder acercarse al

trono ni un centímetro.

—Me parece -dijo pensativo el Espantapájaros— que nuestro mejor plan es persuadir a su Majestad para que deje en libertad a sus esclavos, puesto que es demasiado buen mago para que podamos enfrentarlo.

—Eso es lo más sensato que cualquiera de vosotros ha sugerido —manifestó el Rey Nomo-. Amenazarme es una locura, pero soy tan bondadoso que siempre me dejo persuadir. Si algo quieres conseguir en este viaje, mi estimada Ozma, tienes que ser persuasiva y paciente.

—Muy bien -dijo Ozma, más contenta—. Seamos amigos y discutamos esto de manera amistosa.

—Por supuesto —aceptó el Rey con ojos que chispearon de alegría.

—Estoy muy ansiosa —prosiguió la niña— por liberar a la Reina de Ev y sus hijos que ahora son adornos en el palacio de su Majestad y restituirlos a su pueblo. Dígame, señor, cómo podemos lograr eso.

El Rey se quedó pensativo un momento, y después preguntó:

—¿Estás dispuesta a correr algunos riesgos para liberar al pueblo de Ev?

—¡Sí, claro! -contestó Ozma con entusiasmo.

—Entonces —dijo el Rey Nomo-te haré esta oferta: entrarás sola, sin compañía, en mi palacio, y examinarás detenidamente todo lo que contienen las habitaciones. Después se te permitirá tocar once objetos diferentes, pronunciando al mismo tiempo la palabra «Ev», y si uno o más de esos objetos resulta ser la transformación de la Reina de Ev o cualquiera de sus diez hijos, instantáneamente recuperarán su verdadera forma y podrán salir de mi palacio y de mi reino en tu compañía, sin ninguna objeción. De esa manera podrás liberar a los once, pero si no aciertas de manera correcta todos los objetos, y algunos de los esclavos siguen transformados, cada uno de tus amigos y seguidores podrá; a su vez, entrar en el palacio y tener los mismos privilegios que te concedo.

—¡Ay, gracias! ¡Gracias por una oferta tan amable! -dijo Ozma entusiasmada.

—Sólo pongo una condición -añadió el Rey Nomo con ojos centelleantes.

—¿Cuál? -preguntó la niña.

—Si ninguno de los once objetos que tocas resulta ser la transformación de un miembro de la familia real de Ev, en lugar de liberar a la familia tú

misma sufrirás el encantamiento y te transformarás en un adorno. Eso me parece justo, y es el riesgo que has declarado estar dispuesta a aceptar.

CAPÍTULO 12

LAS ONCE ADIVINANZAS

Al oír esa condición impuesta por el Rey Nomo, Ozma se quedó callada y pensativa, y todos sus amigos la miraron preocupados.

—¡No lo hagas! -exclamó Dorothy—. Si no aciertas te convertirás en esclava.

—Pero podré adivinar once veces —dijo Ozma—. Seguramente acertaré con un objeto, y si eso ocurre rescataré a un miembro de la familia real y yo misma me habré salvado. Después podréis probar todos vosotros, y pronto habremos liberado a la totalidad de los esclavos.

—¿Qué pasa si nos equivocarnos? —preguntó el Espantapájaros—. Yo sería un buen objeto de decoración, ¿verdad?

—¡No debemos fallar! -exclamó Ozma con valentía—. Después de haber viajado tan lejos para liberar a esta pobre gente, muy débiles y cobardes seríamos si abandonáramos la aventura. Por lo tanto aceptaré de inmediato la oferta del Rey Nomo y entraré ya en el palacio real.

—Entonces acompáñame, querida -dijo el Rey, bajando del trono con cierta dificultad a causa de la gordura-. Te indicaré el camino.

El Rey Nomo se acercó a una pared de la cueva e hizo un gesto con la mano. De repente apareció una abertura, a través de la cual se fue audazmente Ozma después de despedirse de sus amigos con una sonrisa.

La niña se encontró en una sala espléndida, la más bella y grandiosa que jamás había visto. Los techos estaban compuestos por grandes arcos que se alzaban muy por encima de su cabeza y todas las paredes y suelos eran de mármol pulido de colores exquisitos. En el suelo había gruesas alfombras de

terciopelo y pesadas cortinas de seda tapaban los arcos que llevaban a las diversas habitaciones del palacio. Los muebles, lujosamente tallados y cubiertos con delicados satenes, estaban hechos con raras maderas antiguas, e iluminaba el palacio entero un misterioso resplandor rosado que no parecía venir de ningún sitio en particular pero que inundaba cada estancia con un brillo suave y agradable.

Ozma iba de habitación en habitación, encantada con todo lo que veía. En el hermoso palacio no había ningún otro ocupante, puesto que el Rey Nomo la había dejado a ella en la entrada y cerrado la puerta, y parecía que nadie más se hallaba en ninguno de los magníficos aposentos.

En las repisas y en muchos estantes y mesas había montones de adornos de toda clase, aparentemente hechos con todo tipo de metal, vidrio, porcelana, piedra y mármol. Había jarrones y figuras de hombres y animales, y bandejas y cuencos tallados, y mosaicos de piedras preciosas y muchas otras cosas. También había cuadros en las paredes, y el palacio subterráneo era un museo de objetos raros, curiosos y costosos.

Tras una primera inspección apresurada de las habitaciones, Ozma empezó a preguntarse cuáles de todos los numerosos adornos que contenían eran las transformaciones de la familia real de Ev. No había nada que sirviera de guía, porque nada parecía tener una chispa de vida. Debía adivinar a ciegas, y por primera vez la niña se dio cuenta del peligro que entrañaba esa tarea y de lo fácil que era perder la libertad luchando para liberar a otros de la esclavitud del Rey Nomo. Con razón el astuto monarca se reía afablemente con sus visitas, pues sabía que las podía atrapar con facilidad.

Pero Ozma, habiendo emprendido la aventura, no la abandonaría. Vio un candelabro de plata que tenía diez brazos y pensó: «Eso puede ser la Reina de Ev y sus diez hijos». De modo que lo tocó y pronunció en voz alta la palabra «Ev», tal y como el Rey Nomo le había indicado que dijera. Pero el candelabro no cambió de forma.

Entonces Ozma entró en otra habitación y tocó un cordero de porcelana china, pensando que podía ser uno de los niños que buscaba. Pero volvió a equivocarse. Tres adivinanzas; cuatro adivinanzas; cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez, ¡y no había acertado ninguna!

La niña sintió un escalofrío y empalideció bajo la luz rosada, porque

ahora sólo le quedaba una oportunidad, y su propio destino dependía del resultado.

Decidió no apresurarse, y se paseó una vez más por todas las habitaciones, mirando con atención los diversos adornos y tratando de decidir cual tocar. Finalmente, desesperada, resolvió dejar todo en manos del azar. Se detuvo delante de una de las puertas, cerró bien los ojos, apartó las pesadas cortinas y avanzó a ciegas con el brazo derecho extendido hacia adelante.

Se adelantó poco a poco, hasta que su mano entró en contacto con un objeto que había sobre una pequeña mesa redonda. No sabía qué era, pero pronunció en voz baja la palabra «Ev».

Después de eso, las habitaciones quedaron muy vacías de vida. El Rey Nomo había ganado un nuevo adorno, porque en el borde de la mesa se veía ahora un bonito saltamontes que parecía tallado en una sola esmeralda. Era todo lo que quedaba de Ozma de Oz.

En la sala del trono, más allá del palacio, el Rey Nomo levantó de pronto la mirada y sonrió.

—¡El próximo! -dijo con aquella voz agradable.

Dorothy, el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata, que habían estado sentados esperando en ansioso silencio, dieron un respingo de consternación y se miraron unos a otros.

—¿Ha fra-ca-sa-do? -preguntó Tik-tok.

—Así parece -contestó muy alegre el pequeño monarca—. Pero eso no impide que alguno de vosotros tenga éxito. El siguiente podrá adivinar doce veces y no once, dado que ahora hay doce personas transformadas en adornos. ¡Vaya, vaya! ¿Cuál de vosotros entrará ahora?

—Yo -dijo Dorothy.

—No —intervino el Leñador de Hojalata—. Como comandante del ejército de Ozma, es mi privilegio seguirla e intentar su rescate.

—Pues adelante -dijo el Espantapájaros-. Pero ten cuidado, viejo amigo.

—Lo tendré —prometió el Leñador de Hojalata.

Siguió al Rey Nomo hasta la entrada del palacio, y la roca se cerró a sus espaldas.

CAPÍTULO 13

EL REY NOMO SE RÍE

El Rey regresó enseguida al trono y encendió de nuevo la pipa, y los demás miembros de la pequeña banda de aventureros se prepararon para otra larga espera. Estaban muy desanimados por el fracaso de su soberana y por la noticia de que ahora era un adorno en el palacio del Rey Nomo: un sitio espantoso y espeluznante a pesar de toda su magnificencia. Sin su pequeña líder no sabían qué hacer a continuación, y todos, hasta el tembloroso soldado raso, empezaron a temer que pronto serían más decorativos que útiles.

De repente, el Rey Nomo se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja! ¡Je, je, je! ¡Jo, jo, jo!

—¿Qué ha ocurrido? -preguntó el Espantapájaros.

—Vuestro amigo, el Leñador de Hojalata, se ha convertido en la cosa más divertida que uno pueda imaginar -contestó el Rey, enjugándose los ojos las lágrimas de alegría—. A nadie se le ocurriría que pudiera transformarse en un adorno tan divertido. ¡El próximo!

Todos se miraron desalentados. Uno de los generales se echó a llorar de tristeza.

—¿Por qué lloras? -preguntó el Espantapájaros, indignado por semejante muestra de debilidad.

—Me debía seis semanas de sueldo -dijo el general-, y no me gusta perderlo.

—Entonces irás a buscarlo -anunció el Espantapájaros.

—¡Yo! -exclamó el general, muy alarmado.

—Por supuesto. Tienes el deber de seguir a tu comandante. ¡En marcha!

—No iré -dijo el general—. Me gustaría ir, pero sencilla-mente *no puedo*. El Espantapájaros miró inquisitivamente al Rey Nomo.

—No importa -dijo el jovial monarca-. Si no quiere entrar en el palacio y hacer sus adivinanzas, lo arrojaré a uno de mis ardientes hornos.

—¡Voy...! Claro que voy —se apresuró a gritar el general-. ¿Dónde está la entrada, dónde? ¡Quiero ir ya!

De manera que el Rey Nomo lo acompañó hasta el palacio, y volvió otra vez a esperar el resultado. Nadie supo con certeza qué hizo el general, pero el Rey no tardó en llamar a la siguiente víctima y esta vez obligaron a un coronel a probar fortuna.

Así, uno tras otro, los veintiséis oficiales entraron en el palacio, hicieron sus adivinanzas..., y se convirtieron en adornos.

Mientras tanto, el Rey pidió que se sirviera un refrigerio a los que esperaban, y obedeciendo sus órdenes entró un nomo tosco con una bandeja en la mano. Ese nomo no se diferenciaba de los otros que Dorothy había visto, pero llevaba una pesada cadena de oro alrededor del cuello para mostrar que era Mayordomo Jefe del Rey Nomo y se daba aires de mucha importancia. Hasta le dijo a su Majestad que no co-miera demasiado pastel de noche porque le haría daño.

Pero Dorothy sentía hambre y no temía enfermarse, así que comió varios pasteles que le gustaron y también bebió una taza de excelente café hecho con una arcilla bien condimentada, dorada en los hornos y después molida fina, que le pareció muy refrescante y nada barrosa.

De todo el grupo que había comenzado aquella aventura, la pequeña niña de Kansas no tenía ahora más consejeros y compañeros que el Espantapájaros, Tik-tok y el sol-dado raso. Por supuesto, todavía estaban allí el León Cobarde y el Tigre Hambriento, pero como también habían comido algunos de los pasteles, se habían ido a dormir a un lado de la caverna, mientras en el otro seguía el Caballete, inmóvil y silencioso, convertido en un mero objeto de madera. Billina había estado dando vueltas en silencio, picoteando las migas de los pasteles, y ahora, como la hora de acostarse había pasado hacía rato, trataba de encontrar algún sitio oscuro donde dormir.

En un momento dado la gallina descubrió un hueco de-bajo del trono de piedra del Rey y se metió en él sigilosa-mente. Todavía oía la charla de

quienes la rodeaban, pero la oscuridad era casi total debajo del trono y pronto se quedó profundamente dormida.

—¡El próximo! -gritó el Rey, y el soldado raso, a quien tocaba entrar en el palacio fatal, estrechó la mano a Dorothy y al Espantapájaros, se despidió de ellos con tristeza y entró por la puerta de piedra.

Esperaron un largo rato, porque el soldado raso no tenía ninguna prisa para convertirse en adorno e hizo sus adivinanzas muy despacio. El Rey Nomo, que por algún poder mágico parecía saber todo lo que ocurría en las magníficas habitaciones de su palacio, se impacientó y declaró que no seguiría allí sentado.

—Me encantan los adornos -dijo-, pero puedo esperar hasta; mañana para conseguir más. Por lo tanto, cuando ese estúpido soldado raso se haya transformado, nos iremos to-dos a la cama y terminaremos el trabajo por la mañana.

—¿Tan tarde es? -preguntó Dorothy.

—Bueno, pasa de la medianoche -dijo el Rey—, y para mí eso es suficientemente tarde. En mi reino no hay día ni no-che, porque está debajo de la superficie de la tierra, donde no brilla el sol. Pero nosotros necesitamos dormir lo mismo que los que viven arriba.

El soldado raso no tardó mucho en hacer su última adivinanza. Por supuesto, se equivocó, y por supuesto se convirtió de inmediato en un adorno. Así que el Rey estaba muy satis- fecho, y batió ruidosamente las palmas para llamar al Mayordomo Jefe.

—Lleva a estos invitados a algunos de los dormitorios -ordenó-, y date prisa porque yo también me estoy muriendo de sueño.

—No tiene que quedarse despierto hasta tan tarde -dijo el Mayordomo con brusquedad—. Mañana va a estar hecho un basilisco.

Su Majestad no respondió a ese comentario, y el Mayordomo llevó a Dorothy por otra puerta hasta un largo vestíbulo al cual daban varios dormitorios sencillos pero cómodos. El primer dormitorio fue para la niña, el segundo para el Espantapájaros y Tik-tok —aunque nunca dormían—, y el tercero para el León y el Tigre. El Caballete cojeó siguiendo al Mayordomo hasta una cuarta habitación, en cuyo centro se quedó inmóvil hasta la mañana siguiente. Las noches eran bastante aburridas para el Espantapájaros, Tik-tok

y el Caballete, pero habían aprendido por experiencia a pasar el tiempo en paciente silencio, dado que los amigos hechos de carne tenían que dormir y convenía no molestarlos.

Cuando el Mayordomo los dejó solos, el Espantapájaros comentó con tristeza:

—Me apena mucho la pérdida de mi viejo camarada, el Leñador de Hojalata. Hemos compartido muchas y peligrosas aventuras y de todas hemos salido, y ahora me angustia de verdad saber que se ha convertido en un adorno y que no lo veré más.

—Siem-pre fue un a-dor-no so-cial —dijo Tik-tok.

—Es cierto. Pero ahora el Rey Nomo se ríe de él, y dice que es el adorno más gracioso de todo el palacio. A mi amigo le dolerá que se rían de él - prosiguió el Espantapájaros con tristeza.

—No-so-tros mis-mos se-re-mos ma-ña-na a-dor-nos bas-tan-te ab-sur-dos —señaló la máquina con su voz monótona.

En ese momento, Dorothy entró corriendo en la habitación de sus amigos, gritando con preocupación:

—¿Dónde está Billina? ¿Habéis visto a Billina? ¿Está aquí?

-No -contestó el Espantapájaros.

—Entonces, ¿qué le ha pasado? —preguntó la niña.

—No lo sé. Pensaba que estaba contigo -dijo el Espanta-pájaros—. Pero no recuerdo haber visto a la gallina amarilla desde que picoteó las migas de pastel.

—Debemos de haberla dejado en la sala donde está el trono del Rey — decidió Dorothy, y enseguida dio media vuelta y corrió por el vestíbulo hasta la puerta por la que habían entrado. Pero la puerta estaba cerrada con llave y cerrojo por el otro lado, y el bloque de piedra resultó ser tan grueso que no lo podía atravesar ningún sonido. Dorothy se vio por lo tanto obligada a regresar a su habitación.

El León Cobarde metió la cabeza dentro del dormitorio de la niña para tratar de consolarla por la pérdida de su amiga emplumada.

-La gallina amarilla puede cuidar de sí misma perfecta-mente -dijo él—, así que en vez de preocuparte por ella trata de dormir todo lo posible. Ha sido un día largo y agotador, y necesitas descansar.

—Quizá pueda descansar mucho mañana, cuando me haya convertido en adorno -dijo Dorothy, soñolienta. Sin embargo, se acostó en la cama, y a pesar de todas las preocupaciones pronto estuvo en el país de los sueños.

CAPÍTULO 14

DOROTHY TRATA DE SER VALIENTE

Mientras tanto, el Mayordomo Jefe había regresado a la sala del trono, donde dijo al Rey:

—Es usted muy tonto al perder tanto tiempo con esa gente.

—¡Qué! —gritó su Majestad, con tanta furia que despertó a Billina, que estaba dormida debajo de su trono-. ¿Cómo te atreves a llamarme tonto?

—Porque me gusta decir la verdad —explicó el Mayordomo-. ¿Por qué no los encantó a todos juntos, en vez de permitirles entrar uno por uno en el palacio y adivinar qué adornos son la Reina de Ev y sus hijos?

—Porque, bribón estúpido, así es más divertido -contestó el Rey-, y sirve para entretenerme durante mucho tiempo.

—Pero supongamos que algunos aciertan -insistió el Mayordomo—. Entonces perdería los viejos adornos, y también los nuevos.

—No hay ninguna posibilidad de que acierten —dijo el monarca, con una carcajada-. ¿Cómo van a saber que la Reina de Ev y su familia son todos adornos de un color morado real?

—Pero no hay otros adornos morados en el palacio —dijo el Mayordomo.

—Sin embargo hay muchos otros colores, y los morados están dispersos por todas las habitaciones y tienen muchas formas y tamaños diferentes. Te aseguro, Mayordomo, que jamás se les ocurrirá escoger los adornos morados.

Billina, agachada debajo del trono, había escuchado atentamente toda la conversación, y contenía la risa mientras oía cómo el Rey revelaba su secreto.

—A pesar de todo, usted comete una estupidez al correr ese riesgo -

sostuvo el Mayordomo con dureza-, y una estupefacción aún más grande al convertir a toda esa gente de Oz en adornos verdes.

—Lo hice porque vinieron de la Ciudad Esmeralda -explicó el Rey-, y hasta ahora no tenía adornos verdes en mi colección. Creo que quedarán muy bonitos mezclados con los demás. ¿Verdad?

El Mayordomo lanzó un gruñido de furia.

—Haga lo que quiera; después de todo es el Rey -masculló-. Pero si todo le sale mal por falta de previsión, recuerde que se lo advertí. Si yo tuviera puesto el cinturón mágico que le permite realizar todas las transformaciones y le da tantos poderes, estoy seguro de que sería un Rey mucho más sabio y mejor que usted.-

—¡Oh, basta de cháchara! —ordenó el Rey, enojándose de nuevo—. Como eres mi Mayordomo Jefe crees que puedes reprenderme todo lo que te da la gana. Pero la próxima vez que te insolentes te mandaré a trabajar a los hornos y haré que otro nomo ocupe tu lugar. Ahora sígueme hasta mi cámara, pues me voy a acostar. Y asegúrate de que se me despierte temprano mañana por la mañana. Quiero disfrutar transformando al resto de esa gente en adornos.

—¿De qué color hará a la niña de Kansas? —preguntó el Mayordomo.

—Creo que gris —dijo su Majestad.

—¿Y el Espantapájaros y el hombre máquina?

—Ah, éstos, como son tan feos en la vida real, los haré de oro macizo.

Entonces las voces se desvanecieron y Billina supo que él Rey y su Mayordomo habían salido de la habitación. Se alisó algunas plumas de la cola que estaban desacomodadas y después se metió la cabeza debajo del ala y se durmió de nuevo.

Por la mañana, Dorothy, el León y el Tigre recibieron el desayuno en su habitación y después se reunieron con el Rey en la sala del trono. El Tigre se quejó con amargura diciendo que estaba medio muerto de hambre y rogó que lo dejaran entrar en el palacio y convertirse en adorno para no seguir sintiendo retortijones de hambre.

—¿No has desayunado? —preguntó el Rey Nomo.

—Sí, un mordisco -contestó el animal- Pero ¿de qué sirve un mordisco a un tigre hambriento?

—Ha comido diecisiete tazones de avena, una bandeja llena de salchichas fritas, once barras de pan y veintidós pasteles de carne -dijo el Mayordomo.

—¿Qué más quieres? -preguntó el Rey.

—Un bebé gordo. Quiero un bebé gordo —dijo el Tigre Hambriento-. Un bebé rico, regordete, jugoso, tierno y gordo. Pero, por supuesto, si me lo dieran la conciencia no me permitiría comerlo. Así que tendré que ser un adorno y olvidar el hambre.

—¡Imposible! -exclamó el Rey-. No dejaré que animales torpes entren en mi palacio y me rompan todos los bonitos objetos. Cuando el resto de tus amigos hayan sido transformados, podrás regresar al mundo superior y seguir con tu vida.

—Si no están nuestros amigos no hay vida -dijo el León-. En ese caso no nos importa lo que pueda pasar con nosotros.

Dorothy pidió ser la primera en entrar en el palacio, pero Tik-tok sostuvo con firmeza que el esclavo tenía que enfrentar el peligro antes que su ama. El Espantapájaros estuvo de acuerdo con eso, así que el Rey Nomo abrió la puerta para que entrara el hombre máquina, quien se metió pesadamente en el palacio a encontrar su destino. Entonces su Majestad regresó al trono y chupó la pipa con tanta satisfacción que se formó una pequeña nube de humo encima de su cabeza.

Un rato después dijo:

—Siento que quedéis tan pocos. Pronto terminará mi diversión. Después me entretendré admirando mis nuevos adornos.

—Me parece -dijo Dorothy— que no eres tan sincero como aparentas.

—¿Por qué dices eso? -preguntó el Rey.

—Porque nos hiciste creer que sería fácil adivinar en qué adornos estaban transformados la reina y los niños de Ev.

—Es fácil -declaró el monarca- si uno es buen adivinador. Pero parece que los miembros de tu grupo son malos adivinadores.

—¿Qué hace ahora Tik-tok? -preguntó la niña, preocupada.

—Nada -contestó el Rey frunciendo el entrecejo-. Está quieto en el centro de la habitación.

—Ah, supongo que se le acabó la cuerda -dijo Dorothy—. Me he olvidado de darle cuerda esta mañana. ¿Cuántas veces ha probado suerte?

—Todas las que tiene permitidas menos una -contestó el Rey—. ¿Qué te parece si entras y le das cuerda y después te quedas allí y haces tus propias adivinanzas?

—Muy bien —dijo Dorothy.

—Ahora me toca a mí —dijo el Espantapájaros.

—No querrás dejarme sola —dijo la niña—. Además, si entro ahora puedo dar cuerda a Tik-tok para que haga su última adivinanza.

—En ese caso, está bien -dijo el Espantapájaros con un suspiro—. ¡Corre, pequeña Dorothy, y buena suerte!

Así que Dorothy, tratando de mostrarse valiente a pesar del miedo que sentía, entró en las espléndidas habitaciones del palacio. El silencio del lugar la intimidó al principio, la niña respiró entrecortadamente llevándose la mano al corazón y miró alrededor con asombro.

Sí, era un sitio hermoso, pero los encantamientos acechaban en todos los rincones y ella aún no se había acostumbrado a las hechicerías de esos países de hadas, tan diferentes de las cosas corrientes y normales de su tierra natal.

Caminó despacio por varias habitaciones hasta que descubrió a Tik-tok, totalmente inmóvil. La sensación, entonces, fue que había encontrado a un amigo en aquel misterioso palacio, y se apresuró a dar cuerda a la acción, el había y los pensamientos del hombre mecánico.

—Gra-cias, Do-ro-thy —fueron las primeras palabras de la máquina—. Me que-da u-na úl-ti-ma a-di vi-nan-za.

—Ah, por favor ten mucho cuidado, Tik-tok —exclamó la niña.

—Sí. Pe-ro el Rey No-mo nos tie-ne en su po-der, y nos ha ten-di-do u-na tram-pa. Sos-pe-cho que es-ta-mos to-dos per-di-dos -dijo el hombre mecánico.

—Yo también —dijo Dorothy con tristeza.

—Si Smith & Tin-ker me hu-bie-ran pues-to un ac-ce-so-rio a-di-vi-na-dor -prosiguió Tik-tok-, po-drí-a ha-ber de-sa-fia-do al Rey No-mo. Pe-ro mis pen-sa-mien-tos son co-mu-nes y co-rrien-tes y no ser-vi-rán de mu-cho en es-te ca-so.

—Haz lo que puedas -lo alentó Dorothy—, y si fallas veré en qué forma te transformaste.

Entonces Tik-tok tocó un jarrón amarillo con margaritas pintadas por un

lado y al mismo tiempo dijo la palabra «Ev».

En un abrir y cerrar de ojos el hombre mecánico desapareció, y aunque la niña miró rápidamente en todas direcciones no supo cuál de los muchos adornos que se veían en la habitación había sido hasta hacía un momento su fiel amigo y servidor.

Por lo tanto, lo único que podía hacer era aceptar la im-posible tarea, hacer las adivinanzas y acatar el resultado.

«No debe de doler mucho -pensó—, pues no he oído gritos ni llantos, ni siquiera de los pobres oficiales. ¡Dios mío! Me pregunto si el tío Henry o la tía Em sabrán alguna vez que me he convertido en un bonito adorno en el palacio del Rey Nomo y que tendré que quedarme siempre quieta excepto cuando me cambian de lugar o me quitan el polvo. No es esto lo que esperaba, pero creo que no se puede evitar.»

Dorothy recorrió una vez más todas las habitaciones y examinó con cuidado todos los objetos que contenían, pero había tantos que la desconcertaron, y decidió, como ya había hecho Ozma, que sólo se podía intentar adivinar, y que acertar no era nada fácil.

Tocó con timidez un tazón de alabastro y dijo: «Ev».

«Me he equivocado -pensó—. Pero ¿cómo se puede saber qué es lo que está encantado?»

Después tocó la imagen de un gatito morado que estaba en una esquina de una repisa, y al pronunciar la palabra «Ev» desapareció el gatito y a su lado surgió un niño bonito y rubio. Al mismo tiempo sonó una campanilla a lo lejos, y mientras Dorothy daba un paso atrás, en parte por la sorpresa y en parte por la alegría, el pequeño exclamó:

—¿Dónde estoy? Y, ¿quién eres? Y, ¿qué me ha ocurrido?

—¡Bueno, tengo que admitirlo! -dijo Dorothy-. La verdad es que lo he hecho yo.

—¿Hecho qué? —preguntó el niño.

—Me he salvado de ser un adorno -contestó la niña, con una carcajada—, y te he salvado a ti de ser para siempre un gatito morado.

—¿Un gatito morado? -repitió el niño—. No hay nada de eso.

—Ya lo sé —dijo la niña—. Pero lo había hace un minuto. ¿No recuerdas haber estado colocado sobre la repisa?

—Claro que no. Soy un Príncipe de Ev y me llamo Evring —anunció con orgullo el pequeño—. Pero mi padre, el Rey, vendió a mi madre y todos sus hijos al cruel soberano de los nomos, y después de eso no recuerdo nada.

—Nadie espera que un gatito morado recuerde, Evring -dijo Dorothy-, Pero ahora vuelves a ser tú mismo, y voy a tratar de salvar a algunos de tus hermanos y hermanas, y quizá también a tu madre. Así que acompáñame.

Dorothy cogió al niño de la mano y lo llevó rápidamente a un lado y a otro, tratando de decidir qué objeto elegir a continuación. Se equivocó en la tercera elección, y en la cuarta, y en la quinta.

El pequeño Evring no podía imaginar lo que hacía la niña, pero trotaba a su lado de buen grado porque le gustaba la compañía que había encontrado.

Dorothy falló en todos los intentos posteriores, pero cuando le pasó la primera desilusión sintió mucha alegría y gratitud al pensar que después de todo había podido salvar a un miembro de la familia real de Ev y podría devolver al pequeño príncipe a su apenado país. Ahora regresaría sin peligro junto al terrible Rey Nomo, llevando consigo el premio que había ganado en la persona del niño rubio.

Así que recorrió el camino que había hecho hasta encontrar la entrada al palacio, y al acercarse las sólidas puertas de piedra se abrieron solas y permitieron que Dorothy y Evring entraran en la sala del trono.

CAPÍTULO 15

BILLINA ASUSTA AL REY NOMO

Cuando Dorothy entró en el palacio a hacer sus adivinanzas, el Espantapájaros se quedó con el Rey Nomo y los dos estuvieron varios minutos sentados en silencio. Entonces el monarca exclamó, en tono de satisfacción:

—¡Muy bien!

—¿Quién está muy bien? -preguntó el Espantapájaros. —El hombre mecánico. No hará falta volver a darle cuerda, porque se ha convertido en un adorno muy elegante. Muy elegante de verdad.

—¿Y qué pasa con Dorothy? —preguntó el Espantapájaros.

—Ah, ella pronto empezará a hacer sus adivinanzas -dijo el Rey, muy alegre-. Después pasará a formar parte de mi colección y te tocará a ti entrar.

El bueno del Espantapájaros se angustió al pensar que su pequeña amiga estaba a punto de sufrir el destino de Ozma y del resto del grupo, pero mientras estaba absorto en esas ideas sombrías sonó de repente una voz chillona:

—¡Ca-ca-ca-ca-ca-caaa! ¡Ca-ca-ca-ca-ca-caaa!

El Rey Nomo se asustó tanto que casi se cayó del sillón.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso? —gritó.

—Ah, es Billina -dijo el Espantapájaros.

—¿Cómo te atreves a hacer todo ese ruido? -vociferó el Rey, enojado viendo cómo la gallina amarilla salía de debajo del trono y se pavoneaba orgullosa por la sala.

—Supongo que tengo derecho a cacarear -respondió Billina—. Acabo de poner el huevo.

—¡Qué! ¡Poner un huevo! ¡En mi sala del trono! ¿Cómo te atreves a hacer semejante cosa? —preguntó el Rey con voz furiosa.

—Pongo huevos allí donde estoy —dijo la gallina erizando las plumas y acomodándolas de nuevo.

—Pero..., ¡recórcholis! ¿No sabes que los huevos son veneno? —rugió el Rey, mientras los ojos se le desorbitaban de terror.

—¡Veneno! ¡Válgame Dios! -dijo Billina, indignada. - Quiero que sepas que todos mis huevos tienen la garantía de ser frescos, del día. ¡Así que de veneno nada!

—Tú no lo entiendes —replicó el pequeño monarca, nervioso—. Los huevos pertenecen sólo al mundo exterior, al mundo de la superficie terrestre, de donde viniste tú. Aquí, en el reino subterráneo son, como dije, puro veneno, y los nomos: no soportamos tenerlos cerca.

—Bueno, éste tendrás que soportarlo -dijo Billina- porque acabo de ponerlo.

—¿Dónde?

—Debajo de tu trono -dijo la gallina.

El Rey saltó un metro en el aire, desesperado por alejarse del trono.

—¡Llévatelo! ¡Llévatelo inmediatamente! —gritó.

—No puedo -dijo Billina-. No tengo manos.

—Yo me llevaré el huevo —dijo el Espantapájaros—. Estoy haciendo una colección de huevos de Billina, En el bolsillo tengo uno que puso ayer.

Al oír eso el monarca se apresuró a poner una buena distancia entre él y el Espantapájaros, que estaba a punto de meter la mano debajo del trono para sacar el huevo, cuando la gallina gritó de repente:

-¡Espera!

-¿Qué pasa? -preguntó el Espantapájaros.

—No saques el huevo hasta que el Rey no me deje entraren el palacio y hacer mis adivinanzas como los demás -dijo Billina.

—¡Bah! —dijo el Rey—. Sólo eres una gallina. ¿Cómo podrías adivinar cuáles son los objetos encantados?

—Supongo que puedo intentarlo -dijo Billina—. Y si me equivoco,

tendrás otro adorno.

—Un bonito adorno, diría yo -gruñó el Rey-. Pero te saldrás con la tuya. Tendrás también el castigo que te mereces por haber puesto un huevo en mi presencia. Cuando el Espantapájaros esté encantado entrarás tú en el palacio. Pero ¿cómo harás para tocar los objetos?

—Con las garras —dijo la gallina—, y puedo decir la palabra «Ev» tan bien como cualquiera. Además, quiero tener el derecho a adivinar dónde están encantados mis amigos y a liberarlos si acierto.

—Muy bien -dijo el Rey-. Tienes mi promesa.

—Entonces -dijo Billina al Espantapájaros- puedes sacar mi huevo.

El Espantapájaros se arrodilló, metió la mano debajo del trono, encontró el huevo y se lo metió en otro bolsillo de la chaqueta, pues temía que si ponía los dos en un mismo bolsillo se golpearan y se rompieran.

En ese momento sonó con estridencia una campanilla en-cima del trono, y el Rey dio otro nervioso salto.

—¡Vaya, vaya! -dijo, compungido -. La niña lo ha logrado.

—¿Logrado qué? —preguntó el Espantapájaros.

—Ha acertado una vez, y ha roto uno de mis mejores encantamientos. ¡Ay, qué lástima! Nunca pensé que lo conseguiría.

—¿Eso significa que ella volverá aquí sana y salva? -preguntó el Espantapájaros, arrugando la cara pintada para dibujar una ancha sonrisa.

—Por supuesto -dijo el Rey, caminando inquieto de un lado para otro—. Siempre cumplo mis promesas, por tontas que sean. Pero haré un adorno con la gallina amarilla para sustituir al que acabo de perder.

—A lo mejor sí, a lo mejor no —murmuró Billina muy tranquila—. Quizá te sorprenda acertando con mis adivinanzas.

—¿Acertando? -dijo con brusquedad el Rey-. ¿Cómo quieres acertar si seres superiores a ti se han equivocado, ave estúpida?

Billina no se molestó en contestar a esa pregunta, y un instante más tarde las puertas se abrieron y entró Dorothy, trayendo de la mano al príncipe Evring.

El Espantapájaros recibió a la niña con un fuerte abrazo, y estaba tan contento que también hubiera abrazado a Evring. Pero el pequeño Príncipe era tímido y no se acercó al hombre de paja pintado porque todavía no conocía

sus muchas y excelentes cualidades.

Pero los amigos tenían poco tiempo para hablar porque el Espantapájaros tenía que entrar ya en el palacio. El éxito de Dorothy lo había animado mucho, y los dos tenían la esperanza de que pudiera acertar por lo menos una vez.

Fue no obstante tan desafortunado como los demás excepto Dorothy, y aunque dedicó mucho tiempo a elegir los objetos, con ninguno tuvo éxito.

Por lo tanto se convirtió en un tarjetero de oro puro, y el hermoso pero terrible palacio se quedó esperando la próxima visita.

—Todo ha terminado —comentó el Rey con un suspiro de satisfacción—, y todo ha sido divertido salvo el acierto de la niña de Kansas. Me he enriquecido con muchos adornos bonitos.

—Ahora me toca a mí —dijo Billina muy decidida.

—Ah, te había olvidado —dijo el Rey—. Pero no hace falta que entres si no tienes ganas. Seré generoso y te dejaré marchar.

—No, no me marcharé —dijo la gallina—. Insisto en tratar de adivinar, como me prometiste.

—¡Adelante, entonces, absurda e idiota emplumada! —masculló el Rey, e hizo que la puerta que comunicaba con el palacio se abriera una vez más.

—No vayas, Billina -dijo Dorothy muy seria-. No es fácil elegir los adornos y sólo la suerte me ha salvado de ser uno en este momento. Quédate conmigo y regresaremos juntas al País de Ev. Estoy segura de que el pequeño Príncipe nos dará un sitio donde vivir.

—Claro que sí —dijo Evring con mucha dignidad.

—No te preocupes, querida -exclamó Billina con un clo-queo que equivalía a una carcajada—. No seré humana, pero tonta no soy aunque sea una polluela.

—¡Ay, Billina! —dijo Dorothy—. Hace tiempo que dejaste de ser polluela... Desde que eres adulta.

—Quizá tengas razón —dijo Billina, pensativa—. Pero si un granjero de Kansas me vendiera a alguien, ¿qué me llamaría, gallina o polluela?

—Tú no eres un granjero de Kansas, Billina -respondió la niña-, y dijiste...

—No importa, Dorothy. Ya voy. No me despido porque regresaré. No

pierdas el valor, porque te veré dentro de un rato.

Entonces Billina soltó unos ruidosos cloqueos que parecieron poner aún más nervioso al pequeño Rey y atravesó la puerta del palacio.

—Espero no ver nunca más a ese pájaro —declaró el monarca, sentándose de nuevo en el trono y enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo de color piedra-. Las gallinas son cuando menos fastidiosas, pero si además hablan no hay quien las aguante.

—Billina es amiga mía -dijo Dorothy sin levantar la voz-. Quizá no sea siempre muy cortés, pero estoy segura de que su intención es buena.

CAPÍTULO 16

MORADO, VERDE Y DORADO

La gallina amarilla, con paso majestuoso y aire de enorme importancia, atravesó despacio las mullidas alfombras de terciopelo del espléndido palacio, examinando todo lo que encontraba con aquellos ojitos agudos.

Billina tenía derecho a sentirse importante, porque sólo ella compartía el secreto del Rey Nomo y sabía cómo distinguir los objetos que eran transformaciones de los que nunca habían tenido vida. Estaba segura de que acertaría a la hora de adivinar, pero antes de probar suerte sentía curiosidad por contemplar toda la magnificencia de ese palacio subterráneo, quizá uno de los sitios más espléndidos y hermosos de cualquier país de hadas.

Mientras recorría las habitaciones contaba los adornos morados, y aunque algunos eran pequeños y estaban escondidos en sitios raros, Billina los descubrió todos, y encontró los diez dispersos en varias habitaciones. No se molestó en contar los adornos verdes, porque creía que podría encontrarlos cuando llegara el momento.

Finalmente, después de inspeccionar todo el palacio y de disfrutar de su esplendor, la gallina amarilla regresó a una de las habitaciones donde había visto un escabel grande de color morado. Le puso una garra encima y dijo «Ev», y de repente el escabel se esfumó y ante ella apareció una encantadora dama, alta, delgada y vestida con ropas preciosas.

Por un instante, los ojos de la dama reflejaron su asombro, porque no recordaba la transformación ni imaginaba qué era lo que la había devuelto a la vida.

—Buenos días, señora -dijo Billina con aquella voz aguda-. Tiene buen

aspecto para su edad.

—¿Quién habla? —preguntó la Reina de Ev irguiéndose con orgullo.

—Mi verdadero nombre es Bill —respondió la gallina, que ahora estaba subida al respaldo de un sillón—, aunque Dorothy no estuvo de acuerdo y me puso Billina. Pero el nombre no importa. La he salvado del Rey Nomo y ya no es esclava.

—Entonces te doy las gracias por tan gentil favor —dijo la Reina con una grácil reverencia—. Pero mis hijos..., dime, por favor, ¿dónde están mis hijos? —juntó las manos en angustiada súplica.

—No se preocupe -dijo Billina picoteando un pequeño bicho que se arrastraba por el respaldo del sillón—. En este momento están seguros y a salvo de cualquier travesura, porque ni siquiera pueden moverse.

¿Qué quieres decir, oh bondadosa desconocida? -preguntó la Reina, tratando de contener la angustia.

—Están encantados -dijo Billina- como lo estaba usted, todos menos ese pequeño que Dorothy sacó. Y lo más probable es que se hayan portado como buenos niños y buenas niñas durante algún tiempo, porque no podían hacer otra cosa.

—¡Ay, mis pobrecitos! -exclamó la Reina con un sollozo.

—Tranquícese —dijo la gallina—. No sienta pena por su condición, señora, porque pronto los tendrá alrededor molestándola y dándole preocupaciones como siempre. Acompañeme, por favor, y le mostraré lo bonitos que están.

Billina bajó aleteando del respaldo del sillón y caminó hasta la primera sala, seguida por la Reina. Al pasar junto una mesa baja les llamó la atención un pequeño saltamontes verde, e inmediatamente Billina se abalanzó sobre él y lo cazó con el afilado pico. Los saltamontes son uno de los alimentos preferidos de las gallinas, que los deben atrapar con rapidez porque saltan. Ése podría haber sido el fin de Ozma de Oz si hubiera sido un saltamontes de verdad y no de esmeralda. Pero a Billina le pareció duro y sin vida, y sospechando que podía no ser comestible lo soltó con rapidez en vez de tragárselo.

—Tendría que haberme dado cuenta —murmuró por lo bajo-, porque aquí no hay hierba y por lo tanto no puede haber saltamontes vivos. Quizá sé trate

de una de las transformaciones del Rey.

Un instante más tarde se acercó a uno de los adornos morados, y mientras la Reina observaba con curiosidad, la gallina rompió el encantamiento del Rey Nomo y apareció a su lado una niña de rostro dulce y pelo rubio que le caía formando una nube sobre los hombros.

—¡Evanna! —gritó la Reina. ¡Mi querida Evanna! —Y la mujer apretó a la niña contra el pecho y le cubrió la cara de besos.

—Muy bien -dijo Billina satisfecha—. ¿Soy buena para adivinar, señor Rey Nomo? ¡Pues acerté!

Después desencantó a otra niña, que la Reina llamó Evrose, y a continuación a un niño llamado Evardo, que era mayor que su hermano Evring. La gallina amarilla tuvo a la buena Reina ocupada con exclamaciones y abrazos durante un rato, hasta que cinco princesas y cuatro príncipes, todos muy parecidos salvo por la diferencia de tamaño, formaron una fila junto a su feliz madre.

Las Princesas se llamaban Evanna, Evrose, Evella, Evirene y Evedna, mientras que los Príncipes eran Evrob, Evington, Evardo y Evroland. De todos ellos Evardo era el mayor, heredaría el trono del padre y sería coronado Rey de Ev cuando regresara a su propio país. Era un joven serio y tranquilo, que sin duda gobernaría a su pueblo con sabiduría y justicia.

Billina, habiendo devuelto a todos los miembros de la familia real de Ev su verdadera forma, empezó a elegir los adornos verdes que eran las transformaciones de las personas de Oz. No le costó mucho encontrarlos, y al poco tiempo tanto los veintiséis oficiales como el soldado raso rodeaban a la gallina amarilla, felicitándola alegremente por su liberación. Las treinta y siete personas que estaban ahora vivas en las habitaciones del palacio sabían muy bien que debían su libertad a la inteligencia de la gallina amarilla, a quien dieron sentidas gracias por haberlos salvado de la magia del Rey Nomo.

—Ahora -dijo Billina- tengo que encontrar a Ozma. Tiene que estar por aquí, en algún sitio, y es verde porque proviene de Oz. Así que a buscar, soldados estúpidos; necesito ayuda.

Sin embargo, durante un rato no descubrieron nada más que fuera verde. Pero la Reina, que había besado una vez más a los nueve niños y podía ahora

dedicar tiempo e interés a lo que estaba ocurriendo, dijo a la gallina:

—Quizá lo que buscas, estimada amiga, sea el salta-montes.

—¡Claro que es el saltamontes! -exclamó Billina—. La verdad es que soy casi tan estúpida como esos valientes sol-dados. Esperadme aquí mientras voy a buscarlo.

Y allá fue la gallina, adonde había visto el saltamontes, y un rato más tarde entró Ozma de Oz, encantadora y delicada como siempre, y se acercó a la Reina de Ev, a quien saludó como se saludan las princesas.

—¿Pero dónde están mis amigos, el Espantapájaros y el Leñador de Hojalata? -preguntó la niña soberana después de esas cortesías.

—Los encontraré —respondió Billina-. El Espantapájaros es de oro puro, pero no sé exactamente cómo es el Leñador de Hojalata, porque el Rey dijo que se había transformado en algo gracioso.

Ozma ayudó con entusiasmo a la gallina, y el Espantapájaros y el hombre mecánico, adornos de oro reluciente, pronto fueron descubiertos y devueltos a su acostumbrada forma. Pero por mucho que buscaban no encontraban por ninguna parte el gracioso adorno que podría ser la transformación del Leñador de Hojalata.

—Sólo podemos hacer una cosa -dijo Ozma al fin—: volver junto al Rey Nomo y obligarlo a decirnos qué ha ocurrido con nuestro amigo.

—Quizá no quiera hacerlo -comentó Billina.

—Tiene que hacerlo -dijo Ozma con firmeza-El Rey no nos ha tratado con sinceridad, porque debajo de la más-cara de imparcialidad y bonhomía nos atrapó a todos, y estaríamos para siempre encantados si nuestra sabia e inteligente amiga, la gallina amarilla, no hubiera encontrado la manera de salvarnos.

—El Rey es un villano -declaró el Espantapájaros.

—Su risa es peor que el ceño fruncido de otros -dijo el soldado raso con un escalofrío.

—Pen-sé que e-ra sin-ce-ro, pe-ro me e-qui-vo-qué —comentó Tik-tok—. Mis pen-sa-mien-tos sue-len ser co-rrec-tos, pe-ro si a ve-ces fa-llan o no fun-cio-nan a-de-cua-da-men-te es por cul-pa de Smith & Tin-ker.

—Smith & Tinker hicieron contigo un muy buen trabajo -dijo Ozma con amabilidad-No creo que se les pueda echar la culpa si no eres perfecto.

—Gra-cias —respondió Tik-tok.

—Entonces —dijo Billina con su vocecita enérgica— volvamos junto al Rey Nomo a ver qué dice.

Echaron a andar hacia la entrada, con Ozma al frente seguida por la Reina y su cortejo de pequeños Príncipes y Princesas. Después iba Tik-tok y el Espantapájaros con Billina subida al hombro de paja. Cerraban la marcha los veintiséis oficiales y el soldado raso.

Al llegar a la sala las puertas se abrieron y ellos se detuvieron a mirar hacia la cueva abovedada con cara de asombro y consternación. Porque la sala estaba repleta de guerreros del Rey Nomo con cotas de malla, dispuestos en ordenadas filas. Las lámparas que llevaban sobre la frente brillaban con fuerza, y sostenían en alto el hacha de guerra como si fueran a descargarla sobre el enemigo. Sin embargo permanecían inmóviles como estatuas, esperando la orden de actuar. Y en el centro de ese terrible ejército, sobre el trono de piedra, estaba sentado el pequeño Rey, que ni sonreía ni se reía. Tenía la cara tan deformada por la rabia que daba mie-do mirarlo.

CAPÍTULO 17

EL ESPANTAPÁJAROS GANA EL COMBATE

Cuando Billina hubo entrado en el palacio, Dorothy y Evring se sentaron a esperar el éxito o fracaso de su misión, y el Rey Nomo ocupó el trono y durante un rato fumó la larga pipa con alegría y satisfacción.

Entonces la campanilla encima del trono, que avisaba cuando se rompía un encantamiento, empezó a sonar, y el Rey dio un respingo de fastidio y exclamó:

—¡Rocketty-ricketts!

Cuando la campanilla sonó por segunda vez, él Rey gritó con rabia:

—¡Humos e incendios!

Al sonar por tercera vez, chilló con furia:

—¡Hipikalórico! -que debe de ser una palabra terrible, porque no sabemos qué significa.

Después la campanilla volvió a sonar con insistencia, pero el Rey estaba tan violentamente encolerizado que no le salían las palabras. Saltó del trono y siguió saltando con loco frenesí por toda la sala, tanto que a Dorothy le recordó uno de esos muñecos que se mueven, tirando de un hilo.

Por su parte, la niña se llenaba de alegría cada vez que sonaba la campanilla, puesto que anunciaba el hecho de que Billina había transformado otro adorno en una persona viva. Dorothy estaba asombrada del éxito de Billina, y no podía imaginar cómo lograba la gallina amarilla acertar entre el apabullante número de objetos apiñados en las habitaciones del palacio. Pero después de haber contado hasta diez y ver que la campanilla seguía sonando,

supo que no sólo estaba volviendo a su forma natural a la familia real de Ev, sino a Ozma y sus seguidores, y estaba tan encantada que las payasadas del furioso Rey sólo la hacían reír con alegría.

Quizá el pequeño monarca no podía enojarse ya más, pero la risa de la niña lo ponía frenético y rugía como un animal salvaje. Entonces, al descubrir que todos sus encantamientos se disiparían y todas sus víctimas quedarían en libertad, corrió de repente hacia la pequeña puerta que daba sobre el balcón y emitió el estridente silbido que llamaba a sus guerreros.

De inmediato, un numeroso ejército encabezado por un hombre de cara severa que era el capitán empezó a salir por las puertas de oro y plata, a desfilar subiendo por una escalera espiral y a entrar en la sala del trono. Cuando casi habían ocupado la sala del trono formaron filas en la enorme cueva subterránea y después permanecieron inmóviles esperando nuevas órdenes.

Dorothy se había apartado a un lado de la cueva cuando entraron los guerreros, y ahora tenía de la mano al Príncipe Evring. El enorme León estaba acurrucado en un rincón y el Tigre en otro.

—¡Detened a la niña! —gritó el Rey a su capitán, y un grupo de guerreros dio un paso adelante para cumplir la orden. Pero tanto el León como el Tigre gruñeron con tanta ferocidad mostrando de modo amenazador los dientes fuertes y afilados que los hombres retrocedieron alarmados.

—¡No les tengáis miedo! —gritó el Rey Nomo—. No pueden moverse del sitio en el que están.

—Pero pueden morder a quienes intenten tocar a la niña —dijo el capitán.

—Resolveré eso —dijo el Rey—. Los encantaré para que no puedan abrir la boca.

Bajó del trono para hacer lo que acababa de anunciar, pero en ese momento el Caballete apareció corriendo por detrás y pegó al gordo monarca una fuerte patada con las dos patas traseras.

—¡Ay! ¡Crimen! ¡Traición! —chilló el Rey, que había sido arrojado contra varios de sus guerreros y estaba muy magullado—. ¿Quién ha hecho eso?

—Yo —masculló el Caballete con ferocidad—. Si no dejas en paz a Dorothy, te patearé de nuevo.

—Veremos —dijo el Rey, y a continuación apuntó con la mano al Caballete y murmuró una palabra mágica-¡Ajá! —prosiguió—. ¡Ahora veremos cómo haces para moverte, muía de madera!

Pero a pesar de la magia el Caballete se movió, y se movió con tanta rapidez hacia el Rey que el hombrecito gordo no pudo apartarse. ¡Pum, bang!, hicieron los tacones de madera contra el cuerpo redondo, y el Rey voló por los aires y aterrizó sobre la cabeza del capitán, que lo dejó caer al suelo.

—¡Vaya, vaya! —dijo el Rey, incorporándose con cara de asombro—. ¿Por qué no habrá, funcionado mi cinturón mágico?

—La criatura está hecha de madera —respondió el capitán—. Ya sabes que tu magia no obra sobre la madera.

—Ah, me había olvidado -dijo el Rey, levantándose y cojeando hasta el trono-. Muy bien, no toquéis a la niña. De todos modos no podrá escapar.

Los guerreros, que estaban un poco confusos por esos incidentes, volvieron a formar filas, y el Caballete brincó por la sala hasta donde estaba Dorothy y se colocó al lado del Tigre Hambriento.

En ese momento se abrieron las puertas que conducían al palacio y aparecieron los habitantes de Ev y los habitantes de Oz. Todos se detuvieron, asombrados, al ver a los guerreros y al enojado Rey Nomo sentado en medio de ellos.

—¡Rendíos! —gritó con fuerza el Rey—. Sois mis prisioneros.

-¡Vamos! -dijo Billina desde el hombro del Espantapájaros-. Me prometiste que si acertaba mis amigos y yo podríamos partir sanos y salvos. Y siempre cumples tus pro-mesas.

—Dije que podríais salir del palacio sanos y salvos —explicó el Rey—, y así será, pero no podréis salir de mis dominios. Sois mis prisioneros, y os arrojaré a todos a mis mazmorras subterráneas, donde los fuegos volcánicos brillan, la lava derretida corre en todas direcciones y el aire calienta más que una llama azul.

—Eso acabará conmigo -dijo con tristeza el Espantapájaros.-Una pequeña llama, azul o verde, basta para reducirme a una pila de cenizas.

-¿Os rendís? -exigió el Rey.

Billina susurró algo en el oído del Espantapájaros que lo hizo sonreír y meter las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¡No! -dijo Ozma, encarando al Rey. Después, dirigiéndose a su ejército, ordenó—: ¡Adelante, mis valientes soldados, luchad por vuestra soberana y por vosotros hasta la muerte!

—Perdón, Muy Soberana Ozma —respondió uno de los generales—, pero ocurre que yo y mis hermanos oficiales tenemos una enfermedad del corazón y la menor agitación podría matarnos. Si luchamos podemos agitarnos. ¿No sería bueno para nosotros evitar este grave peligro?

—Los soldados no deberían estar enfermos del corazón —dijo Ozma.

—Los que creo que nunca están enfermos del corazón son los soldados rasos —declaró otro general, retorciéndose pensativo el bigote-. Si su Real Alteza lo desea, podemos ordenar a nuestro soldado raso que ataque a esos guerreros.

—Dad la orden —respondió Ozma.

—¡En... marcha! -gritaron al unísono los generales—. ¡En... marcha! -chillaron los coroneles-. ¡En... marcha! -vociferaron los comandantes-. ¡En... marcha! -bramaron los capitanes.

Y el soldado raso bajó la lanza y arremetió con furia contra el enemigo.

El capitán de los nomos quedó tan sorprendido por ese ataque que se olvidó de ordenar a sus guerreros que lucharan, y los diez hombres de la primera fila, que estaban delante de la lanza del soldado raso, cayeron como soldados de juguete. Sin embargo, la lanza no pudo perforarles la armadura de acero, de modo que los guerreros se levantaron y para entonces el soldado raso ya había derribado otra fila.

En ese momento, el capitán descargó el hacha de guerra con tanta fuerza que destrozó y arrancó de las manos la lanza del soldado raso, que ya no pudo seguir luchando.

El Rey Nomo había bajado del trono y caminó entre sus guerreros hasta las filas delanteras para ver qué pasaba, pero al enfrentarse a Ozma y sus amigos, el Espantapájaros, como si hubiera sido despertado a la acción por el valor del soldado raso, sacó uno de los huevos de Billina del bolsillo derecho de la chaqueta y lo arrojó contra la cabeza del pequeño monarca.

El huevo le pegó en el ojo izquierdo. Se rompió y desparramó, como hacen los huevos, y le cubrió la cara, el pelo y la barba con su pegajoso contenido.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! -chilló el Rey, arañándose la cara, al tratar de liberarse del huevo.

—¡Un huevo! ¡Un huevo! ¡Sálvese quien pueda! -gritó el capitán de los nomos con voz aterrorizada.

¡Y qué manera de correr! Los guerreros se atropellaban tratando de huir del fatal veneno de aquel espantoso huevo, y los que no pudieron bajar por la escalera espiral cayeron por el balcón a la enorme caverna subterránea, derribando a los que estaban abajo.

Mientras el Rey vociferaba pidiendo auxilio no quedó un solo guerrero en la sala del trono, y antes de que el monarca pudiera quitarse el huevo del ojo izquierdo el Espantapájaros le arrojó otro al ojo derecho: el huevo se rompió y lo cegó del todo. El Rey no podía huir porque no veía hacia dónde tenía que correr, así que se quedó quieto aullando, gritando y chillando de cobarde terror.

Mientras eso sucedía, Billina voló hasta Dorothy, y subida a la espalda del León susurró impaciente a la niña:

—¡Quítale el cinturón! ¡Quítale al Rey Nomo el cinturón enjoyado! Se desabrocha por la espalda. ¡Vamos, Dorothy! ¡Rápido!

CAPÍTULO 18

EL DESTINO DEL LEÑADOR DE HOJALATA

Dorothy obedeció. Corrió detrás del Rey Nomo, que seguía tratando de quitarse el huevo de los ojos, y en un santiamén le desabrochó el espléndido cinturón enjoyado y lo llevó hasta donde estaban el Tigre y el León. Como no sabía qué hacer con él se lo colocó en su propia y delgada cintura.

En ese momento entró el Mayordomo Jefe con una esponja y un cuenco con agua y empezó a limpiar los restos de los huevos de la cara de su amo. Pocos minutos más tardé, mientras todo el grupo miraba, el Rey recuperó la vista. Lo primero que hizo fue mirar con maldad al Espantapájaros y exclamó:

—¡Te haré sufrir por esto, muñeco relleno de paja! ¿Acaso no sabes que los huevos son veneno para los nomos?

—La verdad —dijo el Espantapájaros— es que no parecen hacerte bien, aunque no sé por qué.

—Eran bien frescos y fuera de toda sospecha —dijo Billina—. Tendrías que alegrarte por su calidad.

—¡Os transformaré a todos en escorpiones! —gritó furioso el Rey, y empezó a mover las manos y a murmurar palabras mágicas.

Pero nadie se convirtió en escorpión, así que el Rey calló y los miró sorprendido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No tiene puesto el cinturón mágico —respondió el Mayordomo Jefe después de inspeccionar con atención al Rey—. ¿Dónde está? ¿Qué ha hecho

con él?

El Rey Nomo se llevó una mano a la cintura y el rostro color piedra se le puso blanco como la tiza.

—No lo tengo -dijo, impotente- Nudo tengo. ¡Estoy perdido!

Dorothy se adelantó y dijo:

—Soberana Ozma, Reina de Ev: os doy la bienvenida a vosotras y a vuestra gente al país de los vivos. Billina os ha salvado de vuestra situación y ahora saldremos de este espantoso palacio y regresaremos a Ev lo antes posible.

Mientras hablaba la niña, todos vieron que llevaba el cinturón mágico, y hubo una ovación general dirigida por las voces del Espantapájaros y el soldado raso. Pero el Rey Nomo no los secundó. Trepó a su trono como un perro azotado y se quedó allí lamentando amargamente su derrota.

—Pero todavía no hemos encontrado a mi fiel vasallo, el Leñador de Hojalata -dijo Ozma a Dorothy—, y sin él no quiero irme.

—Yo tampoco —se apresuró a decir Dorothy-. ¿No estaba en el palacio?

—Debe de estar allí -dijo Billina-, pero yo no tenía ninguna pista para descubrirlo, así que lo habré pasado por alto.

—Volveremos a esas habitaciones -dijo Dorothy-. Estoy segura de que este cinturón mágico nos ayudará a encontrar a nuestro viejo y querido amigo.

Dorothy entró de nuevo en el palacio, cuyas puertas se-guían abiertas, y la siguieron todos menos el Rey Nomo, la Reina de Ev y el Príncipe Evring. La madre había sentado al pequeño Príncipe en el regazo y lo acariciaba y lo besaba con ternura porque era el último hijo que había tenido.

Pero los demás fueron con Dorothy, y cuando la niña llegó al centro de la primera habitación imitó con una mano el gesto que había visto hacer al Rey y ordenó al Leñador de Hojalata que, sin importar qué aspecto tuviera en ese momento, recuperara su verdadera forma. Eso no dio ningún resultado, así que Dorothy entró en otra habitación e hizo lo mismo, y repitió la fórmula en todas las habitaciones del palacio. Pero el Leñador de Hojalata no aparecía por ninguna parte, y entre los miles de adornos resultaba imposible imaginar cuál era su amigo transformado.

Volvieron tristes a la sala del trono, donde el Rey, al ver que habían

fracasado, se burló de Dorothy diciendo:

—No sabes usar mi cinturón, así que no te sirve para nada. Dámelo y te dejaré en libertad..., y a todos los que vinieron contigo. En cuanto a los miembros de la familia real de Ev, son mis esclavos y permanecerán aquí.

Me quedo con el cinturón -dijo Dorothy.

—Pero ¿cómo lograréis escapar sin mi consentimiento? —preguntó el Rey.

—Es muy fácil -respondió la niña—. Sólo necesitaremos salir por donde entramos.

—Ah, ¿así que eso es todo? —dijo con sorna el Rey—. Bueno, ¿dónde está el pasadizo por el que entrasteis a esta sala?

Todos miraron alrededor pero, no pudieron descubrirlo, porque estaba cerrado desde hacía tiempo. Pero Dorothy no se desalentaba. Hizo un gesto con la mano hacia la pared aparentemente maciza de la cueva y dijo:

—¡Ordeno que ese pasadizo se abra!

La orden fue obedecida de manera instantánea. Se abrió el pasadizo y allí quedó, a la vista de todos.

El Rey estaba asombrado y los demás rebotaban de alegría.

—Si el cinturón te obedece, ¿cómo es posible que no hayas podido descubrir al Leñador de Hojalata? -preguntó Ozma.

—No lo sé —dijo Dorothy.

—Vamos, niña -dijo el Rey con ansiedad—, dame el cinturón y te diré en qué forma se ha convertido el Leñador de Hojalata. Entonces podrás encontrarlo con facilidad.

Dorothy vaciló.

—¡No lo hagas! -gritó Billina-. Si el Rey Nomo recupera el cinturón nos hará a todos prisioneros, porque tendrá el poder. Sólo conservando el cinturón, Dorothy, podrás salir de este sitio sana y salva.

—Creo que es verdad -dijo el Espantapájaros-, Pero debido a mi excelente cerebro yo tengo otra idea. Que Dorothy transforme al Rey en un huevo de ganso si no acepta entrar en el palacio y traernos el adorno que es nuestro amigo Nico Hachero, el Leñador de Hojalata.

—¡Un huevo de ganso! —repitió horrorizado el Rey-. ¡Qué espantoso!

—Bueno, un huevo de ganso serás si no vas a buscarnos el adorno que

queremos -anunció Billina con un alegre clo-queo.

—Ves que Dorothy puede usar perfectamente el cinturón mágico —añadió el Espantapájaros.

El Rey Nomo lo pensó y terminó aceptando, porque no quería ser un huevo de ganso. Entró por lo tanto en el palacio a buscar el adorno que era la transformación del Leñador de Hojalata y todos esperaron su regreso con considerable impaciencia porque tenían deseos de salir de aquella cueva subterránea y ver de nuevo el sol. Pero al volver el Rey Nomo sólo traía una expresión de perplejidad en el rostro.

—¡No está! —dijo—. El Leñador de Hojalata no está en el palacio.

—¿Estás seguro? —preguntó Ozma con severidad.

—Estoy muy seguro —respondió el Rey, temblando—, porque sé en qué lo transformé y exactamente dónde lo tenía. Pero no está allí, y por favor no me conviertas en un huevo de ganso porque he hecho todo lo posible.

Todos callaron un rato. Al fin Dorothy dijo:

—No sirve para nada castigar más al Rey Nomo, y temo que nos tendremos que ir sin nuestro amigo.

—Si no está aquí no podemos rescatarlo —aceptó con tristeza el Espantapájaros—. ¡Pobre Nico! ¿Qué le habrá ocurrido?

—¡Y me debía seis semanas de paga! —dijo uno de los generales enjugándose las lágrimas con las puntillas doradas de la manga de la chaqueta.

Muy apesadumbrados decidieron regresar al mundo superior sin su antiguo compañero, y Ozma dio la orden de iniciar la marcha por el pasadizo.

Delante iba el ejército, a continuación la familia real de Ev y después Dorothy, Ozma, Billina, el Espantapájaros y Tik-tok.

Dejaron al Rey Nomo mirándolos desde el trono con cara de pocos amigos, y no habían pensado en el peligro hasta que por casualidad Ozma miró hacia atrás y vio que los perseguía una enorme cantidad de guerreros con las espadas, las lanzas y las hachas en alto para atacar a los fugitivos en cuanto los tuvieran a su alcance.

Era evidente que el Rey Nomo había hecho ese último intento para impedir que huyeran, pero no le sirvió de nada, porque cuando Dorothy vio el peligro que corrían se detuvo, hizo un gesto con la mano y susurró una orden

al cinturón mágico.

Al instante, los primeros guerreros se transformaron en huevos que rodaron por el suelo de la cueva en tal cantidad que los que venían detrás no pudieron avanzar sin tropezar en ellos. Pero al ver los huevos perdieron todo deseo de seguir adelante, dieron media vuelta y escaparon como locos metiéndose en la cueva y negándose a volver.

Nuestros amigos no tuvieron más problemas para llegar al final del pasadizo y pronto salieron al exterior, en el sombrío sendero entre dos altas montañas. Pero ante ellos se extendía el camino a Ev, y tenían la ferviente esperanza de no volver a ver nunca más al Rey Nomo y su espantoso palacio.

Abrían la cabalgata Ozma, montada en el León Cobarde, y la Reina de Ev, en el lomo del Tigre. Detrás caminaban los hijos de la Reina, cogidos de la mano. Dorothy iba montada en el Caballete y el Espantapájaros caminaba y comandaba el ejercito en ausencia del Leñador de Hojalata.

Pronto empezó a haber más luz en el camino y a entrar más sol entre las dos montañas. Y no tardaron en oír el golpeteo del martillo del gigante.

—¿Cómo conseguiremos eludir al monstruoso hombre de hierro? - preguntó la Reina, preocupada por la seguridad de sus hijos. Pero Dorothy resolvió el problema diciendo una palabra al cinturón mágico.

El gigante se detuvo con el martillo en alto, permitiendo que todo el grupo pasara sano y salvo entre sus piernas de hierro fundido.

CAPÍTULO 19

EL REY DE EV

Si había ahora movedizos nomos de color piedra en la ladera de la montaña, eran respetuosos y callados, puesto que no molestaron como antes a nuestros aventureros con su insolente risa. En realidad, desde la derrota de su Rey los nomos no tenían nada de que reírse.

Del otro lado encontraron el carruaje de oro de Ozma tal como lo habían dejado. Pronto le uncieron el León y el Tigre a ese hermoso vehículo, en el que cabían Ozma y la Reina y seis de los niños de la familia real.

El pequeño Evring prefirió montar con Dorothy en el Caballete, que tenía un lomo largo. El Príncipe había vencido su timidez y mostraba mucho cariño hacia la niña que lo había rescatado, así que pronto se hicieron amigos y conversaban en tono muy cordial mientras cabalgaban. Billina también iba subida a la cabeza del corcel de madera, que no parecía nada molesto por ese peso adicional, y el niño estaba muy asombrado de que la gallina hablara y dijera cosas tan sensatas.

Cuando llegaron al abismo, la alfombra mágica de Ozma los transportó al otro lado sanos y salvos, y empezaron a andar entre árboles en los que cantaban pájaros, y la brisa que llegaba de las granjas de Ev estaba cargada de perfume de flores y hierba recién segada, y el sol les calentaba el cuerpo y les quitaba el frío y la humedad del reino subterráneo de los nomos.

—Me sentiría muy contento —dijo el Espantapájaros a Tik-tok— si el Leñador de Hojalata estuviera con nosotros. Me rompe el corazón dejarlo en ese sitio.

—E-ra un buen tí-o —dijo Tik-tok—, aun-que su ma-te-rial no fue-ra

muy du-ra-ble.

—Oh, la hojalata es un material excelente —se apresuró de decir el Espantapájaros—, y si alguna vez el pobre Nico Hachero tenía algún problema se lo soldaba con mucha facilidad. Además no había que darle cuerda y no solía averiarse.

—A ve-ces de-se-a-rí-a es-tar re-lle-no de pa-ja co-mo tú -dijo Tik-tok-. Es du-ro es-tar he-cho de co-bre.

—No tengo motivos para quejarme de lo que me ha to-cado en suerte -dijo el Espantapájaros—. Un poco de paja fresca de vez en cuando y quedo como nuevo. Pero nunca podré ser el brillante caballero que era mi difunto amigo el Leñador de Hojalata.

Como era de esperar, los niños de la familia real de Ev y su Reina madre estaban encantados de volver a ver su amado país, y cuando aparecieron las torres del palacio de Ev no pudieron contener la alegría. El pequeño Evring, que iba montado delante de Dorothy estaba tan alborozado que sacó un curioso silbato de hojalata del bolsillo y sopló en él una nota tan estridente que el Caballete, alarmado, saltó e hizo unas cabriolas.

—¿Qué es eso? -preguntó Billina, que se había visto obligada a aletear para no caerse de la cabeza del asustado Caballete.

—Es mi silbato -dijo el Príncipe Evring mostrándolo en la mano.

Tenía forma de cerdito gordo y estaba hecho de hojalata pintada de verde. El silbato estaba en la cola del cerdo.

—¿Dónde lo conseguiste? -preguntó la gallina amarilla, examinando atentamente el juguete con aquellos ojos brillantes.

—Lo saqué del palacio del Rey Nomo, mientras Dorothy trataba de adivinar, y me lo metí en el bolsillo —respondió el pequeño príncipe.

Billina se echó a reír, o al menos soltó aquel extraño clo-queo que parecía risa.

—Con razón no podía encontrar al Leñador de Hojalata —dijo—, y con razón el cinturón mágico no lo hizo aparecer, ni lo pudo encontrar el Rey.

—¿Qué quieres decir? preguntó Dorothy.

-Que el Príncipe lo tenía en el bolsillo - exclamó Billina volviendo a cloquear.

—¡No, no lo tenía! —protestó el pequeño Evring—. Sólo saqué de allí el

silbato.

—Muy bien. Entonces, mirad con atención —dijo la gallina, que alargó una pata y tocó el silbato mientras decía «Ev».

¡Zas!

—Buenas tardes -dijo el Leñador de Hojalata, quitándose el sombrero de embudo e inclinándose ante Dorothy y el Príncipe—. Me parece que debo de haberme quedado dormido por primera vez desde que me fabricaron con hojalata, porque no recuerdo que hayamos salido del palacio del Rey Nomo.

Has estado encantado —dijo la niña, echando los brazos hacia su viejo amigo y apretándolo con alegría—. Pero eso ya ha pasado.

-¡Quiero mi silbato! -dijo el pequeño Príncipe empezando a llorar.

—¡Cállate! - le pidió Billina-. El silbato se ha perdido, pero tendrás otro cuando llegues a casa.

El Espantapájaros, sorprendido y encantado de verlo otra vez, había abrazado con fuerza a su viejo camarada, y Tik-tok apretó la mano del Leñador de Hojalata con tanto fervor que le abolló algunos dedos. Después tuvieron que dejar espacio para que Ozma diera la bienvenida al hombre de hojalata; los miembros del ejército lo vieron y lanzaron un hurra y todo el mundo estaba encantado y feliz, porque el Leñador de Hojalata era muy querido por todos los que lo conocían y su repentina recuperación después de que todos creyeran que se había perdido para siempre era una agradable sorpresa.

-La cabalgata no tardó en llegar al palacio real, donde se había reunido una enorme multitud para recibir a la Reina y a sus diez hijos. Se oían gritos y vítores, la gente arrojaba flores a su paso y todos lucían una ancha sonrisa.

Encontraron a la Princesa Langwidere en la habitación espejada, donde estaba admirando una de las cabezas más bonitas: la de abundante pelo color castaño, soñadores ojos color avellana y una bien formada nariz color nuez. Estaba contenta de que la eximieran de sus deberes ante el pueblo de Ev, y la Reina le permitió gentilmente conservar sus habitaciones y su armario lleno de cabezas mientras viviera.

Después la Reina llevó al hijo mayor al balcón que dominaba la multitud de súbditos reunidos allá abajo y les dijo:

—Aquí está vuestro futuro soberano, el Rey Evardo Quince. Tiene quince

años, tiene quince hebillas de plata en la chaqueta y es el Evardo número quince que gobierna el país de Ev.

La gente gritó dando su aprobación quince veces, y hasta los Rodadores, algunos de los cuales estaban presentes, pro-metieron a voz en cuello obedecer al nuevo Rey.

Entonces la Reina colocó una enorme corona de oro con incrustaciones de rubíes en la cabeza de Evardo, le echó sobre los hombros una capa de armiño y lo proclamó Rey. El niño se inclinó, agradecido, ante sus súbditos y después se fue a ver si podía encontrar algo de pastel en la despensa real.

Ozma de Oz y su gente, lo mismo que Dorothy, Tik-tok y Billina fueron maravillosamente atendidos por la Reina madre, que debía toda su felicidad a sus amables buenos oficios. Y esa noche obsequiaron a la gallina amarilla con un hermoso collar de perlas y zafiros como muestra de estima del nuevo Rey.

CAPÍTULO 20

LA CIUDAD ESMERALDA

Dorothy decidió aceptar la invitación de Ozma para volver con ella al País de Oz. No era más fácil regresar a casa desde Ev que desde Oz, y la niña estaba ansiosa por ver de nuevo el país donde había vivido aventuras tan maravillosas. A esas alturas el tío Henry ya habría llegado a Australia en el barco y probablemente la habría dado por perdida, así que podía prolongar un poco más la separación sin agravarle las preocupaciones. Iría por lo tanto al País de Oz.

Se despidieron de los habitantes de Ev y el Rey prometió a Ozma que le guardaría eterna gratitud y que prestaría al País de Oz cualquier servicio que estuviera al alcance de su poder.

Y entonces llegaron al borde del peligroso desierto y Ozma tiró al suelo la alfombra mágica, que inmediatamente se desenrolló lo necesario para que todos pudieran caminar por ella con comodidad.

Tik-tok, proclamándose fiel seguidor de Dorothy porque le pertenecía, fue aceptado en el grupo, y antes de partir la niña le dio toda la cuerda posible a su maquinaria y el hombre de cobre echó a andar con el mismo brío que los demás.

Ozma también invitó a Billina a visitar el País de Oz y la gallina amarilla aceptó encantada.

Iniciaron el viaje a través del desierto temprano por la mañana y, como sólo se detuvieron el tiempo necesario para que Billina pusiera su huevo diario, antes del crepúsculo atisbaron las verdes laderas y las boscosas colinas del hermoso País de Oz. Entraron a él por territorio munchkin, y el Rey de los

Munchkins los recibió en la frontera y dio la bienvenida a Ozma con mucho respeto, contento porque había regresado sin problemas. Ozma era soberana del Rey de los Munchkins, del Rey de los Winkies, del Rey de los Quadlings y del Rey de los Gillikins, así como esos reyes eran soberanos de sus pueblos. Y esa soberana suprema del País de Oz vivía en una gran ciudad, llamada Ciudad Esmeralda, que estaba en el centro exacto de los cuatro reinos del País de Oz.

El Rey de los Munchkins los agasajó esa noche en su palacio, y por la mañana partieron hacia la Ciudad Esmeralda, viajando por un camino de ladrillos amarillos que llevaba directamente hasta las puertas tachonadas de piedras preciosas. Por todas partes la gente salía a saludar a su amada Ozma y a aclamar al Espantapájaros, al Leñador de Hojalata y al León Cobarde, personajes muy populares. Dorothy también recordaba a algunas personas de las que se había hecho amiga con ocasión de su primera visita a Oz, y todos estaban encantados de volver a ver a la niña de Kansas y la colmaron de halagos y buenos deseos.

En un sitio, donde se detuvieron a refrescarse, Ozma aceptó un tazón de leche de manos de una bonita lechera. Después la soberana miró a la niña con más atención y ex-clamó:

—¡Pero si es Jinjur!

—Sí, alteza -fue la respuesta, mientras Jinjur hacía una profunda reverencia. Y Dorothy miró con asombro a esa persona de aspecto tan alegre que en un momento había organizado un ejército de mujeres y expulsado al Espantapájaros del trono de la Ciudad Esmeralda, y que incluso había librado una batalla contra el poderoso ejército de Glinda la Hechicera.

—Me casé con un hombre, dueño de nueve vacas -dijo Jinjur a Ozma— y ahora me siento feliz y contenta y con ganas de llevar una vida tranquila sin meterme en lo que no me importa.

—¿Dónde está tu marido? -preguntó Ozma.

—Está en casa cuidándose un ojo hinchado -respondió Jinjur con calma-. El muy tonto insistía en ordeñar la vaca roja y yo quería que ordeñara la blanca, pero ya aprenderá para la próxima vez.

El grupo prosiguió su marcha, y después de atravesar un ancho río en un transbordador y de pasar por delante de muchas magníficas casas de

granjeros con forma abovedada y pintadas de un bonito verde, avistaron un enorme edificio cubierto de banderas.

—No recuerdo ese edificio -dijo Dorothy—. ¿Qué es?

—Es el Colegio de Arte y Perfección Atlética —respondió Ozma—. Lo hice construir hace poco y su presidente es el Bichovaivén. Eso lo mantiene ocupado, y los jóvenes que asisten al colegio no están peor que antes de entrar. Ocurre que en este país hay muchos jóvenes a los que no les gusta trabajar y el colegio les un sitio excelente para ellos.

En ese momento apareció ante ellos la Ciudad Esmeralda, y la gente salió en tropel a saludar a su preciosa soberana. Había muchas bandas y muchos agentes y funcionarios del reino y multitud de ciudadanos con atuendo de fiesta.

Así, la hermosa Ozma fue escoltada por una brillante procesión de su ciudad real, y tan intensa era la aclamación que ella se veía obligada a inclinarse constantemente a derecha e izquierda para responder a los saludos de sus súbditos.

Esa noche hubo una gran recepción en el palacio real, a la que asistieron las personas más importantes de Oz, y Jack Cabeza de Calabaza, que estaba un poco pasado pero aún activo, leyó un discurso en el que se felicitaba a Ozma de Oz por el éxito de su generosa misión para rescatar a la familia real de un reino vecino.

Después se entregaron magníficas medallas de oro tachonadas de piedras preciosas a los veintiséis oficiales, el Leñador de Hojalata recibió un hacha nueva tachonada de diamantes y el Espantapájaros recibió un bote de polvo, para el cutis. A Dorothy le dieron una pequeña corona y la hicieron Princesa de Oz, y Tik-tok recibió dos brazaletes con ocho hileras de esmeraldas muy claras y brillantes incrustadas.

A continuación hubo un espléndido banquete, y Ozma puso a Dorothy a su derecha y a Billina a su izquierda, donde se subió a una percha de oro y comió de un plato enjovado. Después colocaron al Espantapájaros, al Leñador de Hojalata y a Tik-tok con cestas de flores delante, porque no necesitaban alimentarse. Los veintiséis oficiales se sentaron en el extremo inferior de la mesa, y también acomodaron allí al León y al Tigre, y les sirvieron en fuentes de oro en las que cabían veinte kilos de comida.

Los ciudadanos más ricos e importantes de la Ciudad Esmeralda estaban orgullosos de servir a esos famosos aventureros, y contaban con la ayuda de una criada pequeña y vivaz llamada Jellia Jamb, a quien el Espantapájaros pellizcó las mejillas sonrosadas y parecía conocer muy bien.

Durante la fiesta, Ozma se puso seria y de repente preguntó:

—¿Dónde está el soldado raso?

—Ah, está barriendo el cuartel —respondió uno de los generales, ocupado en comer una pata de pavo-. Pero he dado la orden de que se le sirva un plato de pan y melaza cuando termine el trabajo.

—Vayan a buscarlo —dijo la soberana.

Mientras esperaba a que obedecieran la orden, Ozma preguntó:

—¿Tenemos algún otro soldado raso en nuestros ejércitos?

—Sí -dijo el Leñador de Hojalata-, creo que en total hay tres.

En ese momento entró el soldado raso, saludando a sus oficiales y a la soberana Ozma con mucho respeto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña.

—Omby Amby -respondió el soldado raso.

—Entonces, Omby Amby -dijo Ozma-, te ascendo a Capitán General de todos los ejércitos de mi reino, y sobre todo a Comandante de mi Escolta en el palacio real.

—Resulta muy caro mantener tantos cargos -dijo el soldado raso, vacilante—. No tengo dinero para comprar los uniformes.

—El tesoro real te dará todo lo necesario -dijo Ozma.

Pusieron en la mesa un cubierto más para el soldado raso y los demás oficiales lo recibieron con cordialidad y siguieron con el festín y la alegría.

De repente, Jellia Jamb exclamó:

—¡No queda más comida! ¡El Tigre Hambriento ha acabado con todo!

—Pero eso no es lo peor —elijo el Tigre con voz triste-. ¡Por el motivo que sea, he perdido el apetito!

CAPÍTULO 21

EL CINTURÓN MÁGICO DE DOROTHY

Dorothy pasó varias semanas muy felices en el País de Oz como invitada de la soberana Ozma, que se deleitaba en complacer e interesar a la niña de Kansas. Hizo muchas relaciones nuevas y renovó muchas viejas, y allá donde iba, Dorothy se encontraba entre amigos.

Pero un día, sentada en la habitación privada de Ozma, descubrió en una pared un cuadro que constantemente cambiaba de aspecto, mostrando una vez un prado y otra un bosque, un lago o un pueblo.

-¡Qué curioso! —exclamó después de mirar las cambiantes escenas durante un rato.

—Sí -dijo Ozma-, es un maravilloso invento mágico. Si quieres ver cualquier parte del mundo o cualquier persona viva, sólo tengo que expresar el deseo y aparece en el cuadro.

—¿Puedo usarlo? -preguntó Dorothy con ansiedad.

—Claro que sí, querida.

—Entonces me gustaría ver la vieja granja de Kansas y a la tía Em -dijo la niña.

Al instante, la añorada casa de la granja apareció en el cuadro y se vio perfectamente a la tía Em. Lavaba platos en la cocina, junto a la ventana, y parecía estar bien y contenta. Los jornaleros y las yuntas andaban por los campos sembrados, detrás de la casa, y a la niña le pareció que el maíz y el trigo se veían en perfecto estado. Sobre un lado de la galería dormía profundamente al sol *Totó*, el perro de Dorothy, y para sorpresa de la niña la

vieja *Motas* andaba corriendo por allí seguida por una camada de doce nuevos gatitos.

—Todo parece estar bien en casa -dijo Dorothy con un suspiro de alivio-. Ahora me preguntó qué estará haciendo tío Henry.

La escena del cuadro cambió de repente a Australia, donde en una agradable habitación de Sydney tío Henry, sentado en un sillón, fumaba una pipa de madera. Parecía triste y solo, y ahora tenía el pelo muy blanco y las manos y la cara delgadas y debilitadas.

—¡Oh! —gritó Dorothy con preocupación—. Estoy segura de que el tío Henry no mejora porque está preocupado por mí. Ozma, querida, ¿tengo que ir con él de inmediato!

—¿Cómo lo harás? —preguntó Ozma.

—No lo sé —respondió Dorothy—, pero vayamos a ver a Glinda la Buena. Estoy segura de que me ayudará y me aconsejará sobre cómo reunirme con el tío Henry.

Ozma aceptó enseguida ese plan y pidió que engancharan el Caballete a un bonito carruaje verde y rosa, y las dos niñas partieron a visitar a la famosa hechicera.

Glinda las recibió con gentileza y escuchó la historia de Dorothy con atención.

—Tengo el cinturón mágico —dijo la niña—. Si me lo abrochara a la cintura y le ordenara llevarme hasta donde está el tío Henry, ¿crees que lo haría?

—Creo que sí —respondió Glinda con una sonrisa.

—Y después —prosiguió Dorothy- si alguna vez quisiera regresar aquí, el cinturón me traería.

—En eso te equivocas —dijo la hechicera—. El cinturón mágico sólo tiene poderes mientras está en un país de ha-das como el País de Oz o el País de Ev. Si te lo pusieras, amiguita, y desearas estar en Australia con tu tío, el deseo se cumpliría sin duda, porque fue hecho en un país de ha-das. Pero al llegar a destino no tendrías puesto el cinturón mágico.

—¿Qué pasaría con él? -preguntó la niña.

—Se perdería como se perdieron tus zapatos de plata en tu visita anterior a Oz, y nadie volvería a verlo. ¿No te parece que sería una pena destruir el

uso del cinturón mágico de esa manera?

—Entonces —dijo Dorothy después de pensarlo un momento -daré el cinturón mágico a Ozma porque ella lo puede usar en su país. Y puede desear que yo sea transportada adonde está el tío Henry sin perder el cinturón.

—Un plan muy acertado —dijo Glinda.

Cabalgaron de regreso a la Ciudad Esmeralda y durante el camino decidieron que cada domingo por la mañana Ozma miraría a Dorothy en su cuadro mágico, dondequiera que estuviese la niña. Y si viera que Dorothy hacía cierta señal, Ozma sabría que la niña de Kansas quería visitar de nuevo el País de Oz y usando el cinturón mágico del Rey Nomo desearía su inmediato regreso.

Después de cerrar ese acuerdo, Dorothy se despidió de todos sus amigos. Tik-tok también quería ir a Australia, pero Dorothy sabía que el hombre mecánico nunca funcionaría como sirviente en un país civilizado, y lo más probable era que su maquinaria no funcionara en absoluto. Por lo tanto lo dejó al cuidado de Ozma.

Billina, por el contrario, prefería el País de Oz a cual-quier otro país, y se negó a acompañar a Dorothy.

—Los bichos y las hormigas que encuentro aquí tienen el mejor sabor del mundo —manifestó la gallina amarilla—, y hay muchos. Así que me quedaré en este sitio por el resto de mis días, y tengo que decirte, Dorothy, querida, que cometes una tontería volviendo a ese mundo monótono y estúpido.

—El tío Henry me necesita —se limitó a decir Dorothy, y todos menos Billina pensaron que la decisión de la niña era la correcta.

Los amigos de Dorothy, tanto los viejos como los nuevos, se agruparon delante del palacio para brindarle una triste despedida y desearle larga vida y felicidad. Después de muchos apretones de manos, Dorothy besó a Ozma una vez más y le entregó el cinturón mágico del Rey Nomo diciendo:

—Ahora, querida amiga, cuando agite el pañuelo desea que yo esté al lado de mi tío Henry. Siento mucho dejarte..., y dejar al Espantapájaros..., y al Leñador de Hojalata..., y al León Cobarde..., y a Tik-tok..., y..., y a todo el mundo..., ¡pero quiero ver a mi tío Henry! Así que adiós a todos.

Entonces la niña se subió a una de las enormes esmeraldas que decoraban el patio, y después de mirar una vez más a sus amigos, uno por uno, agitó el

pañuelo.

—No —dijo Dorothy—. No me ahogué. Y he venido a cuidarte, tío Henry, y debes prometerme que te pondrás bien lo antes posible.

El tío Henry sonrió y abrazó a la pequeña sobrina que tenía sentada en el regazo.

-Ya estoy mejor, querida —dijo.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**